LA BENEFICENCIA, LA FILANTROPIA Y LA CARIDAD.

MEMORIA

PREMIADA POR

LA REAL ACADEMIA

DE CIENCIAS,

MORALES Y POLÍTICAS,

EN EL CONCURSO DE 1860.

ESCRITA POR LA SEÑORA

DOÑA CONCEPCION ARENAL DE GARCIA CARRASCO.

La Beneficencia manda al enfermo
 una camilla.
La Filantropía se acerca á él,
La Caridad le da la mano.
(Inédito.)

MADRID.

IMPRENTA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS.
Calle del Turco, núm. 11.

1861.

A la Excma. Sra. Condesa de Espoz y Mina.

La dedicatoria de este escrito hecha por una persona que V. no conoce, no puede tener el valor de una prueba de afecto dada por un ser querido. Acéptela V. como una bendicion mas, como un homenage respetuoso y sincero, de esos que solo la virtud merece, y recibe de

CONCEPCION ARENAL.

PARTE PRIMERA.

RESEÑA HISTÓRICA DE LA BENEFICENCIA EN ESPAÑA.

CAPITULO I.

Las sociedades antiguas que sofocaron el instinto de la compasion, que carecieron del sentimiento de la caridad, no han podido tener la idea de Beneficencia; la palabra misma se desconocia.

Constituyen esencialmente la Beneficencia dos elementos, uno material, moral otro, el poder y el deseo de hacer bien ¿Desde cuándo existen en España estos elementos? Investiguémoslo.

Prescindirémos de los tiempos mas ó menos fabulosos anteriores á las guerras con Cartago y Roma. El éxito de estas gigantescas luchas manifiesta el estado social del pueblo que las sostenia, con tal constancia, encarnizamiento y heroismo. Si la historia no estuviera escrita por los vencedores, no se creeria tan incontrastable esfuerzo en los vencidos, derrotados siempre, no domeñados nunca. Sagunto y Numancia se alzan como dos espectros, que á la siniestra luz de su inmensa hoguera, agitan sus mutilados miembros, haciendo temblar al mismo que los inmoló.

Es largo el catálogo de las veces que los capitanes romanos triunfaron de España; mas apenas terminada la ostentosa manifestacion de su victoria, el senado ó los emperadores tenian que ocuparse nuevamente de los medios de combatir á los vencidos. La

derrota era un contratiempo, la paz una tregua, la independencia mas grata que la vida. No se miraban como males graves las privaciones, los dolores, ni la muerte, que parecia dulce comparada con la servidumbre. Las madres ofrecian voluntariamente sus hijos en aras de la patria, los prisioneros morian en la Cruz entonando canciones guerreras, é insultando á sus verdugos, cuya crueldad no les podia arrancar una demostracion de dolor. El terrible nombre de *terror imperii* que los romanos daban á Numancia, pudo despues aplicarse á España toda. Sabido es hasta que punto llegó á temerse el hacer la guerra en la Península, cuyo mando fué á veces como un terrible castigo, empleándose los medios mas estraños, y aun indecorosos para evitarle.

Cuando un pueblo que á la ventaja de luchar en el propio suelo, une tan heróica constancia para resistir, queda al fin sojuzgado, prueba es evidente de que su estado social tiene una grande inferioridad respecto al pueblo que le domina: puede asegurarse pues que España antes de la dominacion romana apenas estaba civilizada. En la situacion en que se halló antes de someterse á los romanos, mas próxima del estado salvage que de la civilizacion, no podia existir para la Beneficencia el elemento material que ha menester, porque cuando la pobreza es general, no es posible allegar recursos para socorrer la miseria. El elemento moral faltaba tambien en España, de la grosera idolatría que constituia su culto, no podia salir el sentimiento sublime de la Caridad. ¿Roma pudo dársele? Para mal suyo, y del mundo, no le tenia tampoco. Las obras públicas de la Roma de los cónsules y de los emperadores han desafiado á los siglos. Aun admiramos las vías, las termas, los gimnasios, los circos, los viaductos y los teatros, pruebas de su poder y su grandeza, pero de su compasion no ha dejado ninguna: alzaba donde quiera suntuosos edificios pára recrear la ociosidad, mas no para consolar la desgracia. Cuando el ánimo recogido en esa especie de sentimiento triste y respetuoso que se eleva en el alma al aspecto de un gran espectáculo de destruccion, contempla las obras por tierra de la que fué señora del mundo; cuando á la vista de las estátuas mutiladas, de las columnas rotas, de los arcos destruidos, repetimos sobre Itálica la sublime elegía de Rioja, ó pedimos para Mérida otro cantor que inmortalice los restos de un poder que cayó; á la compasion y al respeto que inspira la desgracia, y la grande-

za, sucede una voz que se eleva de nuestro corazon y de nuestra conciencia, una voz que dice.—Debiste caer, caiste en buen hora, pueblo, cuya mano poderosa no amparó nunca á los caidos.—

La civilizacion romana no pudo traer á España la idea de la Beneficencia pública. El pueblo, el verdadero pueblo, era esclavo. Sus amos le mantenian para que trabajase cuando gozaba salud, enfermo le cuidaban como se cuida un animal que puede ser todavia útil, cuando no habia esperanza de que se curase, ó de que se curase pronto, se le llevaba á un lugar apartado, y allí moria en el mas completo abandono. Si la ley llegaba á prohibir esta terrible ostentacion de crueldad, se daba la muerte al desdichado en casa, en vez de sacarle á fuera para que la esperase; esto los esclavos. Los ciudadanos vivian de la guerra ó de las distribuciones de trigo y dinero que se hacian durante la paz, y que no deben confundirse con los socorros que la Beneficencia proporciona á la desgracia. Como los ciudadanos romanos no trabajaban porque el trabajo habia llegado á ser reputado como una cosa vil; como de la inmensa espoliacion del mundo entero solo una pequeña parte habia llegado á la plebe; su manutencion era una medida de órden público, una rueda sin la cual no podia funcionar la máquina política. Se tenia el mayor cuidado en mantener espeditas las comunicaciones con Sicilia, Africa, y Egipto, principales graneros de Roma, y se llamaba sagrada la escuadra que conducia los cereales á Italia. Cuando el número de pobres parecia escesivo, se les daban tierras lejos de Roma, ó se los espulsaba simplemente. En las principales ciudades, donde su multitud podia hacerlos temibles, se los socorria, donde nó, se los dejaba morir literalmente de hambre. Los socorros que daba el Estado eran arrancados por el terror, eran el pedazo de pan arrojado al perro hambriento para que no muerda: Roma no pudo pues traer á España ideas é instituciones que no tenia.

La historia de la Beneficencia empieza en nuestro pais como en todos, con la religion cristiana. Los primeros cristianos establecieron entre sí la mas completa comunidad de bienes. En los libros Santos vemos los terribles castigos impuestos al que distraia la mas mínima parte de su propiedad, del fondo comun: el rico dejaba su sobrante en favor del pobre que no tenia lo necesario. A la manera de los individuos, las iglesias se socorrian tambien mútuamente, acudiendo las mas ricas á las mas necesitadas, que á su vez y en

mejores circunstancias pagaban la sagrada deuda. San Pablo dice á los corintios: «No que los otros hayan de tener alivio, y vosotros »quedeis en estrechez, sino que haya igualdad. Al presente vuestra »abundancia supla la indigencia de aquellos, para que la abundan»cia de aquellos sea tambien suplemento á vuestra indigencia, de »manera que haya igualdad como esta escrito. Al que mucho no le sobró, al que poco no le faltó.»

Cuando el cristianísmo empezó á estenderse, fué ya imposible realizar el comunismo que se habia establecido entre un corto número de personas. Entonces los sacerdotes, y principalmente los obispos, empezaron á recoger las limosnas, que daban los fieles para alivio de sus hermanos necesitados; pero si la comunidad de bienes habia desaparecido, si cada cual era dueño de su propiedad, y libre de adquirirla ó aumentarla por medio de la industria y del comercio, ó de cualquiera otro modo honrado, la limosna fué todavia por mucho tiempo obligatoria, y uno de los mas santos deberes del cristiano. La fé entonces viva, la saludable reaccion contra el estado social de un pueblo que sucumbia engangrenado por el egoismo, el ejemplo de tantos varones santos é ilustres, que se desprendian de cuanto habian poseido para acudir á sus hermanos menesterosos, la autoridad de los libros sagrados, y de los primeros escritores cristianos, todo contribuia á que la caridad fuese mirada como la primera de las virtudes. San Cipriano nos dice, que una cuestacion hecha en Cartago con el objeto de rescatar esclavos produjo instantáneamente 100,000 sextercios.

Mientras las leyes prohibian á las iglesias poseer bienes raices, los obispos recogian las limosnas para distribuirlas inmediatamente segun las necesidades. Por regla general se hacian tres partes, una para el culto y para las comidas públicas, especie de banquetes ofrecidos por la caridad. La segunda para el clero, la tercera para los pobres. El miserable, el viagero sin recursos, el encarcelado, el niño abandonado por sus padres, eran piadosamente socorridos. Segun el testimonio de sus mismos enemigos, los cristianos de los primeros siglos socorrian á los necesitados aun cuando no profesasen su religion.

A fines del siglo tercero la Iglesia pudo poseer ya bienes raices. Entonces empezaron á fundarse asilos para los esclavos, y hospicios y hospitales para los enfermos, los desvalidos, y los peregri-

nos: la piedad de los fieles cuidaba muy particularmente de proporcionar hospitalidad á estos últimos.

En la sangrienta lucha que precedió á la total caida del imperio romano, en aquel terrible cataclismo que echó por tierra un pueblo señor del mundo, y una civilizacion fascinadora por el brillo de sus grandes hombres; en aquel cáos de opiniones, de iras, de razas distintas, los cristianos mantuvieron el sagrado fuego de la caridad, que ora disipando las tinieblas del entendimiento, ora consolando los dolores del corazon, era á la vez luminoso faro en lóbrega noche, y purísima fuente en las abrasadas arenas del desierto.

Arrojadas definitivamente las legiones romanas de España, consolidado el poder de los godos, siendo ya la religion de Jesucristo la religion del Estado, la única religion puede decirse, el espíritu de caridad no halló ya obstáculos en el poder supremo, y los dos elementos material y moral que constituyen la Beneficencia se robustecian cada dia.

Pero si la caridad, virtud cristiana, era practicada por los mejores, y respetada por todos, la Beneficencia no perdió el carácter individual que habia tenido. Cada hombre en particular tenia el deber como cristiano de socorrer á su prójimo menesteroso, pero estos mismos hombres reunidos no se creian en la propia obligacion; el Estado no reconocia en ningun ciudadano el derecho de pedirle socorro en sus males supremos. Los desvalidos acudian al altar, no era de la incumbencia del trono el consolarlos. En el código Gótico no se halla una sola ley relativa á Beneficencia, ni los concilios de Toledo se ocuparon de ella tampoco. Cada cual hacia el bien siguiendo sus inspiraciones individuales; fundábanse obras pías con este ó con aquel objeto, el rey como cristiano, no como gefe del Estado, ni mas ni menos que el grande, la muger piadosa, ó el oscuro ciudadano. Mientras quedó una sombra del poder de Roma en España, no llegaron á establecerse comunidades religiosas; pero en el siglo VI, las vemos ya aparecer y multiplicarse. Al principio carecian de regla, y les servia de tal, ya la voluntad del Diocesano, ya la de los superiores elegidos por los mismos que se reunian para vivir santamente; pero el espíritu de caridad estaba de tal manera unido al sentimiento religioso, que los monasterios, antes de tener regla escrita, como despues, pu-

dieron considerarse durante mucho tiempo como otros tantos establecimientos de Beneficencia. Eran ricos no solamente por los donativos que recibian, sino con el producto de la tierra cultivada por los monges, que trabajando arrancaron al trabajo la marca de infamia que le habia impreso la corrompida aristocrácia de Roma. No habia obra de misericordia que no egercitasen los piadosos cenobitas. Ellos rompian las cadenas del cautivo, protegian al débil contra la opresion del fuerte, hospedaban al peregrino, amparaban al niño abandonado, al anciano sin apoyo, á la muger desvalida: ellos daban pan al hambriento, y consuelo al triste.

Como la Iglesia destinaba una gran parte de sus bienes al socorro de los necesitados; como los santos vivian pobremente dando á los desvalidos no ya lo que podian mirar como supérfluo, sino parte de lo necesario; como el clero y en particular los obispos pedian limosna por si ó por sus delegados para distribuirla entre los pobres ó fundar establecimientos de Beneficencia; como el amor de la divinidad y el del prójimo se confundió en un celestial sentimiento, y donde quiera que se alababa á Dios se hacia bien á los hombres, la Iglesia llegó á considerarse y la consideraron todos, como la única consoladora de los males que afligen á la humanidad doliente y desvalida. ¡Hermoso privilegio, divino atributo conquistado por la abnegacion de sus santos hijos! La Beneficencia se confundió de tal manera con la religion, que para una fundacion benéfica se acudia al obispo, y al papa cuando fué considerado como gefe de la Iglesia: los reyes mismos acudian á él á fin de que los autorizase para fundar un establecimiento de Beneficencia en sus propios estados, advirtiendo que esto sucedia, siglos antes de que en nuestras leyes se introdugeran innovaciones que estendian el poder de Roma, con detrimento del poder real.

La catástrofe del Guadalete, y la destruccion del imperio godo por los mahometanos fué un rudo golpe para la Beneficencia que tuvo que refugiarse con los vencidos en las montañas de Asturias. Es verdad que los arabes cultivaban entonces las ciencias con mas éxito que pueblo alguno, y sus médicos eran los primeros, sino los únicos que llevaban á la práctica de la medicina algo mas que un brutal empirísmo; es cierto que en algunas ciudades conquistadas fundaron hospitales, cuya magnificencia dejó muy atrás á la de los Godos; pero su estado social, y el espíritu de su religion

fueron causa de que aquellas obras fuesen mas dignas de estudio bajo el aspecto arquitectónico y científico, toda vez que la caridad no era la virtud de los sectarios de Mahoma.

El terreno recobrado palmo á palmo para la pátria y la religion cristiana, lo fue tambien para la Beneficencia que volvió á ofrecer asilos al dolor, y amparo á la desgracia. Se multiplicaron las fundaciones piadosas bajo diversas formas, y con distintos objetos. Hospedar peregrinos, recoger transeuntes, proporcionar asilos á la ancianidad desvalida, socorros á la pobreza, asistir á los enfermos, cuidar á los convalecientes, dotar á las doncellas pobres, proporcionar medios de seguir la carrera eclesiástica á los que carecian de ellos, y dotar escuelas, fueron las principales creaciones de la Beneficencia. A veces el fundador de un hospital, ó de otro cualquier establecimiento benéfico legaba rentas con que pudiera sostenerse, otras confiaba su suerte á la caridad. Ya instituia por patrono al heredero de su nombre y de su fortuna, ya á un prelado, á ciertas dignidades de un cabildo, de una corporacion, de una comunidad. Segun su razon ó su capricho establecia las reglas que habian de seguirse para la administracion del establecimiento, para las personas que habian de ser admitidas en él, y lo que es aun mas estraño, para los métodos curativos que debian adoptarse, si la fundacion era de un hospital. Todo se hacia conforme á la opinion y voluntad del individuo, y llevaba el sello de su personalidad.

La ley estaba muda, no era de su incumbencia el amparar la desgracia, ó regularizar los esfuerzos de los que querian ampararla. Ni el que un establecimiento benéfico no tuviese las condiciones materiales de salubridad, y otras que su destino exigía; ni el que su reglamento fuese absurdo; ni el que estuviese en una localidad donde no hacia falta mientras en otra era necesario, ni el que hubiese desproporcion entre lo cuantioso de sus recursos, y lo limitado de sus gastos; ni en fin abuso ni error alguno, era bastante para que el poder supremo tomase una parte activa en el ramo de Beneficencia. En el siguiente cuadro en que hemos colocado los principales establecimientos benéficos por orden cronológico, se halla en parte la confirmacion de lo que dejamas dicho, el individuo lo hacia todo, la sociedad no hacía nada; los fundadores son reyes, prelados, dignidades, ciudadanos oscuros, piadosas muge-

res, cofradías religiosas, ó autoridades locales; pero los reyes, lo repetimos, hacian la santa obra como cristianos, no como gefe del Estado, y cediendo el patronato de su fundacion ó conservándole nominalmente, dejaban su custodia ya á corporaciones religiosas, ya á individuos que por razon de oficio debian ocuparse de conservar el buen órden en el piadoso asilo; pero nunca una regla á que debieran sujetarse ni aun los que eran del Real patronato.

CUADRO CRONOLÓGICO

DE LOS PRINCIPALES ESTABLECIMIENTOS DE BENEFICENCIA EN ESPAÑA.

ESTABLECIMIENTO.	NOMBRE DEL PUEBLO.	NOMBRE DEL FUNDADOR.	AÑO EN QUE SE FUNDÓ.
Hospital de S. Juan.	Oviedo.	Alonso VI.	1058
Hospital.	Cardona.	D. Ramon Folch.	1083
Hospital de la Seo.	Zaragoza.	Doña Hodierna de la Fuente.	1152
Hospital del Rey.	Búrgos.	Alonso VIII.	1212
Hospital de Santa Cruz.	Barcelona	Varios vecinos.	1229
Alberguería.	Oviedo.	Doña Balesquida Giraldez.	1232
Hospital llamado de S. Juan de Dios.	Alicante.	D. Bernardo Gomir.	1333
Hospital.	Teruel.	Doña Magdalena de la Cañada.	1333
Hospital de Pobres.	Vich.	D. Ramon Terrados, comerciante.	1347
Hospital de S. Bernardo.	Sevilla.	Varios Sacerdotes sevillanos.	1355
Hospital de Sacerdotes pobres.	Valencia.	Cofradía de Nuestra Señora.	1356
Hospital de S. Miguel.	Murviedro.	D. Antonio Peruyes.	1367
Hospital de Huérfanos.	Barcelona.	D. Guillen de Pou.	1370
Hospital de las Misericordias.	Guadalajara.	Doña María Lopez.	1375
Hospital de S. Cosme y Damian.	Sevilla.	Varios médicos y cirujanos.	1383
Hospital.	Castellon de la Plana.	D. Guillermo Trullols.	1391
Hospital de Eu-Conill.	Valencia.	D. Francisco Conill.	1397
Hospital de Eu-Bou.	Idem.	D. Pedro Bou.	1399

ESTABLECIMIENTO.	NOMBRE DEL PUEBLO.	NOMBRE DEL FUNDADOR.	AÑO EN QUE SE FUNDÓ.
Hospital.	Castrogeriz.	D. Juan Perez y su esposa.	1400
Hospital.	Poza.	D. Juan Lences.	1400
Hospital.	Villafranca.	Doña Juana Manuel.	1418
Hospital de S. Mateo.	Sigüenza.	D. Diego Sanchez, dignidad de la Catedral.	1445
Hospital General.	Palma de Mallorca.	Alonso V de Aragon.	1456
Hospital de S. Antonio de los peregrinos.	Segovia.	D. Diego Arias.	1461
Hospital de la Misericordia.	Talavera.	D. Fernando Alonso.	1475
Casa de Misericordia.	Sevilla.	D. Antonio Ruiz, Sacerdote.	1477
Hospital.	Oña.	D. Martin de Oña.	1478
Hospital de S. Juan.	Búrgos.	Los Reyes Católicos.	1479
Hospital de la Misericordia.	Alcalá de Henares.	D. Luis Antezana y su esposa Doña Isabel de Guzman.	1486
Antiguo Hospital del Campo del Rey.	Madrid.	D. Garcia Alvarez de Toledo, Obispo de Astorga.	1486
Hospital de Dementes.	Valladolid.	D. Santos Velazquez, oidor (1).	1489
Hospital de la Magdalena.	Almería.	D. Rodrigo Demandia y el Cabildo de la Catedral.	1492
Hospital de Santa Ana.	Granada.	Los Reyes Católicos.	1492
Hospital Real.	Santiago.	Los Reyes Católicos.	1492
Hospital de Santa Cruz.	Toledo.	D. Pedro Gonzalez Mendoza.	1494
Hospital de la Misericordia.	Segovia.	D. Juan Arias, Obispo de la Diócesis.	1495
Hospital.	Ponferrada.	Los Reyes Católicos.	1498

(1) Puede llamarse segundo fundador de este establecimiento el Canónigo Sr. Laza que siendo Director de él contribuyó eficazmente á que se comprára el edificio, en que hoy está y fué palacio de D. Alvaro de Luna, y despues de haber trabajado con incansable celo en mejorar el establecimiento que estaba á su cargo, para estudiar los de su clase, hizo un viage á su costa á París y Lóndres. Los desdichados cuyo mal ha contribuido á aliviar no podrán pronunciar su nombre con gratitud, no le sabrán siquiera, pero en cambio queda grabado en el corazon de los amigos de la humanidad, que le tributan un homenage de respeto.

ESTABLECIMIENTO.	NOMBRE DEL PUEBLO.	NOMBRE DEL FUNDADOR.	AÑO EN QUE SE FUNDÓ.
Hospital de Nuestra Señora de Gracia.	Tudela.	D. Miguel de Eza.	1500
Hospital de S. Sebastian.	Badajóz.	D. Sebastian Montoro.	1500
Hospital.	Lizarza.	D. Domingo Ibarrondo.	1500
Hospital de la Caridad.	Olivenza.	El Rey D. Manuel de Portugal.	1501
Hospital de S. Lúcas y S. Nicolás.	Alcalá de Henares.	El Cardenal de Cisneros.	1508
Hospital de los Viejos.	Briviesca.	D. Pedro Ruiz	1513
Hospital de la Caridad.	Granada.	D. Diego San Pedro y D. Gaspar Dávila.	1513
Hospicio.	Leon.	D. Cayetano Cuadrillero, Obispo de la Diócesis.	1513
Hospital para forasteros.	Quintanilla de la Mata.	D. Juan Martinez.	1524
Hospital del Obispo.	Toro.	D. Juan Rodriguez Fonseca, Arzob. de Búrgos.	1524
Hospicio.	Tudela.	D. Juan de Aragon y D. Pedro Gerónimo Ortiz.	1526
Hospital.	Avilés.	D. Pedro Solís.	1530
Hospital de Huérfanos.	Zaragoza.	Varios vecinos.	1543
Hospital General.	Pamplona.	El Arcediano D. Ramiro Goñi.	1545
Hospital de las Cinco Llagas.	Sevilla.	D.ª Catal.ª Rivera y su hijo D. Fadrique Enriquez.	1546
Hospital.	San Sebastian.	D. Pedro Fernandez.	1550
Casa de Espósitos.	Córdoba.	El Dean D. Juan Fernandez de Córdoba.	1552
Hospital de S. Juan de Dios.	Madrid.	El Venerable Anton Martin.	1552
Hospital de S. Juan de Letran.	Castro del Rio.	Licenciado D. Juan Lopez Illescas.	1557
Hospital de Santiago.	Oviedo.	D. Gerónimo Velasco, Obispo de la Diócesis.	1560
Hospital de la Concepcion.	Búrgos.	D. Diego Bernuy.	1562
Antiguo Hospital de S. Millan.	Madrid.	Varias personas caritativas.	1565
Hospital de la Misericordia.	Jaen.	Cofradía de la Misericordia.	1570
Inclusa.	Madrid.	Cofradía de Nuestra Señora de la Soledad.	1572
Hospital de S. Roque.	Santiago.	El Arzobispo D. Francisco Blanco.	1577

ESTABLECIMIENTO.	NOMBRE DEL PUEBLO.	NOMBRE DEL FUNDADOR.	AÑO EN QUE SE FUNDÓ.
Inclusa.	Jaen.	D. Diego Valenzuela.	1582
Hospicio.	Santiago.	Hermandad de Ntra. Sra. de la Misericordia (1)	1583
Hospital de Dementes.	Toledo.	D. Francisco Ortiz, Nuncio de S. S.	1583
Casa de Misericordia.	Barcelona.	Dr. D. Diego Perez Valdivia.	1583
Hospital de Nuestra Sra. de los Remedios.	Oviedo.	D. Iñigo de la Rua Abad de Teverga.	1584
Hospital del Buen Suceso.	Coruña.	Ares Gonzalez.	1588
Hospital General.	Madrid.	Felipe II.	1590
Casa de Arrepentidas.	Palma de Mallorca.	Fray Rafael Serra.	1592
Antiguo Colegio de Desamparados.	Madrid.	Congregacion del Amor de Dios.	1592
Obra pia para dar limosna.	Castrogeriz.	D. Sebastian Ladron.	1594
Hospital de S. Juan de Dios.	Segovia.	D. Diego Lopez.	1594
Hospital de S. Juan de Dios.	Pontevedra.	El Ayuntamiento.	1595
Colegio de Niños del Amor de Dios.	Valladolid.	D. Francisco Perez Nájera.	1595
Hospital de S. Juan y S. Jacinto.	Córdoba.	D. Pedro del Castillo.	1596
Hospital de la Concepcion.	Bujalance.	D. Martin Lopez.	1604
Refugio.	Madrid.	El padre Bernardino de Antequera y los Señores D. Pedro Laso de la Vega D. Juan Serra, y la Hermandad del Refugio.	1615
Casa de Caridad.	Salamanca.	D. Bartolomé Caballero.	1623
Hospital de Sacerdotes.	Sevilla.	La Hermandad de Jesus Nazareno.	1627
Hospital de S Julian y S. Quirce.	Búrgos.	D. Pedro Barrantes (2) y D. Gerónimo Pardo Abad de San Quirce.	1627

(1) No se instaló hasta 1769 en virtud de una Real órden y por influencia del Sr. Arzobispo Rajoy.

(2) Si son dignos de la gratitud y respeto de la posteridad todos los fundadores de Establecimientos de Beneficencia, lo son muy particularmente los que como el Canónigo D. Pedro Barrantes no es solo su fortuna lo que ofrecen para tan santa obra. El piadoso fundador del Hospital de San Julian, por si mismo cuidaba

ESTABLECIMIENTO.	NOMBRE DEL PUEBLO.	NOMBRE DEL FUNDADOR.	AÑO EN QUE SE FUNDÓ.
Hospital.	Zamora.	Los señores D. Isidro y D. Pedro Moran.	1629
Hospital de S. Pablo.	Barcelona.	Doña Lucrecia Gualba, Doña Victoria Aslor, Doña Elena Soler, y D. Pablo Ferranz.	1629
Obra Pia para dotar doncellas huérfanas.	Búrgos.	Doña Ana Polanco.	1630
Hospital	Tornavacas.	Licenciado D. Tomás Sanchez.	1633
Hospital de Mugeres.	Cádiz.	D. Juan Just, D. Manuel Yliberry, Doña Jacinta Armengol, Marquesa de Campo Alegre.	1648
Hospital de Ntra. Sra. de la Piedad.	Nájera.	Una Congregacion.	1648
Hospicio.	Zaragoza.	Los hermanos de la Escuela de Cristo.	1666
Colegio de la Paz.	Madrid.	La Duquesa de Feria.	1669
Casa de Misericordia.	Valencia.	La Ciudad.	1670
Hospital de Jesus Nazareno.	Córdoba.	El Reverendo Cristóbal de Santa Catalina.	1673
Hospicio.	Madrid.	El beato Simon de Rojas.	1674
Casa de Misericordia.	Palma de Mallorca.	La Ciudad.	1677
Hospital de la Orden tercera.	Madrid.	La Orden, y Doña Lorenza de Cárdenas.	1678
Hospital de S. Julian.	Málaga.	Varias personas principales.	1682
Hospital de Convalecencia.	Toro.	D. Félix Rivera, y su esposa D.ª Teresa Sierra.	1699
Casa de Misericordia.	Pamplona.	El Ayuntamiento.	1700
Hospital del Cardenal.	Córdoba.	El Cardenal D. Pedro Salazar, ob. de Cardona.	1701
2 Hospital.	S. Sebastian.	La Ciudad.	1714
Hospital de Jesus Nazareno.	Castro del Rio.	D. Tomás Guzman.	1741
Casa de Misericordia.	Alicante.	D. Juan Elías Gomez.	1743
Casa del Retiro.	Barcelona.	D. Gaspar Sanz, y la Congreg. de la Esperanza.	1743

á los enfermos, curándoles las heridas, y limpiándoles las llagas en una casa donde al principio estableció algunas camas, para recibir á los desdichados que por la índole de sus dolencias no eran admitidos en otros establecimientos.

ESTABLECIMIENTO.	NOMBRE DEL PUEBLO.	NOMBRE DEL FUNDADOR.	AÑO EN QUE SE FUNDÓ.
Hospital.	Torrellas.	D. Pedro Tudela, Médico de la Villa.	1746
Hospicio.	Jaen.	Fray Benito Masin, Obispo de la Diócesis.	1751
Hospital.	Undues de Lerda.	D. Matías Garcia.	1751
Casa de Misericordia.	Murcia.	El Canónigo D. Felipe Munise.	1752
Hospicio.	Salamanca.	Fernando VI.	1752
Hospicio Provincial.	Oviedo.	D. Isidoro Gil, Regente de la Audiencia.	1752
Casa de Misericordia.	Valladolid.	Varios vecinos.	1752
Hospicio.	Badajóz.	Fernando VI.	1757
Hospicio.	Cádiz.	La Hermandad de la Caridad y el Marqués del Real Tesoro.	1763
Hospital de S. Fernando.	Coruña.	D. Tomás del Valle, Obispo de Cádiz.	1768
Hospital de Carretas.	Santiago.	D. Bartolomé Rajoy, Arzobispo de la Diocésis.	1770
Casa de Misericordia.	Tudela.	Doña María de Hugarte.	1771
Inclusa.	Vitoria.	Una Asociacion.	1780
Hospital de la Caridad.	Ferrol.	La Villa y el Sarg.° Mayor D. Dionisio Sanchez.	1780
Hospital.	Villalengua.	Doña Josefa Vera.	1780
Hospital.	Erla.	D. Pedro Castrillo.	1782
Hospicio.	Ciudad-Real.	D. Francisco Lorenzana, Arzobispo de Toledo.	1784
Casa de Espósitos.	Mondoñedo.	D. Francisco Cuadrillero, Obispo de la Diócesis.	1786
Casa de Huérfanos de S. Vicente.	Castellon de la Plana.	D. José Climent, Obispo de Cardona.	1789
Hospital de la Ciudad.	Coruña.	La Congregacion del Espíritu Santo y Doña Teresa Herrera.	1791
Casa de Misericordia.	Teruel.	D. Félix Rico, Obispo de la Diócesis.	1798
Casa de Espósitos.	Palma de Mallorca.	D. Bernardo Noval y Crespi, Ob. de la Diócesis.	1798
Hospicio.	Astorga.	El Dean D. Manuel Revilla.	1799

ESTABLECIMIENTO.	NOMBRE DEL PUEBLO.	NOMBRE DEL FUNDADOR.	AÑO EN QUE SE FUNDÓ.
Casa de Caridad.	Barcelona.	El Capitan General Duque de Lancaster.	1803
Hospital de mugeres incurables.	Madrid.	La Condesa Viuda de Lerena.	1803
Hospital de S. Rafael.	Santander.	D. Rafael Tomás Menendez, Ob. de la Diócesis.	1803
Casa de Espósitos.	Pamplona.	D. Joaquin Uriz, Obispo de la Diócesis.	1804
Casa de Caridad.	Vergara.	El Ayuntamiento.	1806
Hospicio.	Córdoba.	D. Pedro Trevilla, Obispo de la Diócesis.	1807
Hospital.	Bilbao.	La Villa (1).	1818
Casa de Beneficencia.	Valladolid.	El Capitan General D. Cárlos O-donell.	1818
Casa de Caridad.	Santander.	El Ayuntamiento.	1820
Casa de Beneficencia.	Castellon de la Plana.	El Ayuntamiento.	1822
Casa de Caridad.	Vich.	Una Junta.	1832
Asilo de S. Bernardino.	Madrid.	El Corregidor Marqués de Pontejos.	1834
Casa de Espósitos.	Coruña.	El Gefe Político D. José Martinez, y el Ayunt.°	1844
Casa de María Sma. de las Desamparadas.	Madrid.	La Sra. Vizcondesa de Jorbalán.	1845
Hospital de hombres incurables.	Madrid.	El Gobernador D. Melchor Ordoñez.	1852

(1) El Hospital de Bilbao tal vez el mejor montado de España tiene hasta lujo, y hace honor á la Capital de Vizcaya. Construido con las limosnas de los bilbainos, y con su trabajo gratuito, se trabajaba los dias festivos, y hemos oido asegurar que las personas bien acomodadas no desdeñaban contribuir materialmente acudiendo en persona á tomar parte en la Santa Obra, y que el caballero y el proletario se confundian participando de los mismos trabajos. Los nombres de los que tal hicieron deberian grabarse en letras de oro, y el pueblo que los vió nacer debe estar orgulloso con semejantes hijos.

La misma variedad que se nota en la categoría de las personas que mereciendo bien de la humanidad se esforzaban por proporcionar asilos al dolor, se echa de ver en las reglas que imponian, y los recursos que proporcionaban. Propiedades rústicas y urbanas, censos, parte en los diezmos despues que se establecieron, y en los productos de cruzada, créditos contra el Estado, arbitrios sobre ciertos artículos de consumo, sobre ciertas ventas verificadas en las ferias, parte en el producto de las diversiones públicas, y otros muchos recursos que seria prolijo enumerar, hacian que los medios pecuniarios con que contaba la Beneficencia fuesen tan variados como diferentes eran sus formas y las reglas á que se atenia.

Aunque se note con sentimiento el silencio de la ley en todo lo que se refiere al ramo de Beneficencia, es altamente consolador para el amigo de la humanidad recorrer el largo catálogo de establecimientos piadosos fundados por la Caridad de nuestros antepasados. Apenas habia villa por insignificante que fuese, donde no hubiera algun establecimiento piadoso, y hasta en miserables aldeas se hallaban obras pías: es indudable que por espacio de siglos la Beneficencia estuvo en España á toda la altura que podia estar dadas las preocupaciones é ignorancia de la época. Provincias hay en que se contaron por centenares las fundaciones benéficas; en una sola ciudad, Sevilla, habia sesenta y tantas.

Ese espíritu de caridad que era el espíritu de la Iglesia cristiana, se notaba en todas las instituciones religiosas, y se echó de ver tambien, cuando en la segunda mitad del siglo XII, se establecieron las órdenes militares. La de San Juan ó de los hospitalarios lleva en el propio nombre el principal objeto de su instituto, y el blanco manto del templario no traia mas consuelo al ánimo contristado del peregrino, que el negro manto del San Juanista daba al herido ó al enfermo.

Aunque combatir á mano armada los enemigos de la fé fuese el principal objeto de estos sacerdotes guerreros, la Beneficencia estaba siempre en su regla y en sus costumbres mientras se mantuvieron puras. Todos los caballeros amparaban á los desvalidos, y muy particulamente los de Calatrava cuidaban á los enfermos ya en los hospitales de la órden, ya en los que recibian de los patronos, para que sus freires los asistieran.

Deben tambien ocupar un lugar distinguido en la historia de la

Beneficencia los *hermanos menores* mas conocidos con el nombre de Frailes mendicantes, que se establecieron en España en la primera mitad del sigio XIII. Su glorioso fundador San Francisco de Asis al principio de su predicacion fué tenido por loco, como sucede con frecuencia á los que por su modo de pensar ó de sentir se elevan mucho sobre el vulgo que los rodea. Cuando no comprendemos una cosa es preciso declararla absurda ó superior á nuestra inteligencia, y generalmente se adopta la primera determinacion. Al fin dejó de mirarse como locura la santa abnegacion de San Francisco, y tuvo admiradores y discípulos. Aunque los que abrazaron su regla hayan llegado á ser en número escesivo, aunque con el tiempo se apartasen del espíritu que animaba á su benéfico fundador, no es menos cierto que fueron por mucho tiempo fieles á su santa y humanitaria mision. Los hermanos menores trabajaban para vivir, pedian para dar, y llenos de privaciones, vivian entre los pobres, los enfermos y los leprosos.

¡Los leprosos! He aquí una página horrible en la historia de los dolores de la humanidad, y que por desgracia no tiene otra enfrente en la historia de sus consuelos. El Oriente parece la cuna de todas las epidemias que recorriendo despues el mundo, se estinguen como satisfechas del número de sus víctimas, ó moderando su desoladora fuerza quedan como una enfermedad mas en el catálogo de las que alteran la salud del hombre, y amenazan su vida. En Oriente segun todas las apariencias tuvo origen la lepra, ese horrible mal, que dando á sus víctimas un aspecto repugnante y siniestro, las hizo odiosas á la sociedad, que pronunció sobre ellas, el mas cruel anatema que el egoismo haya lanzado sobre la desgracia.

Al leproso se le negaba verdaderamente el agua y el fuego. Aislado en su solitaria cabaña donde se ponia una cruz como sobre una tumba, bien podia decir que era sepultado en vida; la Beneficencia estraviada por la medicina, arrastrada por la opinion, y abandonada por la ley, aparecia impotente; la religion misma nada hacia sobre la tierra por el desdichado leproso de quien se despedia la Iglesia diciéndole: *Sis mortuus mundo, vivens iterum Deo.*

Un hombre de una celebridad poco envidiable ha dicho; que *hay que desconfiar del primer movimiento, porque generalmente es bueno*; de lo que hay que desconfiar es de la filosofía de los hombres perversos, porque sus apreciaciones suelen ser tan erróneas como

inmorales sus consejos; las grandes inteligencias si por desgracia se manchan en la práctica del mal, no formulan sino la teoría del bien.

El primer movimiento del individuo como de la sociedad es generalmente egoista, es decir, malo. Cuando en tiempo de las cruzadas la lepra se estendió por Europa, coincidencia casual, segun unos, segun otros resultado de la comunicacion con Oriente, en presencia de aquella gran calamidad, todos los pueblos cristianos olvidándose de que lo eran, tuvieron su primer movimiento malo, y los invadidos de la terrible enfermedad fueron abandonados sin compasion á su desdichada suerte.

Poco á poco la caridad hace escuchar su dulce voz, la religion intercede por los leprosos, los concilios exhortan é imponen preceptos en favor de aquellos desdichados, se instituye la órden de San Lázaro para consolarlos, y su gran maestre debe ser un leproso. ¡Divina tendencia de la religion cristiana á levantar al caido, á ennoblecer lo que humillan y escarnecen la injusticia y el egoismo!

Los santos, las mugeres piadosas, los reyes benéficos, acuden al ausilio de estos desdichados sobre los cuales desciende la compasion y el consuelo. Si las preocupaciones científicas fortificando las del vulgo, no permitian que los leprosos comunicasen con el resto de la sociedad, al menos se los separó de una manera menos cruel. Tuvieron templos en donde rogar á Dios, cementerios en que descansar bajo una tierra bendita, sacerdotes que los ausiliaron, y á la cabaña aislada sucedió el *lazareto*, que asi se llamaban los hospitales que se les destinaba en memoria de Lázaro. En España en el siglo XIV, principalmente, se ven multiplicarse los establecimientos benéficos, para recoger á los enfermos de la lepra y sus variedades ó degeneraciones: dados los errores de la época, la Beneficencia no podia hacer mas.

Otra clase de infelices, los dementes, han sido tambien víctimas de preocupaciones fatales; en sus crueles torturas como en todos los grandes dolores de la humanidad, la ignorancia puede reclamar su desdichada parte. El plan curativo de la enagenacion mental partia de este principio. *El loco por la pena es cuerdo,* y la práctica correspondia perfectamente á esta horrible teoría. El mísero demente era conducido á un hospital donde le esperaba una *jáula,* el palo, la correa, el hierro y el aislamiento que basta por sí solo

para privar de razon á los que la tienen mas cabal. Si la locura no se consideraba como un crímen, se trataba como tal, dejando su castigo á discreccion de hombres brutales y desalmados. Ni los cabos de vara en presidio, ni los domadores de fieras, pueden darnos idea de lo que era un *loquero*. Armado con el duro látigo y con un corazon mas duro todavia, arrojaba á sus víctimas la comida entre imprecaciones, y golpes. Perverso é inexorable, podia ejercer las mayores crueldades impunemente, los que habian de quejarse *estaban locos*: la persona mas cabal perderia la razon, si recibiera el tratamiento que se daba en España á los dementes. Y esto no sucedia allá en tiempos bárbaros, en el siglo XIX, y los que no somos muy viejos, hemos podido ser testigos de escenas horribles, cuyo solo recuerdo estremece é indigna, de crímenes sin nombre y de tal género, que no pueden escribirse sin faltar á la decencia y al pudor.

Solia haber en los hospitales un departamento para los dementes, en algunas poblaciones casas esclusivamente destinadas á recibir á estos desdichados; pero de cualquier modo que fuese, el método curativo era el mismo, y el temor el único medio que se empleaba para volverlos á la razon. De mas está decir que no la recobraba ninguno. El monomaniaco se volvia loco, el loco tranquilo se hacia furioso, el furioso sucumbia: dichoso al menos si sucumbía pronto. La sala de cirujia en un hospital, el cementerio en tiempo de epidemia, el campo de batalla despues de una lucha en que no se dá cuartel, no son espectáculos horribles si se los compara al que presentaba el departamento de locos en un hospital destinado á recibirlos. Aquellas jáulas inmundas, aquellos lechos de paja medio podrida, aquellos hombres demacrados y desnudos, aquellas voces desacordes, espresion terrible de un dolor sin nombre; aquellas miradas siniestras, estraviadas, irresistibles, abrasadas con el fuego de un delirio crónico, que hacen clavar los ojos en tierra ó volverlos al Cielo pidiendo misericordia para el que asi mira; aquellas manos débiles y amenazadoras al través de la dura reja; aquel terror á la vista del carcelero que hace huir á los míseros reclusos al fondo de su estrecha prision... corramos un velo sobre esta escena desgarradora, pero que no se borre de nuestro corazon para que cada uno de la manera que le sea posible, contribuya á que los dementes sean tratados como la ciencia y la caridad lo

exigen; para que á la horrible máxima de que «*El loco por la pena es cuerdo,*» se sustituya esta otra: «*El loco por el amor recobra la razon perdida.*» Esto es no solo mas cristiano sino mas científico; las teorías crueles son siempre falsas teorías.

Consecuencia tambien de fatales preocupaciones, los espósitos no eran tratados por la Beneficencia con el esmero que su situacion exigia. No habia establecimientos destinados esclusivamente á recibirlos, ingresaban en los hospitales donde morian en una proporcion espantosa y tal, que el que esponia un niño, y el que le mataba, sino en la forma, en el fondo podia considerarse como infanticida. Los pocos que se salvaban de la muerte no eran los mas dichosos. Víctimas del abandono mas cruel, eran entregados al que los pedia, tal vez sin garantía alguna. Si no existiese una ley que lo prohibe, apenas podria creerse que los infelices espósitos se daban á los titiriteros y saltimbanquis que á fuerza de castigo les enseñaban habilidades con que entretener al público y sacar algunos reales: cuál seria la suerte de los pobres huérfanos, entregados á la crueldad y avaricia de una gente soez é inmoral infamada por la ley é infame por su conducta! No han fijado sin duda la vista en estos tristes cuadros, los que afirman que el hombre es peor cada vez.

La descentralizacion administrativa, la poca uniformidad en las leyes y el exagerado respeto á la espresion material de la voluntad de los fundadores de asilos piadosos, dieron á la Beneficencia un carácter local, fatalísimo para el bien de la humanidad: dado el estado social y político era difícil que sucediera de otro modo. Cada ciudad, cada villa, cada lugar, tenia sus fueros, sus privilegios, su señor, su ley: eran otros tantos pequeños estados que se regían por reglas diversas, que tenian intereses diferentes ó tal vez opuestos. Fuera de ciertos límites que la ley marcaba, ni el mendigo hallaba limosna, ni el desvalido asilo, ni el enfermo hospital. Este espíritu de localidad era fatal para la Beneficencia. En una poblacion sobraban asilos piadosos mientras que en otra faltaban, y como las fundaciones las hacian por regla general los naturales, habia menos en los paises mas pobres, es decir, allí donde eran mas necesarias. Del mismo modo la comarca asolada por una nube, una inundacion, ó que una mala cosecha ú otra causa cualquiera sumia en la miseria, no podia contar con el auxilio de otra mas

favorecida, ni le daba en igual caso. El pais que veia caer sobre sí el peso de una gran calamidad, debia llevarle solo.

De este modo, aunque la Beneficencia contaba con un número casi increible de fundaciones piadosas, aunque tenia fondos suficientes para atender á todas las verdaderas necesidades, las preocupaciones y el estado social y político no consintieron que sus consuelos alcanzasen á todos los seres que sufrian. Los principales cargos que pueden dirijírsele son:

Espíritu de localidad.

Mal tratamiento de los dementes.

Abandono de los espósitos.

Esclusion en la mayor parte de los hospitales de los enfermos que padecian ciertas enfermedades.

Esta última circunstancia hacia bien terrible la suerte de los que padecian algunas dolencias como la sífilis, y las cutáneas ya contagiosas ya reputadas por tales. El doliente arrastraba su dolorido cuerpo de puerta en puerta y las hallaba todas cerradas, al verle debian recordarse las amarguísimas palabras del Salvador. «*Solo el hijo del hombre no halla donde reposar la cabeza.*»

En los últimos años del siglo xv, aparece un hombre que debia consolar á estos míseros, que no hallaban consuelo. Nace pobre, y recibe al nacer el nombre del discípulo querido de Jesus. Pastor, soldado, cambia dos veces el cayado por la lanza, y con esa terrible inquietud propia del que tiene una alta mision que llenar; recorre toda la escala de los estravíos y de los dolores. Cambia de lugares buscando una paz que solo hallan en el Cielo los que han nacido para hacer grandes cosas en la tierra, y parte para otras regiones en busca del martirio, ignorando que le alcanzan infaliblemente donde quiera que esten, los que nacen con una alma como la suya. Este hombre condenado á muerte como un criminal, encarcelado como un loco, maltratado sin piedad, escarnecido sin misericordia, recibió el bautismo de la ignominia, ese terrible bautismo que bajo una forma ó de otra, dejan de recibir rara vez los grandes bienhechores de la humanidad, y se llamó San Juan de Dios, glorioso apellido que merece el que ha hecho tanto bien á los hombres.

San Juan de Dios con su ejemplo, con su celo, con su constancia sobre humana, creó la órden religiosa que lleva su nombre,

y cuyos individuos se llamaron *hermanos de la caridad*: su mision principal es asistir á los enfermos en los hospitales donde se curan las enfermedades mas repugnantes, aquellas que eran rechazadas de los otros establecimientos. Es difícil que nos formemos hoy idea de la suerte de los míseros que las padecian, tratados mas como criminales que como desgraciados, y del servicio que prestó á la humanidad doliente el hombre santo que les proporcionó un asilo.

San Juan de Dios había establecido su primer hospital en Granada y fundaron otros con el propio objeto y bajo la misma regla Anton Martin en Madrid y Córdoba, Pedro Pecador en Sevilla y Frutos de San Pedro en Lucena. Los hospitales llamados de San Juan de Dios se multiplicaron poco despues en toda España, ya fundados nuevamente, ya cedidos á los hermanos de la caridad por sus patronos. No solo en nuestros pais, sino en todo el mundo cristiano se vieron alzarse los benéficos asilos creados por la ardiente caridad de Juan. Desde el Cielo pudo ver el inmenso fruto de su santo ejemplo, y como la iglesia le veneraba en sus altares y en su corazon los amantes de la humanidad.

Poco despues de San Juan de Dios aparece San Vicente de Paul cuyos discípulos se llamaban sacerdotes de los pobres y que fué para los espósitos lo que San Juan había sido para cierta clase de enfermos. Las hermanas de la caridad que establece en Francia Luisa de Marillac, reciben de manos de San Vicente los abandonados huérfanos, y de su predicacion y ejemplo la fuerza necesaria para perseverar en su heróica abnegacion. Desgraciadamente la institucion de estas piadosas mugeres tardó mucho en establecerse en España y hasta fines del siglo pasado no la vemos traer sus eficaces consuelos á nuestros abandonados niños.

Cuando las costumbres se dulcificaron y la luz de la ciencia empezó á difundirse, cuando ningun enfermo se vió rechazado por la índole de su enfermedad, cuando el espósito no fué mirado con injusta prevencion, cuando la unidad política y la centralizacion administrativa dejaron espedita la accion del poder supremo, parece que la Beneficencia debió llegar á un alto grado de prosperidad. Pero la antigua fé había decaido, el espíritu de caridad estaba amortiguado, el abandono empobrecía los asilos piadosos, y la criminal codicia los defraudaba. Los patronos heredaban el nombre,

no las virtudes de los fundadores que les legaran la tutela de los desvalidos, y cuando esta se encomendaba á corporaciones religiosas ó á alguno de sus individuos que por razon de oficio la egercia, se notaba tambien el cambio que con el tiempo se habia verificado en las instituciones y en los hombres. Las rentas desaparecían por incuria de los que habian de cobrarlas, ó se dilapidaban escandalosamente, y los patronos no podian ó no querían poner remedio. Sucedió mas de una vez que en los establecimientos de patronato real los males fueron tan graves que las quejas llegaron hasta el trono; entonces por influencias palaciegas iba un comisionado que con grandes dietas pagadas de los fondos del establecimiento benéfico, y haciéndose cargo de los abusos en él denunciados, á su vez los cometía tales, que llegaban á parecer muy leves y aun olvidarse los anteriores. Sucedía tambien que los patronos de establecimientos benéficos por egoismo ó por no creerse con fuerzas para mantenerlos á la altura en que debian estar, los cedian á una corporacion que á su vez los cedia á otro individuo que tampoco perseveraba mucho tiempo en el buen propósito. Cualquiera puede imaginar el estado en que estarian los asilos de Beneficencia objeto de estos deplorables *traspasos* consecuencia por lo general de falta de fondos. La ley ciega no veia que mientras un establecimiento carecía de recursos, otro no tenia en que invertirlos, no veia por ejemplo que en Madrid un llamado hospital con pingües rentas, no tenia enfermos, pero tenia enfermero, médico, cirujano, boticario, archivero, secretario, rector, administrador, etc. etc. En un año en que entraron *seis* enfermos que ocasionaron cien estancias, figuraron los gastos de botica por *setenta mil reales*: Los abusos en este y otros establecimientos han ido disminuyendo con las rentas, no porque la ley los haya cortado de raiz como debiera.

El espíritu de caridad habia desaparecido por regla general de los establecimientos benéficos y con él la economía, el celo, la probidad y el órden. Por otra parte los monasterios y conventos limitaban su humanitaria mision á dar limosna sin discernimiento á todos los vagos que llegaban á sus puertas á una hora dada. Los santos banquetes de la caridad habian descendido á la repugnante sopa convertida en estímulo de la vagancia mas bien que en amparo de la miseria. La mendicidad se estendió por la nacion entera, como una lepra asquerosa y la ley intentó débilmente ponerle inú-

tiles diques. Grandes rentas en parte nominales y dilapidadas en parte: mala asistencia en donde quiera que la casualidad no oponía el celo individual al culpable abandono que era la regla: la mendicidad y la vagancia paseando en triunfo por donde quiera sus harapos y su cinismo: tal era el cuadro que á fines del siglo XVIII, ofrecia la Beneficencia: Socabada así por sus cimientos, la desamortizacion y la estincion de las comunidades religiosas vinieron en nuestra época á dirigirle el último golpe, y bajo su forma antigua puede decirse que ha dejado de existir.

Pero como las miserias de la humanidad no se estinguen; ni tampoco el celestial sentimiento que inspira el deseo de aliviarlas, la Beneficencia aparece bajo un nuevo aspecto. El Estado aunque tímidamente acepta la caridad como un deber, y los individuos acuden á prestar su indispensable ausilio. Hay al fin buena ó mala una ley de Beneficencia, y donde quiera se organizan asociaciones caritativas: parece pronto á terminarse este periodo de terrible transicion, en que caido el edificio antiguo y no terminado el nuevo, sufren cruelmente los que en él deben ampararse.

Entre las asociaciones caritativas merece citarse muy particularmente la de San Vicente de Paul oficialmente aprobada en 1850. En los diez años que lleva de existencia se ha estendido por toda España y ascienden á muchos miles los individuos de ambos sexos que de ella forman parte. Los asociados dan limosna metiendo la mano en una bolsa de modo que lo mucho no pueda servir de ostentacion ni lo poco causar vergüenza. Se informan personalmente de las verdaderas necesidades y dan los socorros en especie. Tienen donde es necesario facultativos para asistir á los enfermos pobres, y procuran dirigir y consolar á los mismos que ausilian materialmente. Establecen escuelas gratuitas en que sirven de maestros los mismos asociados, y asilos para los huérfanos de los pobres que visitan, si el estado de sus fondos se lo permite.

Esta institucion merece bien de la humanidad y es digna de llevar el nombre de aquel santo que há recibido la doble canonizacion de la Iglesia y del agradecimiento de la posteridad doliente y desvalida.

La historia de la Beneficencia en España debe notar en este siglo, y principalmente en estos últimos años, un gran progreso que prepara sin duda otros mayores. Las mugeres que hasta aqui no se

habian asociado sino para alabar á Dios, empiezan á reunirse para hacer bien á los hombres. Arrancan á la muerte millares de niños abandonados por los autores de sus dias, consuelan á los pobres enfermos, reunen fondos para distribuirlos entre los necesitados, establecen colegios donde alimentan y enseñan á los niños pobres, talleres, escuelas, donde á veces sirven ellas mismas de maestras. La gran señora no desdeña llegar hasta la miserable hija del pueblo para instruirla en los principios de la religion y en las reglas de la instruccion elemental; desciende mas, y bajando á esa repugnante cloaca moral que se llama prostitucion, procura arrancarle y le arranca numerosas víctimas. No terminaremos este imperfecto bosquejo sin presentar dos figuras grandes, que para parecérselo á todos, no necesitan sino el fúnebre pedestal de la tumba. Degemos al vulgo el degradante privilegio de ser injusto con los vivos, y pronunciemos respetuosamente los nombres de la Condesa de Mina y y de la Vizcondesa de Jorbalán, estos nombres que nos recuerdan aquellos tiempos en que los Santos renunciaban al mundo para no pensar mas que en hacer bien al prójimo y alabar á Dios; que nos trasladan con el pensamiento á aquellos siglos en que las grandes señoras dejaban los dorados salones, y las reinas descendian de sus tronos para curar las repugnantes llagas de los leprosos. El sagrado fuego de la caridad no se estingue, almas privilegiadas trasmiten de generacion en generacion el celestial depósito. Las grandes virtudes son de todos los siglos, Dios las coloca en los corazones elevados, como otras tantas señales, para que la humanidad estraviada no pierda el camino del Cielo.

La Señora vizcondesa de Jorbalán desde su elevada posicion social dirijió una mirada sobre las desdichadas mugeres hundidas en el abismo del vicio y del dolor, concibiendo la idea de arrancarlas á su miserable estado. Esta idea fortificándose se convirtió en el proyecto de fundar un asilo donde hallasen amparo, consuelo y enmienda, las víctimas de la prostitucion, y resolvió consagrar á tan santa obra, su fortuna, sus cuidados, su vida. Tuvo que empezar por una lucha doméstica como generalmente sucede á todos los que intentan hacer algo grande. Hay que romper con las preocupaciones, con la rutina, con el egoismo, hasta con el cariño de los deudos y de los amigos, que intentan apartar de la criatura escepcional los dolores inseparables de una alta mision, y que rara vez le con-

ceden aptitud para llevarla á cabo: el mérito como los objetos materiales, no se ve bien cuando esta demasiado cerca. Vencidos estos primeros obstáculos, la vizcondesa halló compañeras que se asociasen á su santa obra, y en 1845 empezaron á trabajar activamente en la fundacion de la casa de María Santísima de las Desamparadas. Pasaron tres años y la ilustre fundadora se halló sola: no hay que culpar á nadie; el heroísmo no puede ser obligatorio. El que busca medios de socorrer la miseria ve inmediatamente el fruto de su trabajo; da pan al que tiene hambre, viste al que estaba desnudo, es una cosa positiva. Tambien lo es el consuelo y el alivio que se lleva á un enfermo que en su casa ó en el hospital recibe nuestros cuidados. El y su familia conocen el bien que le hacemos, nos bendicen, y tenemos la satisfaccion de ver que no en vano acudimos al lecho del doliente. Pero las enfermedades del espíritu se curan con mas dificultad, y esa lepra moral que se llama prostitucion, es tan rebelde como repugnante: la regeneracion de una muger corrompida parece que no puede llevarse á cabo sin un milagro.

Ved esa desdichada, el vicio ha grabado en su frente, una marca infame; su voz es aspera, la blasfemia y la obscenidad han dejado en su boca una indefinible espresion repugnante; sus ojos amortiguados brillan por intérvalos con fuego siniestro; no tiene ni la dulzura de su sexo, ni la fuerza del otro, nada hay en ella que no sea repulsivo. Si intentais hacerle bien, andará buscando cual motivo interesado puede impulsaros, porque no comprende la abnegacion. Si le hablais de Dios se reirá de vuestra credulidad; si de virtud, os desdeñará como á un necio; si de honor, hará una cínica ostentacion de infamia. Tal vez con maligna complacencia finge arrepentimiento, y luego se goza en burlarse de la candidez de su bienhechor; tal vez con alguna mira interesada une la hipocresía á sus demás perversos instintos, y cuando se cansa ó no le conviene ya esplotar la santa credulidad de la virtud, arroja la máscara. No hay deber que no pise, virtud que no escarnezca, cosa santa que no profane: la miseria y el vicio han embotado su inteligencia y depravado su corazon. Despreciada y despreciable, sintiéndose infeliz y vil, escupe el veneno de su ignominia sobre todo lo que la rodea. ¿No es imposible la regeneracion de esta muger? ¿Para intentarla, no es preciso estar loco ó ser santo?

Solo la caridad cristiana que nunca se cansa, que todo lo espe-

ra, pudo sostener á la Señora de Jorbalán. Miró en derredor y se vió sola; si sus ojos se volvieron al mundo halló tan solamente indiferencia ó sarcasmo; si se fijaron en las desdichadas que intentaba regenerar, tampoco vieron motivos de consuelo. Entonces tomó una resolucion verdaderamente heróica. La gran señora deja la alta sociedad en que habia vivido, sus galas y sus goces; viste el tosco sayal, y se vá á vivir con las pobres desamparadas; Dios bendice abnegacion tan sublime; la casa fundada en Madrid prospera, se reproduce en Valencia y Zaragoza, otras capitales piden con instancia la benéfica institucion y el gobierno declara á la Señora Vizcondesa superiora de todas las casas colegios establecidos y que se establezcan en España.

Dejar los goces de la vida ó los esplendores del trono para curar las llagas de los enfermos pobres, parece el último grado de la abnegacion humana ¿y qué es comparada con la de esta muger que va á confundirse con las mas viles, que no teme mancharse con ellas, que rompe todos los hábitos, arrostra todas las repugnancias, escusa todas las faltas, compadece todos los dolores, se hace la compañera, la amiga, de las desdichadas culpables que la sociedad rechaza; entrega su existencia material á mil privaciones, su corazon á mil torturas, y su esclarecido nombre á la befa y al escarnio? La abnegacion suele pasar por la terrible prueba de la ignominia, y la divina aureola de la caridad parece que debe rodear siempre una corona de espinas. Si la calumnia y la burla hubieran perdonado á la vizcondesa de Jorbalán, le faltaría su mas hermoso título á la gratitud y veneracion de los amigos de la humanidad. La virtud purifica los lugares que visita lejos de mancharse en ellos: ese grosero hábito que ha vestido la fundadora de la casa de las Desamparadas, puede llevarse ya con orgullo: el justo santifica lo que abraza, á la manera que Dios convierte un patíbulo ignominioso en el signo de redencion.

La Señora Condesa de Espoz y Mina ha sido nombrada por el Gobierno vice-protectora de todos los establecimientos benéficos de Galicia. No puede entrar en el plan de nuestro trabajo escribir su biografía, que sí tendría el mérito de la imparcialidad como obra de una persona estraña, en cuyas apreciaciones no puede influir el amor ni el ódio, sería muy incompleta, porque no sabemos de la Condesa de Mina mas de lo que todo el mundo sabe, que es la Providencia

de Galicia, el angel tutelar de sus desdichados hijos que la llaman *madre*. Las bendiciones de tantos infelices como consuela, hallan un prolongado eco en nuestro corazon, y nos parece que en la historia de la Beneficencia debe escribirse con respeto el nombre de esa criatura prodigiosamente organizada para el bien; de esa santa muger que no existe mas que para los desdichados; que les consagra su fortuna, su inteligencia, su corazon, su vida entera; que lucha sin descanso, trabaja sin tregua, combate el hambre en los años de escasez, arrostra la muerte en las epidemias: especie de personificacion de la caridad de San Pablo, punto luminoso, de esos que Dios coloca en el cuadro sombrío de los dolores humanos.

CAPITULO II.

Si hemos de formar alguna idea de lo que ha sido la Beneficencia en España preciso nos será estudiar la parte de la legislacion que á ella se refiere: desgraciadamente este estudio habrá de ser mas breve de lo que la razon y la caridad exigían, porque el legislador ha guardado casi siempre un fatal silencio.

En el código gótico como tuvimos ocasion de observar ya, no se halla ley alguna que tenga por objeto organizar ni dirigir la caridad individual á quien se deja absolutamente el amparo de los desvalidos, y lo propio se nota en el Fuero viejo de Castilla, Leyes del Estilo, Fuero Real y Ordenamiento de Alcalá.

Al abrir las leyes de Partida, lo hacemos con la seguridad moral de hallar en ellas alguna relativa á Beneficencia. ¿Cómo el rey Sábio habia de olvidar tan importante ramo? Nuestras esperanzas quedan no obstante defraudadas, Alonso X como sus predecesores, cree sin duda que debe hacer bien como cristiano, como Gefe del Estado no considera que la caridad sea un deber para la sociedad. Si alguna vez la ley se refiere á los establecimientos benéficos ó á los desvalidos, es incidentalmente y para determinar sus derechos en el órden civil, ó para prescribir ciertas fórmulas. Así por ejemplo se dice *en que manera deben ser fechas las cartas que el rey manda dar para las peticiones que facen los omes con cartas del Apostólico ó del Obispo para eglesias ó para ospitales.* Si se habla de los niños *echados á las puertas de las eglesias é de los otros lu-*

gares no es para mandar que se les dé un pronto y eficaz auxilio, sino solamente para determinar, *como los padres é los señores que los echaron non los pueden demandar despues que fueren criados*, ó como el que recoge un espósito por caridad no le podrá nunca exigir indemnizacion alguna por los gastos que le ocasionó su crianza; como se vé, es simplemente resolver un punto dudoso del derecho. Al tratar de testamentos se determina tambien cómo deben distribuirse los bienes que el testador deja á los pobres de tal ciudad ó tal pueblo, y la ley con muy poca filosofía, dispone que cuando el testador no señale la ciudad ó la villa entre cuyos pobres debe distribuirse la limosna, se dé á los del lugar donde se hiciere el testamento.

Puede considerarse ya como ley de Beneficencia la dada en Madrid por el Emperador Cárlos V y su madre la reina Doña Juana en el año de 1528. Se refiere á las casas de San Lázaro (hospitales de leprosos) y San Anton. Dábase este nombre á los hospitales donde se recogian esclusivamente los enfermos atacados del mal llamado de San Anton, enfermedad horrible á juzgar por la descripcion que de ella hace Sigeberto, probablemente exagerada. Como quiera que sea, es lo cierto que en Francia hizo grandes estragos en el siglo XI y que los habitantes del Delfinado, habiendo recurrido con buen éxito á la intercesion de San Antonio Abad, se empezó á llamar mal de San Anton lo que al principio se llamaba *fuego sagrado*. Aunque no parece que en España fuese tan terrible este azote, no puede dudarse que afligió tambien á sus habitantes, puesto que hubo conventos de San Anton dependientes del superior de Viena, cuyo objeto principal era asistir á los enfermos atacados del terrible mal de que vamos hablando, y casas de San Anton, que eran los hospitales donde se los aislaba porque la enfermedad era tenida por contagiosa. El puerco de San Anton, es un resto de estos establecimientos que contaban entre sus recursos el producto de los animales de cerda que alimentaba la caridad de las personas benéficas. Debe llamarse pues, ley de Beneficencia la que se refiere á las casas de San Lázaro y San Anton, y en la cual se dan disposiciones acerca del personal é inspeccion de los citados establecimientos. No puede dudarse que esta ley tiene el carácter de general, pero al mismo tiempo revela una gran ignorancia en el ramo que intenta regularizar. Dice que sean tambien inspeccionadas las otras casas *si algu-*

nas uviere que no sean de patronato real. Es decir que el gobierno ignoraba si habia ó no hospitales de San Lázaro y San Anton que no fuesen de real patronato. Los habia en efecto, aunque en corto número, porque en esta clase de establecimientos parece que el poder supremo tomó una iniciativa indisputable, y probablemente menos como medida de Beneficencia que de sanidad, porque las enfermedades que en ellos se curaban eran consideradas como contagiosas.

Los mismos monarcas Cárlos I y su madre Doña Juana, promulgaron varias leyes relativas á la mendicidad, las cuales con leves variaciones reprodujo Felipe II diciendo: «Porque lo contenido en las leyes antes desta cerca de los pobres no se guarda» etc., etc. Tampoco se guardó esta, cuyas principales disposiciones eran las siguientes:

Que no pueda pedir limosna ninguna persona apta para trabajar y que no sea verdaderamente pobre.

Que á los pobres inválidos se les dé una licencia por la cual sean reconocidos como tales.

Que no puedan pedir fuera de la jurisdiccion del pueblo de su naturaleza.

Que sean perseguidos como vagos los que se hallaren mendigando sin la dicha licencia ó autorizacion.

Que se procure recojer, á donde sean curados, los mendigos cuyas enfermedades parezcan contagiosas. Y para que se los pueda proveer de lo necesario, se nombrarán diputados que pedirán limosna en la parroquia con este objeto todos los dias festivos.

Que estos mismos diputados en union del párroco pidan para los pobres vergonzantes entre los cuales distribuirán las limosnas recogidas.

Que los mendigos autorizados por la ley no puedan llevar consigo á sus hijos mayores de cinco años.

Que los enfermos del mal de San Anton y San Lázaro (leprosos) no puedan mendigar, sino que esten recogidos en los hospitales á ellos destinados.

Aunque la ley sin romper todavía las trabas del espíritu de localidad confina al mendigo al estrecho límite de la jurisdiccion de su ciudad, villa ó aldea; aunque todavia tímida, al recibir la tutela del desvalido no manda que se le socorra, sino que se pida para él, no puede negarse que la mayor parte de sus disposiciones

estan conformes con los principios de la filosofía cristiana, y es de deplorar que hayan sido letra muerta.

En tiempo tambien de Felipe II, inauguró España la primera discusion sobre el pauperismo, tomando parte en ella el abad Juan de Medina y el conocido Domingo Soto, catedrático de teología en Salamanca. Quiere el primero que cada comarca sostenga sus pobres, que se asegure lo necesario al verdadero necesitado, que se eduque á los niños huérfanos y abandonados; que haya limosna pública y secreta; que la distribucion se haga por personas acomodadas de conciencia y elegidas por las mismas personas de su clase; y que se persiga eficazmente la vagancia. El padre Soto era mas tolerante con la mendicidad y sostenia que debe permitirse al indigente ir en busca de pan á donde quiera que le acomode. La razon como suele acontecer no estaba absolutamente en ninguna parte. El padre Medina hacia mal en localizar la caridad, y el padre Soto en no querer que se reglamentase.

Este debate no parece que halló eco en la opinion, la vagancia continuó burlándose de la ley, que como persuadida de su impotencia guardaba silencio, rompiéndole tan solo si sonaban muy alto las quejas de algun intolerable abuso, como para prohibir que los saltimbanquis se llevasen los niños de las inclusas, y que se mandasen á los hospicios los criminales para cumplir en ellos su condena.

No puede dejar de notarse cual sería el estado de los establecimientos benéficos, cuando los tribunales imponian la permanencia en ellos como un castigo.

En tiempo de Cárlos IV se miró con algun interés la suerte de los espósitos y se adoptaron disposiciones que indudablemente hubieran mejorado su suerte, si la de los desvalidos pudiera recibir eficaz alivio de manos groseras y mercenarias, que logran burlarse impunemente de la ley, y que estan interesadas en hacerlo. Esta ley que por una parte tendia á favorecer á los inocentes abandonados, era bien dura con ellos disponiendo que se destinasen al servicio de la marina por la razon de que *hacian mucha falta*. Es decir, que al infortunado que no habia tenido madre, que habia pasado la niñez sin caricias, la vida sin libertad, sin goces, sin consuelo, comiendo para vivir, viviendo para padecer; la ley en vez de indemnizarle hasta donde fuera posible, se apoderaba de él dándole un destino que debia ser muy triste cuando nadie le aceptaba volun-

tariamente: para estos desdichados á fines del siglo XVIII no se había abolido la esclavitud.

La ley del 19 de Setiembre de 1798, en que se mandaban vender los bienes de hospitales, hospicios, casas de misericordia, cofradías, memorias, obras pías y patronatos de legos, fué fatal para la Beneficencia. Si conforme á lo dispuesto en ella, capitalizados los bienes vendidos se hubiera pagado el rédito del tres por ciento, habria sido muy ventajosa para los establecimientos benéficos, mal administrados en general, y cuyas rentas no correspondian de modo alguno al capital que representaban sus propiedades; pero las que se vendieron fueron de hecho una verdadera espoliacion, porque el tres por ciento ofrecido vino á ser nominal. Si preguntais desde cuando no se cumple la voluntad del fundador de tal obra pía ó esta cerrado tal hospital etc., etc. es muy comun oir *desde el tiempo de Godoy.*

Con la invasion francesa y la reaccion de 1814 no había que esperar para la Beneficencia mejores dias, siguió casi abandonada á la caridad individual y sin que el poder supremo la considerase como un deber, hasta que la ley de 6 de Febrero de 1822 le aceptó. Imperfecta como era consignaba el principio, pero los sucesos políticos no consintieron sacar sus naturales consecuencias, y en la segunda reaccion de 1823 quedó abolida. Restablecióse en 1836, pero la guerra civil y mas todavía el estado de la opinion, fueron causa de que diera escasos resultados. En 1849 se promulgó la que hoy está vigente, tan reducida y diminuta, que no ya entre nosotros, sino en los Estados Unidos donde la accion individual es tan poderosa, no hubiera podido producir resultados. Tres años despues, en el de 1852 otra nueva ley con el nombre de reglamento, vino á llenar algunos de los vacíos que en la anterior se notaban; quedan todavía muchos, y la legislacion vigente sobre Beneficencia ni ordena lo conveniente, ni garantiza el cumplimiento de lo que ordena. No basta al legislador establecer el principio y disponer que se practique, necesita saber qué obstáculos se opondran á esta práctica, y buscar los medios de removerlos, de otro modo sus prescripciones serán letra muerta, como lo son en efecto muchos de los artículos de la ley de Beneficencia. No entra en el plan de nuestro trabajo emprender un exámen detallado de esta ley, su verdadera crítica se halla en el estado actual de la Beneficencia.

¿Cuál es este estado? Alguna vez hemos leido, y hemos oido muchas, que es bastante satisfactorio, pero no lo hemos visto nunca. Salvas escepciones harto raras, debidas á individuales esfuerzos, el estado de nuestra Beneficencia es *deplorable:* la palabra parece dura, pero tiene una triste exactitud. Los medios de la sociedad antigua no existen, los de la nueva no estan organizados, y la humanidad doliente y desvalida sufre cruelmente en este fatal interregno.

El enfermo pobre halla un mal hospital ó no halla ninguno. En muchas capitales de provincia hay con nombre de hospital una enfermería con un corto número de camas, y no son admitidos en ella mas que los enfermos de la ciudad. Diseminados por los campos ó las pequeñas poblaciones, los enfermos pobres sufren y mueren faltos de todo auxilio y en el abandono mas cruel. La débil voz de su agonía no halla eco en ninguna parte. Sin llegar este caso estremo, el enfermo pobre arrastra su mísera existencia y muchas veces para proveer á ella, se ocupa en trabajos que agravan su estado. Digamos la verdad, la triste verdad, la gran mayoría de los enfermos pobres, sufre y muere sin recibir de la Beneficencia auxilio eficaz, en la mayor parte de los casos sin recibir auxilio alguno.

Los espósitos mueren en una horrible proporcion. Hay autoridades que se felicitan por la economía que resulta de reducir el salario de las amas que los llevan á sus casas. No falta quien los pida dicen satisfechos. En efecto, los piden ¿pero quién? Mugeres miserables solas á quienes puede convenir un contrato tan poco ventajoso; mugeres mal alimentadas, que muchas veces siguen criando á sus hijos, y dan al espósito el alimento necesario para que arrastre lánguidamente una vida que no tarda en extinguirse; no olvidemos que si la pobreza es compasiva, la miseria es dura. Los que no se lactan fuera de los establecimientos, tienen en ellos una ama para cada dos ó tres y aun así faltan amas: se recurre al viveron, á las cabras, y vienen las indigestiones, la inanicion y la muerte: y esto sucede á veces á pesar del celo de las benéficas señoras y de las hermanas de la caridad, porque no hay fondos. La ley tan inexorable en otros casos es tímida en este; no se atreve á exigir fondos para cubrir la mas sagrada de las obligaciones.

Los dementes estan muy lejos de ser tratados con la inteligencia y caridad que su estado exige. Todavia no se ha extinguido en España el horrible tipo del *loquero*, todavia la camisa de fuerza no



es el único medio empleado para sujetar al loco que intenta hacer daño, todavia es muy contado el número de los establecimientos especiales, tanto que se ha dado órden á las autoridades para que no manden á ellos *sin prévio aviso* á ninguna persona falta de razon. Esta órden es consecuencia de que no hay proporcion entre el número de dementes, y la posibilidad de alojarlos en los establecimientos especiales, por manera que mientras les llega un turno, que no suele llegar, estan provisionalmente en los hospitales donde hay todavia discípulos de la antigua escuela que admitia como axioma *que el loco por la pena es cuerdo*.

En todos los establecimientos y conforme á lo que la ley dispone, se sigue el fatal sistema de contratas, por el cuál la codicia de los contratistas defrauda á la pobreza, la esplota, y compra la impunidad con el fruto del crímen.

Bien sabemos que se hacen grandes elogios de los establecimientos de beneficencia por personas que los visitan un dia en que se abren al público; bien sabemos que hay autoridades que quedan muy satisfechas del estado en que se encuentran; pero cuando estas visitas no se hacen por curiosidad ó por fórmula, dejan en el ánimo una impresion menos grata.

Oigamos lo que D. Melchor Ordoñez, gobernador de Madrid, dice en su Memoria hablando del hospital de la Córte. «Los artículos de »consumo, dice, eran *péximos* por no exigirse á los contratistas »*el cumplimiento de su obligacion*, siendo ademas escesivamente »caros los géneros que no se tomaban por contrata. Habia en la »despensa dos clases de pesas sin contrastar, y faltas las pertene»cientes á una de dichas clases... El consumo diario era exorbitan»te en términos que el gasto de carne se calculaba de 32 á 40 car»neros, y hasta el chocolate, género que debia mirarse como reser»vado tan solo para aquellos enfermos que lo necesitan, servia para »empleados de la casa aun cuando por reglamento no tuviesen ra»cion; de modo que al mes se consumia la enorme cantidad de »OCHOCIENTAS libras de este artículo. Las raciones de los enfer»mos eran *escasas y malas* quedando reservado lo mejor de las re»ses para los demas: el condimento *no podia ser peor* y el poco »aseo de las cocinas llamaba la atencion. En fin todo se hallaba en »un abandono tal, que era fácil diese lugar á notables abusos y mas »existiendo tres cocinas con sus diferentes cocineros y mozos, como

»eran la de los obregones, y la de los practicantes, ademas de la »general. El almacen de ropas que es uno de los mas interesantes »no tenia el suficiente surtido: los colchones estaban escasísimos de »lana; no se llevaban los registros con la debida exactitud, de »suerte que era muy fácil que se ignorase la existencia de algunas »ropas: lo mismo sucedia en la comisaría de entradas en la cuál »apenas podian averiguarse todas las noticias que se quisiesen reu»nir acerca de cualquier individuo, siendo mas de notar esto en el »inventario de las ropas y efectos pertenecientes á los enfermos que »ingresan: materia delicada, que si en ella no se observa la mayor »exactitud, puede muy bien dar lugar á criminales ocultaciones. »Poco cuidado y falta de aseo se echaban de ver tambien en las »enfermerías; las ropas de las camas no estaban limpias y algunas »de estas carecian de fundas de almohadas. A los que entraban á »visitar las salas se toleraban actos que suponen falta de conside»racion y respeto á la humanidad doliente, y que son impropios »de una habitacion donde hay enfermos que quieren descanso y »tranquilidad, cosa que no era de estrañar estando á disposicion de »los empleados y mozos el régimen higiénico de dichas salas. Las »que ocupaban los dementes, inmundas y miserables *causaban hor»ror*. Las libretas donde se asienta el tratamiento de los enfermos »se llevaban con faltas reprensibles contra lo que está prevenido, »tales como poner en abreviatura los escritos. Se dejaba bastante »espacio entre los renglones para que pudiesen escribirse otros, lo »cuál por sí solo hubiera indicado el abuso que en esto se cometía, »y que se halla comprobado por el escesivo consumo que se hacía »de algunos medicamentos agradables, así como tambien la frecuen»cia con que se veian recetados ciertos alimentos á los enfermos. »Los cadáveres se trasladaban desnudos al depósito y en tal estado, »sin distincion de sexo, eran conducidos en un mismo carro al ce»menterio, mucho antes de trascurrir el tiempo que las leyes y la »prudencia reclaman. Increible parece que á esta falta de decoro »se agregase la profanacion de convertir en objeto de tráfico el »pelo y la dentadura de los muertos *y de los enfermos*. La botica »estaba tambien mal servida, siendo escusado decir que los artí»culos que en ella se consumían eran en lo general *malos;* los ja»rabes mal clarificados y bajos de punto; las medidas de capacidad »de este departamento son de estaño, abolladas y tan gastados sus

»bordes que no pueden servir bien para el objeto. A pesar de su »numeroso personal no habia el aseo que se necesitaba en esta de»pendencia etc., etc.

Las tintas de este sombrio cuadro todavía podían recargarse sin faltar á la verdad. El Sr. Ordoñez hubiera podido ver, tal vez vió, mas abusos de los que denuncia, pero los hay de tal índole que se resiste á escribirlos la pluma, y por otra parte una autoridad no puede denunciarlos sin intentar su enmienda y su castigo, y no hay fuerza en un solo hombre, cualquiera que sea la posicion que ocupe, para remediar á la vez tantos males y tan inveterados. Ordoñez intentó corregir muchos abusos y corrigió algunos, realizando grandes economías sin perjuicio de la buena asistencia. Ordoñez hizo mucho en un ramo en que es costumbre no hacer nada, y la historia de la Beneficencia debe conservar su nombre con gratitud. Convendrá no olvidar la parte de su Memoria que hemos copiado, para que los hechos que citaremos en el curso de esta obra y las consecuencias que de ellos hemos de sacar, no parezcan exageraciones de escritores entusiastas y sistemáticos.

¡Quiera el Cielo que al escritor que perfeccionando nuestro trabajo escriba pasados algunos años la historia de la Beneficencia, le sea mas grata su tarea! ¡Quiera el Cielo que pueda decir con verdad que la sociedad es madre de los niños pobres que no la tienen, maestra de la juventud, apoyo de la vejez, guía cariñosa de los que han perdido la razon, y consoladora de todos los que padecen! Quiera el Cielo que ningun enfermo sufra y muera sin recibir los auxilios que su estado reclama, que en ningun hospital se le pregunte de donde es para recibirle, que sobre la puerta de todos se escriba el hermoso lema que leemos en el de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza. *Urbis et orbis domus infirmorum.*

PARTE SEGUNDA.

CAPITULO I.

PRINCIPIOS QUE CONVENDRA SEGUIR PARA ENLAZAR LA CARIDAD PRIVADA CON LA BENEFICENCIA PUBLICA.

Nada hay en la vida moral, social y política de nuestro siglo, que no sea transitorio: donde quiera que nuestros ojos se vuelven, hallan el esqueleto de lo que no vive *ya*, el gérmen de lo que no vive *todavia*. Para llenar el abismo que separa la sociedad que se acabó de la sociedad que empieza, los creyentes acuden con su fé, los visionarios con sus delirios, los pensadores con sus sistemas, la humanidad entera con sus lágrimas, y el abismo parece tragar todo lo que se le arroja. Unos quieren vivir en los vanos recuerdos de lo pasado, otros en las prematuras esperanzas del porvenir; pasan las generaciones sin que ninguna parezca decir: *esta época es la mia*. Todo el que no está muy degradado, se vuelve hácia alguna parte, pidiendo para su cabeza ó para su corazon, alguna cosa que el siglo no puede darle. Los espíritus elevados que no transigen con la indiferencia, con la duda, que han menester la fé, la afirmacion, el sistema, son partidarios de lo que fué, ó de lo que será. El presente revela por la anarquía en las ideas, por la interinidad en las cosas, esa gravitacion hácia el pasado ó hácia el porvenir, que caracteriza al génio en el siglo XIX.

Los sistemas, las instituciones, las leyes todas prueban que no

hay nada definitivo en la vida social, y la Beneficencia en España, se resiente en gran manera de este estado transitorio.

Han desaparecido los conventos á cuyas puertas hallaba sustento el miserable. Los reyes, los grandes, los ricos no fundan hospitales ni los dotan á su muerte para que esta santa obra pueda contribuir á la remision de sus pecados.

La caridad oficial que se llama Beneficencia ha sustituido á la caridad que sostenida por el espíritu religioso auxiliaba á los enfermos y á los necesitados. El Estado representante de la nueva sociedad, ha recibido de la que se estingue la sagrada mision de amparar al desvalido. ¿Y cómo llena esta mision santa? La llena de tal modo, que hace sospechar que le falta el conocimiento de sus deberes, ó la voluntad de cumplirlos. La primera suposicion nos parece la mas probable. El Estado *ensaya, prueba, duda* sobre Beneficencia, como sobre todas las cosas, solamente que estos ensayos, y estas pruebas, y estas dudas son mas fatales, son horribles, porque tienen por consecuencia dejar sin auxilio al necesitado, sin amparo al desvalido.

¿Qué ve el hombre de corazon que mira en derredor de sí para aliviar la suerte de sus hermanos enfermos ó miserables? No permita Dios que calumniemos á nuestra pátria, ni á nuestro siglo. Al buscar medios de aliviar á la humanidad doliente, hemos hallado todos los elementos necesarios para tan santa obra. ¿Dónde y cómo estan? Dispersos, ignorados, informes, como estan las columnas, las estátuas, las cúpulas, en una roca, antes que el genio del hombre les diga.—Levantáos y formad un templo.—

Allí la caridad oficial hace el bien sin amor, acá la caridad privada hace el bien sin *criterio*, en otra parte las asociaciones caritativas obran en un circulo estrecho, aisladas entre si, y de la caridad oficial y privada, sin tendencia al proselitísmo y á la espansion.

Por donde quiera restos que se desmoronan, embriones informes, locas esperanzas de poderlo todo, cobardes temores de impotencia, voluntades sin poder, poderes sin voluntad, impulsos sin direccion, direccion sin fuerza, duda, confusion, desconfianza; por donde quiera en fin separadas en mal hora *La Beneficencia, La Caridad y La Filantropía.* Nos parece oportuno consignar aqui la significacion que para nosotros tienen estas tres palabras que habremos de emplear muchas veces.

Beneficencia, Filantropía, Caridad.

Beneficencia, es la compasion oficial que ampara al desvalido por un sentimiento de órden y de justicia.

Filantropía, es la compasion, filosófica, que auxilia al desdichado por amor á la humanidad, y la conciencia de su dignidad y de su derecho.

Caridad es la compasion cristiana que acude al menesteroso por amor de Dios y del prójimo.

Es consolador que los hombres pensadores hayan comprendido todo el mal que viene de que estas tres grandes fuentes de consuelo corran en distintas direcciones. La Real Academia de Ciencias Morales y Políticas consigna este hecho de una triste evidencia para todos los que han pensado en la materia.

La caridad privada y la Beneficencia pública estan separadas.

Luego afirma una verdad que generalizada podrá ser origen de grandes bienes.

Es preciso enlazarlas.

¿Bajo qué bases? Hé aqui el problema para cuya resolucion hace un llamamiento á las inteligencias que en estas cuestiones se ejercitan. Cuatro son los principios que en nuestro concepto deben seguirse para enlazar la caridad privada y la Beneficencia pública.

1.° Es un deber de la sociedad procurar á los desvalidos la mayor suma de bien posible.

2.° La Sociedad no comprende su alta mision, si cree llenarla con solo hacer bien material.

3.° El Estado aislándose de la caridad privada no puede auxiliar debidamente ni el cuerpo del menesteroso ni su alma.

4.° Existen en la Sociedad los elementos necesarios para consolar todos los dolores, no hay mas que armonizarlos.

Todas las medidas que tiendan á poner en armonía la caridad privada y la pública, deben en nuestro concepto ajustarse á estos sencillos principios, que desenvolverémos por el órden en que los hemos enunciado.

I.

Es un deber de la sociedad procurar a los desvalidos la mayor suma de bien posible.

Se esperimenta una dulce satisfaccion, cuando al formular una verdad consoladora, esta verdad está en la conciencia de todos, y no es menester probarla.

La caridad es un deber. Esto no es ya solamente un precepto religioso, es una verdad filosófica, un axioma moral, una irresistible tendencia de la sociedad que empieza. Con motivo de un grave mal que remediar, ó de un gran bien que hacer, convocad hombres de todas clases y opiniones, un demócrata y un absolutista, un millonario y un artesano, un ateo y un creyente; la forma de sus razonamientos variará mucho, los medios que propongan para alcanzar el fin propuesto serán tambien diferentes, pero todo lo que digan todos partirá de esta verdad y volverá á ella. La caridad es un deber.

La indiferencia para los males de nuestros semejantes, no revela ya solo dureza en el corazon, sino estravío de la inteligencia; al hombre cruel no le falta solamente sensibilidad y espíritu religioso, sino razon. La tendencia al bien se encarna cada dia mas en el hombre civilizado, pasa del corazon á la cabeza, y estamos tocando la época en que las leyes del mundo Cristiano derivarán de este principio. La carídad es la justicia.

El filósofo ve en la caridad un elemento de bienestar, el político un elemento de órden, el artista un tipo de belleza, el creyente la sublime espresion de la voluntad de Dios. Es como la aurora, cada viviente la saluda en su lenguage, pero no hay ninguno que deje de saludarla.

Elegid un hombre que haya dado repetidas pruebas de no tener mas que cabeza, siendo inteligente es *caritativo*, obra al menos como tal. Elegid un pueblo que haya adquirido una terrible reputacion de dureza en los combates, y vedle cuidar con esmero á los que no le dan cuartel. Ese soldado que sirve de apoyo al enemigo herido para conducirle al hospital ¿es un Fray Bartolomé de las Ca-

sas? Ese médico que le cura, que tal vez sufre paciente sus denuestos, ¿es un San Vicente de Paul? No ciertamente. Son dos hombres como hay otros dos mil, otros doscientos millones. Dos hombres razonables nada mas, y cuya accion que pareceria increible hace algunos siglos, pasa desapercibida en el nuestro. Donde quiera que hay una gran desgracia que consolar, y un hombre que tome la iniciativa para consolarla, acuden de todas partes auxilios y la desgracia se consuela. Si son necesarios sacrificios pecuniarios no todos los hacen espontáneamente, ni por el amor de Dios y del prójimo, pero el mismo que los llora no se atreve á negarlos. ¿Por qué? *Por compromiso, por no chocar, por no ser menos que los demas.* ¿Quién impone este deber que no está escrito en ninguna parte? ¿Quién egerce sobre los egoistas esta saludable coaccion moral? La opinion. La caridad con este ó con el otro nombre está en la opinion, y lo está mas cada dia. Mirémos en torno nuestro, y la verémos penetrar en la choza del pastor, en el taller del artesano, en el palacio del magnate: la verémos tomar el pedazo de pan negro que el pobre dá al que es mas pobre todavia, arrancar al capitalista avaro su billete de banco, y á sus pueriles placeres á la dama aristocrática. Las grandes señoras acuden á los niños sin madre, á las mugeres sin reputacion, á los reos que van á morir. La caridad modifica la dictadura de los tiranos ¿qué mas? llega al corazon del pueblo en el momento mismo en que le agita la furia de las pasiones políticas. ¿Desde cuándo sucede todo esto? No mas que desde ayer. Debemos esperar mucho para mañana.

Si la caridad está en la opinion, y no puede dudarlo sino el que no la estudie, es evidente el deber que tiene el Estado de hacer á los necesitados la mayor suma de bien posible, porque en principio sería mas facil negar la obligacion de hacer bien, que sostener que puede hacerse á medias sin faltar á un deber sagrado.

Supongamos que una noche de Enero hallo á la puerta de mi casa un hombre aterido, sin movimiento, sin sentido, casi sin vida. Si soy una vil criatura, podré inventar qué se yo que horribles sofismas con que imagine probarme que no tengo obligacion de recoger á aquel infeliz; pero como quiera que yo sea, si admito por un momento el deber de ampararle, ni especioso razonamiento, ni sofisma hallaré para probar que cumplo con llevarle al portal de mi casa, y que no estoy obligado á darle calor, alimento, lecho, y

todo aquello en fin que esté en mi mano, y pueda contribuir á su alivio.

Asi pues, la accion de dejar á un desvalido que sucumbe sin amparo parece como una horrible locura, la de prestarle un socorro hipócrita é insuficiente, parece un crímen de lesa humanidad, porque no es tan culpable el que desconoce su deber, como el que le acepta y le pisa.

El Estado reconoce la obligacion de amparar al desvalido ¿cómo se atreverá á negarla en el siglo XIX? luego el Estado reconoce tambien el deber de que este amparo sea tan completo como fuere necesario y posible. El hecho de establecer un hospital, lleva consigo el derecho que el enfermo tiene de hallar en él cuanto su estado reclame. El abandono cruel pero franco de dejarle en medio de la calle, seria mil veces preferible al abandono hipócrita de llevarle al hospital, donde no reciba los cuidados que necesita. Por la calle pasaría alguna criatura compasiva que se moviese á piedad, por el hospital mal organizado nadie pasa, ni alli tiene entrada la compasion.

Admitido el principio, que nadie se atreve á negar, de que el Estado tiene obligacion de amparar al enfermo pobre y al desvalido, la lógica y el sentimiento sacan esta imprescindible consecuencia. *Es un deber de la sociedad procurar á los desvalidos la mayor suma de bien posible.*

II.

La sociedad no comprende su alta mision, si cree llenarla con solo hacer bien material.

Si nuestros establecimientos de Beneficencia fueran lo que estan muy lejos de ser, si tuviesen locales propios para el objeto, camas limpias y cómodas, esmerada asistencia, facultativos inteligentes, todavia no habrian cumplido sino una parte de su mision.

El niño abandonado por su madre á la puerta de la inclusa ¿nó necesita mas que vestido y alimento? ¿Nó ha menester el alimento del alma que se llama educacion? ¿Es educarle acostumbrar sus manos á ciertos movimientos, enseñarle un oficio? ¿El enfermo, el

anciano nó deben recibir consuelos y lecciones al mismo tiempo que cuidados materiales?

Una de las grandes dificultades que se presentan para hablar con fruto al hombre del pueblo á cerca de sus deberes, es la de hallar un momento oportuno. El dia de labor, ó tiene trabajo ó tiene hambre, el trabajo absorbe su atencion, el hambre no escucha fácilmente sino palabras siniestras y consejos criminales. El dia de fiesta único de descanso y de recreo, tiene prisa para irse á jugar, á la taberna, á paseo, á divertirse de cualquier modo. Y dia de fiesta ó de trabajo, tenga que hacer, ó no, el hombre del pueblo por su educacion, y género de vida está materializado, tiene sobre su alma como una ruda corteza, á través de la cual penetra dificilmente la luz de las ideas. ¿A dónde ireis á buscar á este hombre para hablarle de religion y de virtud? Al Hospital. ¿Al Hospital como hoy existe? ¡Oh! no, no, mejor escuchará en el garito, en la orgía. Al Hospital como deberia ser, como será algun dia con el auxilio de Dios.

Los establecimientos de Beneficencia, salvas algunas escepciones debidas á individuales esfuerzos, no son muy á próposito para moralizar á los que amparan.

¡Y cuán útiles podian ser si la caridad penetrase en ellos! ¡Cómo podrian elevar el alma al propio tiempo que alivian el cuerpo! Las largas horas de la convalescencia, la proximidad de la muerte, la decrepitud cuando han callado las pasiones, la niñez cuando no han hablado todavia, son circunstancias bien favorables para enseñar al hombre la verdad, y disponerle á la virtud.

Mirad como un ser sensible á esa cosa que yace en ese miserable lecho; sustituid un nombre á ese número con que le distinguis del que está antes y del que esta despues; pensad que tiene alma ese cuerpo que abandonais indefenso á la indiferencia, al fanatismo, y hasta al capricho científico; á la codicia á la crueldad del interés, y á la que engendra en los mercenarios vulgares el hábito de ver sufrir; no aglomereis los desdichados, de modo que la imposibilidad de acudir bien á todos autorice al egoismo para no auxiliar á ninguno; no traceis alrededor del enfermo ese horrible vacío que le priva de todo consuelo privándole de su familia; no pongais ese sacrílego *veto* entre el padre y el hijo, entre la esposa y el esposo; dadle todo lo que necesita, y nadie le llevará nada que le haga daño;

abandonad esa horrible lógica que consiste en motivar una crueldad con otra; que el Ministro del Señor visite al enfermo, le exhorte, le aliente, cuando puede comprenderle, cuando el silencio de las pasiones, la tregua de los groseros apetitos, y las lecciones del dolor, ese gran maestro del hombre, le disponen á escuchar con fruto las verdades de la religion. Que una muger piadosa se duela de sus dolores, procure aliviarlos, sufra al verle sufrir, é imponga silencio y obligue siquiera á tener la mímica de la compasion, al mercenario que el hábito de ver padecer hace completamente insensible. Entonces la enfermedad será un aviso de la Providencia que puede ser escuchado, el hospital una escuela donde la religion, el dolor, y la caridad, hacen comprender y sentir al pobre grandes verdades, y le disponen para grandes virtudes.

¿Nó habeis notado cuanto obliga y conmueve al pobre ver que una persona superior á él *se bage* (se eleve debería decir) á enjugar el sudor de su frente, á restañar la sangre que corre de sus heridas, á prestarle el auxilio material mas insignificante? ¿Nó habeis visto el mágico poder de una mano delicada que no rehusa tocar á la suya callosa, de una voz suave que en un lenguage que no está habituado á escuchar, le dirige palabras de consuelo? ¿Nó habeis visto como le conmueve ver que una persona que mas que él vale, que mas que él puede, que para nada le necesita, ni nada espera de él, ni nada teme, abandone sus diversiones, sus comodidades, para ir á darle auxilio y consuelo en medio de una escena de dolor, arrostrando molestias, privaciones, y tal vez la muerte?

De cien hombres, aunque los busqueis entre los malhechores, que hallándose enfermos sean el objeto de la incansable solicitud de las clases superiores, los noventa sienten allá en el fondo de su alma alguna cosa que no han sentido nunca, y que los predispone á ser mejores: aprovechad esa disposicion, es como una ráfaga de luz, á cuyo resplandor podeis mostrar la verdad á una criatura sepultada en las tinieblas del error. Tratándose del pobre endurecido por la miseria, depravado por el vicio, manchado por el crímen, lo dificil es hacerle sentir alguna cosa que no sea material, conmovedle, y está medio regenerado; la caridad le pone casi convertido en brazos de la religion.

El enfermo y el convaleciente se hallan bien dispuestos para escuchar al que les recuerda sus deberes. La enfermedad espiritualiza al

hombre: el dolor le hace entrar en si mismo: la proximidad de la muerte le hace comprender la nada de la vida: el silencio le deja oir la voz de la conciencia: la soledad le hace grata cualquiera voz: el bien que recibe le ayuda á sentir el mal que ha hecho; la gratitud le prepara al arrepentimiento, á la enmienda. Son momentos preciosos para la regeneracion del pobre, los que pasa en el hospital, de donde deberia salir mejorada su alma como su cuerpo. El médico receta drogas, practica operaciones con toda seguridad ¿el moralista vacilará, guardará silencio? La ciencia moral no posee mas verdades y mas evidentes que la medicina, y la naturaleza espiritual del hombre no tiende al bien como su naturaleza física tiende á la salud?

¿Cómo pues no se acude á enseñar al pobre al lugar donde hay seguridad de que esta bien dispuesto para aprender? ¿Cómo hay gobierno que crea llenar debidamente la alta mision que la sociedad le confia, apartando al enfermo de la vista del público para entregarle á la indiferencia ignorante y descreida que le prestará cuando mas un auxilio material? ¿Cómo se defenderá del cargo de haber prescindido que tiene alma esa criatura cuyo cuerpo cura, alimenta y viste? ¿Es mas triste el espectáculo de un hombre, cuyo cuerpo se estenua por falta de pan, que el de aquel, cuyas facultades mas nobles se estinguen por falta de auxilio? ¿Cuál es mas grande y mas bello, arrancar á un hombre á la muerte, ó arrancarle al vicio y al crímen? ¿Proporcionar á la sociedad malvados robustos, es el alto objeto que se proponen los gobiernos al prescindir de la moralidad del hombre que auxilian materialmente? Ciertamente no es este su objeto, sino que el Estado como el individuo viene á parar insensiblemente á la práctica del mal, cuya teoría les causaria horror; y por ignorancia, por abandono, por hábito, el mal viene á crear una atmósfera que no se siente, porque como el aire, ejerce su presion igual por todas partes. Los espectadores y hasta los actores del terrible drama de la miseria moral y física de la humanidad, tienen durante mucho tiempo el espectáculo por tan natural é inevitable, como las erupciones de un volcan y los estragos del rayo.

El dolor viene de Dios como una leccion, y como una prueba; pero el dolor sin resignacion y sin consuelo, sin utilidad para la perfeccion moral del que le sufre y del que le alivia, es obra de la

perversidad humana. Un mal sin mezcla alguna de bien no viene nunca de Dios, afirmar lo contrario es una necedad ó una blasfemia, y todo lo que no viene de Dios, es decir, que no está en la naturaleza de las cosas puede variarse y se varia. Cada dia parece mas absurdo, y es mas débil ese fatalismo egoista que proclama como inevitables los dolores para no tomarse el trabajo de evitarlos.

El equilibrio del mal no es estable y se rompe al fin: en cuanto se desploma uno de sus elementos, todos vacilan. El siglo XIX asiste á esta conmocion, á este estremecimiento que hace palpitar de gozo todos los nobles corazones. Las sociedades hacen el largo y doloroso inventario de sus dolores, los analizan, los miden, los clasifican, y si para todos no hallan remedio, á ninguno niegan consuelo. Unos consideran el dolor como eterno, otros como transitorio, aquellos como obra de Dios, estos como obra del hombre; pero nadie le mira ya impasible. A cada quejido de la sociedad se alzan innumerables voces que lloran, rezan ó blasfeman, pero *sienten*; se alzan infinitos brazos para buscar remedio, ó para buscar venganza. La indiferencia y el abatimiento no crean al dolor ese parapeto artificial pero impenetrable, que le hacia dueño absoluto de sus víctimas. Al error de aceptar el mal sin remedio sigue el de querer el bien sin mezcla de mal alguno. ¿Cómo evitar la ley de las reacciones? pero á través de ellas la humanidad comprende cada dia mejor la naturaleza de sus dolores, y la esperanza no es ya solamente una virtud cristiana, sino una verdad filosófica.

¿Cuándo avanza con lentitud pero con firmeza la teoría del bien, podrá no conmoverse en su movedizo fundamento la práctica del mal? No ciertamente, y la sociedad no sostendrá en principio muchas cosas que de hecho protege, consiente y tolera. ¿Pero qué es un hecho que no se ampara ya del derecho para defenderse? Es como una fortaleza cuyos fuegos se han apagado.

El lamentable abandono en que se deja la moralidad de los acogidos en la mayor parte de las casas de Beneficencia, es un hecho que en principio nadie se atreveria á sostener. Combatamos pues ese hecho, combatámosle por todos los medios, sin tregua sin descanso.

El desvalido tiene derecho á que la sociedad le auxilié en *todas* sus necesidades, hasta donde le sea *posible*.

Las necesidades del pobre son todavia mas espirituales que corporales.

La sociedad *puede* socorrer unas y otras.

Luego la sociedad *debe* dar al pobre los auxilios que el estado de su alma reclama, y sin los cuales son bien poca cosa los que se prestan á su cuerpo. Al que mira solo la corteza de las cosas, lo que le llama la atencion en el miserable, es lo andrajoso de su vestido, lo demacrado de su rostro, lo insaciable de su apetito. El que penetra mas adentro, vé lo limitado de sus ideas, lo grosero de sus inclinaciones, lo depravado de sus instintos. Vestidle, dadle de comer, está bien; es lo mas urgente y lo mas fácil, pero no lo que mas importa. Pronto estaría en estado de vestirse y alimentarse á sí y á su familia sin recurrir á la caridad pública, si pudierais introducir ideas en su cabeza como alimentos en su estómago; si pudierais cambiar los hábitos egoistas y depravados con que la miseria ha cubierto su alma, si pudierais en fin socorrer la *indigencia del espíritu*. Esta indigencia fatal, á la vez efecto y causa de la otra, arroja al vicio mas víctimas, y al verdugo mas cabezas, que la miseria y el hambre.

¿Y la sociedad podrá prescindir de esta indigencia y el Estado que la representa negarle amparo? Para responder afirmativamente seria necesario que hubiese perdido la idea de sus deberes y hasta el instinto de su conservacion.

En efecto, el individuo si prescinde del deber, puede hallar razones para ser injusto, la sociedad aunque olvide el deber no puede ser injusta si no olvida tambien su conveniencia. ¿Esa multitud que puebla alternativamente las tabernas, los hospitales y las cárceles no le dirije terribles golpes? ¿Esa otra que vaga del asilo de Beneficencia al paseo público, de la puerta del caritativo á la de la Iglesia, no le hace daño alguno? ¿Nó tiene mas que hacer que arrojar á los unos un pedazo de pan para que no mueran, sujetar á los otros con un pedazo de hierro para que no maten? ¿A la vista de tanta miseria material y moral, la sociedad consultando su conveniencia no halla cosa mas útil que presentarse con algunos alimentos, una llave y una vara metálica? Son los medios que emplea un domador de fieras.

La sociedad paga bien caro el abandono en que deja á sus hijos, como todos los padres que no educan á los suyos.

La índole de nuestro trabajo no consiente que nós estendamos en consideraciones acerca de la educacion pública, de que los esta-

blecimientos de Beneficencia deberian formar una parte muy esencial, pero no podemos menos de insistir, en que se auxilie moralmente á todos los que reciben auxilio material, y que se mire la *indigencia del espíritu* como mas terrible y digna de compasion que la del cuerpo. Al decir esto no decimos una cosa nueva ni estraordinaria, trátase nada mas que de practicar las obras de misericordia en uno de los casos *en que se deben de justicia:* ellas nos mandan no solo *dar de comer al hambriento y vestir al desnudo,* sino *enseñar al que no sabe, y dar buen consejo al que lo haya menester.*

III.

EL ESTADO AISLANDOSE DE LA CARIDAD INDIVIDUAL, NO PUEDE AUXILIAR DEBIDAMENTE EL CUERPO DEL MENESTEROSO, NI SU ALMA.

Salvas algunas escepciones debidas á individuales esfuerzos el estado de nuestros establecimientos de Beneficencia deja mucho que desear. Ni el local, ni las camas, ni la alimentacion, ni el vestido, son lo que ser debieran.

Los locales obra del acaso las mas veces ó de la ignorancia, no suelen tener ninguna de las condiciones que la higiene prescribe, sobre todo cuando se trata de la fatal aglomeracion de personas que en ellos se verifica.

Las camas no suelen tener ni la limpieza, ni la comodidad y estension que debieran: tampoco suelen estar aisladas entre sí, de modo que el enfermo presencia escenas de agonía y de muerte que deben agravar su estado.

El alimento en la mayor parte de los casos, ni es de buena calidad, ni esta preparado con el debido esmero, tanto que á veces se resiste al hambre mas voraz. A lo primero contribuye mucho el fatal sistema de abastecer los establecimientos benéficos por medio de contratas cuyas condiciones no suelen cumplirse con exactitud, lo segundo es consecuencia de la falta de vigilancia, y de que son muchos los establecimientos que no estan asistidos por las hijas de la caridad.

Si el enfermo entra en convalecencia, su suerte es poco menos triste que cuando estaba en la cama. La falta de locales separados

para los convalecientes, es uno de los grandes males que hay que deplorar. A ella se deben esas convalecencias, larga y penosa prolongacion de la enfermedad, las recaidas, y el lastimoso estado en que dejan el hospital los pobres que no tienen otro recurso que su trabajo. Si se pregunta á los que salen de los hospitales mejor asistidos, es frecuente oirles decir. Las medicinas bien, pero los alimentos mal.

Si haceis alguna observacion al gefe ó empleados del establecimiento, os responden con la frase sacramental, *no hay fondos*.

Aquí se forma un espediente para ver si ha de admitirse ó no un niño que la muerte, la miseria ó la crueldad de sus padres deja en el abandono mas completo: allí se discute sobre el derecho que puede ó no tener á entrar en el hospital un hombre que se está muriendo en la calle: en otra parte se oficia á los párrocos, para que sean muy parcos y muy severos al dar certificados de pobreza, sin los cuales no se admite al enfermo. ¡Quién habia de decir que el hecho de querer entrar en el hospital no era una prueba bastante *auténtica* de miseria! ¡Quién creyera que se habia de decir hipócritamente en voz alta: *aquí hallarán asilo los enfermos pobres*, para añadir en voz baja despues: *hagamos de manera que los pobres enfermos no puedan llegar á este asilo!*

La racion que se dá en la mayor parte de los hospitales al convaleciente es escasa, y de mala calidad, esta circunstancia retarda el restablecimiento, y muchas veces predispone para la recaida como los hemos visto mas de una vez. Referiremos una escena de que fuimos testigos, que no tiene nada de estraordinaria, sino que por el contrario es muy comun en nuestros hospitales, ni tiene tampoco nada de terrible comparada con otras que en ellos pasan.

Habia en el hospital D... tres tercianarios, tres padres de familia, cuya enfermedad privaba de pan á 16 criaturas que no estaban en edad de ganarlo. Una persona caritativa que los conocia, sabia sus buenas cualidades, y la mucha falta que hacian á sus familias, fué á verlos un jueves, único dia de la semana que se permitian visitas. Estaban convalecientes, los tres se conmovieron mucho, como se conmueve el que sufre en medio de criaturas indiferentes, cuando vé una que se compadece de sus males; uno se echó á llorar.—¿Qué es eso Francisco?—¡Qué nos matan de hambre, y el hambre es tan triste! Perecemos de hambre y de

frio.—Era en Enero, no habia lumbre para calentarse, y los enfermos envueltos en sucias y raidas mantas parecian otras tantas sombras que envueltas en sus sudarios, se alzaban del sepulcro para maldecir á los que las habian inmolado. Se tramó un pequeño complot en que entró el portero; se convino en que todos los dias los enfermos bajarian uno á uno y con precaucion á la portería á tomar una sopa sustanciosa, una racion de carne, un cuarteron de pan bien sazonado y medio cuartillo de buen vino. El primer dia todo sucedió felizmente. ¡Con qué ansia devoraban los alimentos! ¡Con qué temor miraban á la puerta por miedo de que los sorprendiera *algun empleado!* Así aconteció al segundo dia. Casualidad ó mala voluntad de alguno, el director en persona vino á interrumpir el modesto convite, y el convidado cogido *infraganti* huyó como un criminal, no sin haber recibido antes una severa reprimenda estensiva á la criada que llevó la comida, y que tuvo miedo de *que la llevasen á la cárcel.* Nosotros nos alejamos en silencio, por no añadir el escándalo á la crueldad, y temerosos de que nuestra indignacion nos hiciese dirigir al anciano gefe del establecimiento palabras mas duras de las que públicamente deben decirse, y cargos que por muy fundados que pareciesen, no se debian hacer á un solo hombre, porque son siempre la obra de muchos males de tal trascendencia. Uno de los convalecientes se *escapó* del hospital, y auxiliado convenientemente en su casa, estuvo muy pronto en estado de trabajar, otro recayó, y no pudo salir hasta muy entrada la primavera, el tercero acometido de otra enfermedad sucumbió.

Es tambien de notar el estado en que se dá de *alta* á los enfermos pobres, ninguno se halla capaz de trabajar, muchos pueden sostenerse apenas.

En las operaciones, no siempre se consulta la voluntad del enfermo esponiéndole las razones que hay en pró y en contra para operarle, en las clínicas, alguna vez se le mira mas bien como un objeto de demostracion que como un hermano que sufre.

En la mayor parte de los hospitales el enfermo no está asistido como debiera; ni el local, ni la cama, ni el abrigo, ni el alimento son como su estado reclama. Si la índole de su enfermedad hace creer una operacion necesaria podrá ser que no se le consulte con todo el detenimiento que el caso requiere; si le llevan á una clí-

nica podrá ser que se tenga mas en cuenta la ciencia que la humanidad. ¿Qué falta pues? ¿Que no sea respetado su cadáver? Su cadáver se profanará, la indiferencia es muy lógica.

Cortar el cabello de las mugeres cuando *todavia no han muerto*, porque así dicen los peluqueros que se trabaja mejor, es bien pequeña cosa, son *gages* de los asistentes. Hollar todas las leyes del pudor, tampoco es cosa qne merece notarse, los muertos no sienten. No permitir á la familia del que muere que le dé el último á Dios, que le acompañe á la última morada, ni que le sepulte como cristiano con las oraciones de la iglesia, si no hace un sacrificio pecuniario superior á sus fuerzas, es un *arbitrio* que tienen... ¿quién le tiene? La pluma se resiste á escribirlo; dá horror y dá vergüenza. Si hacen falta materiales para la demostracion, se llevan cadáveres, se hacen pedazos tan pequeños como sea necesario, que luego recoge un mozo en un carreton para meterlos debajo de tierra porque no huelan mal. Podrá suceder que los estudiantes que siguen la carrera de medicina y los que siguen la de cirujía, por un antagonismo muy comun entre ellos, en la sala de anatomía riñan, y llegando á vias de hecho, se tiren lo que hallen mas á mano. Entonces se verán cruzar el aire á manera de proyectiles los fragmentos ensangrentados de los cadáveres que se estaban disecando. Un fémur, una tibia, un cráneo, son buenas armas ofensivas ¿por qué no usarlas? Al cabo los muertos no sienten. ¿Descansar respetados debajo de una cruz, ó andar rodando por el anfiteatro lanzados en pedazos por la cólera estudiantil, no les es indiferente? ¿Quién lo duda? Y luego la lógica quiere que no se respete muertos, á los que no se ha compadecido vivos, y la lógica es una cosa escelente que se enseña en todas las escuelas. ¿Y la humanidad? Esa no se enseña en ninguna.

Todo esto que vamos escribiendo, no está exagerado por el sentimiento, no es una página de alguna horrible novela, el delirio de alguna acalorada imaginacion.

No por desgracia; lo que vamos escribiendo es la verdad: preguntad á los que pueden saberla, y no esten interesados en ocultarla y os responderán.—Es cierto.—Y no vayais á preguntar á ningun pueblo arrinconado en el confin de una provincia, preguntad en Madrid, en la capital de la monarquía donde muchas de estas cosas suceden en establecimientos que visitan las autoridades

quedando *muy satisfechas* del estado en que se encuentran. Esos establecimientos son teatro de la mayor parte de las escenas que hemos recordado, y de otras muchas mas horribles tal vez. Por allí pasan los ministros y los grandes, y los medianos y los pequeños, y los hombres científicos, y las mugeres piadosas, y los devotos y los amigos del pueblo, y todos pasan y pasamos, sin que el daño se remedie. ¿Por qué? ¿Son, somos todos insensibles? No ciertamente. El mal está en que todos pasamos y nadie entra.

A cualquiera observacion que hagais sobre los abusos que se cometen en los establecimientos de Beneficencia, ya hemos dicho lo que responden los representantes de la caridad oficial. *No hay fondos*. Nosotros os décimos, no hay caridad.

¿Por qué se defraudan muchas veces los fondos destinados á socorrer á los enfermos y desvalidos? *porque no hay caridad.*

¿Por qué se trata al enfermo con indiferencia? ¿Por qué en muchos establecimientos no se acerca á su lecho ninguna criatura llevada por un elevado sentimiento, ningun ser sensible que compadezca sus penas, y se complazca en consolarlas? *porque no hay caridad.*

¿Por qué se equivocan las medicinas, se dan tarde ó temprano, se dan mal preparadas? ¿Por qué el precepto del facultativo se cumple maquinalmente con la indiferencia de una consigna, mas no con su exactitud, toda vez que el castigo no intimida á los contraventores? *porque no hay caridad.*

¿Por qué en muchos asilos piadosos los alimentos estan preparados con tal suciedad y abandono que su vista y olor inspira repugnancia aun al que disfruta salud y tiene buen apetito? *Porque no hay caridad.*

¿Por qué el enfermo está absolutamente aislado de su familia, y el moribundo no tiene quien reciba su última voluntad y su postrer suspiro, y el muerto quien le acompañe con una lágrima y una oracion? ¿Por qué se profanan impíamente los cadáveres? *Todo porque no hay caridad.*

¡No hay caridad! ¿Y las hermanas? ¿Y las mil personas piadosas que se interesan en el alivio de los dolientes? ¿Y la administracion?

Las hermanas no estan como era de desear en todos los establecimientos benéficos, y aunque estuviesen la índole de su institu-

to no les permite poner remedio á ciertos males. Hermanas de la caridad habia en el hospicio de la Coruña cuando el pan que se daba á los niños tenia gusanos, y no les era posible evitarlo. Las santas mugeres veian con dolor estenuarse y caer enfermos á sus queridos inocentes, pero no está en la índole de su instituto que pidieran remedio sino á Dios; una hermana de la caridad no ha de acudir á la prensa y al gobernador y al ministro; está en el hospital y no en el mundo, y para remediar ciertos males es preciso estar en el mundo y en el hospital.

Las personas caritativas ó no saben lo que pasa, ó no saben como remediarlo, viven sin tener noticia unas de otras, sin reunir sus esfuerzos cuyo aislamiento los hace inútiles y concluye por desalentarlas.

La administracion á pesar de su buen deseo, halla por todas partes obstáculos que renacen á medida que los vence, y busca y no halla apoyos allí donde debiera esperarlos.

Cuando decimos que no hay caridad queremos decir que no hay *caridad organizada* y mientras no tenga organizacion, toda su buena voluntad no le dará fuerza.

Supongamos por un momento que los gobiernos penetrados de su alta mision resuelvan con firmeza dar á los establecimientos de Beneficencia cuantos auxilios sean necesarios, supongamos que *hay fondos*, ¿se evitarán por eso de aquellos males que hemos señalado los que mas sublevan la razon, los que mas conmueven el alma? En el presupuesto bien formado de una casa de Beneficencia hay una gran partida, *La compasion*, que no puede cubrirse oficialmente con los fondos que ingresan en tesorería: un átomo de caridad valdria á veces mas para un enfermo que todos los tesoros de Atahualpa.

Aunque se proveyese con generosidad, con profusion, al sostenimiento de las casas de Beneficencia, aunque no se prescindiese en ellas de la moral de los acogidos, sino se llamaba en auxilio de la caridad oficial, la caridad privada, no se conseguiria el objeto, el enfermo y el desvalido no estarian bien asistidos ni aun materialmente. ¿Qué mucho? El bien en todo es la armonía. ¿Cómo quiere establecerse prescindiendo de la verdad? Si el hombre es una criatura sensible, un ser moral, un compuesto de espíritu y de materia, cómo auxiliarle debidamente acudiéndole solo con medios ma-

teriales? Y esta verdad que lo es siempre, está mas en relieve, y se manifiesta en mayor escala tratándose de los establecimientos de Beneficencia. Los que á ellos se acogen agregan á la debilidad de la pobreza y de la ignorancia, la de la niñez, la ancianidad ó de la falta de salud. Necesitan una tutela, un protectorado que los defienda y los dirija en su miserable situacion. El cargo, que el desvalido dirije á los que le rodean desde su lecho de dolor, muere en las paredes del hospital, como un sonido sin eco, como un ¡ay! que no compadece ninguno. Pero este cargo ni aun se formula, el temor lo impide: el que vé que le tratan mal, teme que le traten peor si se queja. ¿Qué sucede con los presos? La ley dispone que el juez los visite una vez á la semana para oir sus quejas si las tienen, y la ley con una candidez fatal, cree que ha hecho cuanto podia hacer. No obstante, solo una mínima parte de las quejas legítimas llegan á la autoridad que podia y debia evitarlas. ¿Por qué? Porque el juez pasa y el carcelero queda, porque el preso tiene menos medios para resistir á la opresion que su guardian para oprimirle, porque ante el abuso del fuerte vale poco la razon del débil, si no viene en su auxilio alguna mano poderosa y estraña movida por un generoso instinto. Esto sucede siempre que una turba mercenaria tiene autorizacion oficial, para influir en la suerte de una multitud desvalida, pero en las casas de Beneficencia hay todavia otras circunstancias que hacen mas indispensable la intervencion de la caridad privada.

¿Cómo marcar exactamente al enfermero asalariado sus deberes para con el enfermo? ¿Será de reglamento el tono de voz con que ha de hablarle, las veces que ha de ayudarle á buscar una postura que no halla, la suavidad con que ha de cogerle, para no lastimar sus doloridos miembros? ¿Cómo determinar exactamente á donde terminan los deberes del enfermero, y cuándo empiezan los caprichos del enfermo? ¿Cómo preveer todas las torturas con que puede martirizar á un desdichado el que no le compadece? ¿Cómo exigir de un mercenario la sublime paciencia que necesita un enfermo que la pobreza hace grosero, el dolor injusto, y que tal vez por el estado anterior de su alma y el actual de su cuerpo es física y moralmente repugnante? ¿Quién sino la caridad santa que *todo lo soporta* puede ser incansable y prescindir al auxiliar al que sufre de todo menos de su miseria? ¿Quién sino la caridad, adivina los gestos,

espía los movimientos, halla palabras de consuelo en la situacion mas desesperada, tiene una escusa para cada falta, y una lágrima para cada dolor? Absurdo seria pedir al cálculo lo que solo puede dar la abnegacion. Preguntábamos mas arriba si al prescindir de la moral de los acogidos en las casas de Beneficencia el Estado se proponia dar á la sociedad malvados robustos. Si tal fuera su objeto tampoco lo conseguia. No es posible apartar el cuerpo del hombre de su alma, la falta de caridad que deja sin auxilios su espíritu, influye para menoscabar sus fuerzas físicas.

Colocáos un dia festivo á la puerta del Hospicio de Madrid: (1) ved salir de dos en dos á esos desdichados huérfanos que reciben el amargo pan de la Beneficencia. En vano buscais en sus miembros los signos de la fuerza, ni en su rostro la jovialidad y la belleza propias de la infancia. Raquíticos, escrofulosos, pálidos, endebles, llevan escritos en su deprimida frente los signos de la degradacion

(1) Hace dos años, escribiamos «*colocáos á la puerta del Hospicio de Madrid*» y no *Entrad en el Hospicio de Madrid*, porque de pasar de la puerta hubiera sido preciso denunciar hechos tan poco verosímiles que la verdad hubiera pasado probablemente por una exageracion. Ahora que el Hospicio de Madrid ha sufrido una transformacion verdadera, ahora que los abusos pertenecen afortunadamente á la historia, recordaremos algunos, menos en corroboracion de lo que hemos escrito, que para recordar que hay muchos establecimientos en España en que las reformas son tan necesarias como lo eran en el Hospicio de Madrid. Lo que habria que decir de este establecimiento, no cabe en una nota, apenas cabria en un libro; citaremos algunos hechos de los cuales se puede inferir el estado en que se hallaba. Si el que queria visitarle se detenia un poco, llevaba como recuerdo los insectos mas repugnantes que eran allí una verdadera plaga. Las camas tardaban en mudarse seis ó siete meses. La comida era malísima; llegó el caso de faltar carne para el caldo de los enfermos. Las enfermedades frecuentes, y algunas epidémicas como las oftalmias: los niños entraban con la vista perfectamente sana y salian ciegos. Los locales acondicionados de tal modo, que por ejemplo, las hermanas de la caridad podia decirse que estaban acampadas, en términos que un simple catarro se hacia mortal por la imposibilidad de cuidarle: en un invierno, de diez y ocho hermanas murieron cinco.

La educacion ofrecia el cuadro mas triste. Se mandaban los jóvenes á los talleres, sin saber leer ni escribir, ni la doctrina cristiana. Se castigaba con dureza, con crueldad, y con tan buen resultado, que los acogidos no tenian idea de pundonor, y por muchas de sus acciones manifestaban haber perdido el respeto á las cosas mas santas: el desórden era la regla.

Ahora todo ha cambiado, la falta de ruido que llama la atencion al entrar, prueba que hay órden. En un local en que aprenden doscientos y tantos niños, tienen que deciros, *esa es la puerta de la escuela*: tan religioso es el silencio que no lo adivinais. Lo que si adivinareis al momento, es, que el maestro ha nacido para enseñar, que es el padre de tantos infelices que no le tienen, y á quienes conduce no por el temor sino por el ca-

física: y es que el amor es para el niño lo que el sol para las flores: no le basta pan, necesita caricias para ser bueno y para ser fuerte.

Repetimos pues, que si el Estado hiciese los mayores sacrificios pecuniarios, y desplegase el mayor celo en favor de las casas de Beneficencia podria decir como el Apóstol, *sino tengo caridad nada me aprovecha*. En efecto, la Beneficencia sin la caridad no puede auxiliar al desvalido ni aun materialmente, aunque para ello haga todos los esfuerzos imaginables.

¿Pero estos esfuerzos los hace? ¿Es probable que los haga abandonada á sus solas fuerzas? Muy distante se halla de eso, al menos en nuestra patria y en nuestra época.

Los establecimientos de Beneficencia no tienen realmente los medios pecuniarios indispensables para ofrecer al enfermo y al desvalido lo que su estado reclama, ni los tendrán mientras la

riño. Con qué complacencia os hace notar los progresos de sus discípulos, la gallardía de la letra, la limpieza de las planas, el mérito de aquel niño manco que escribe con tanta perfeccion, la buena conducta de todos que con ser tantos no sustraen un libro, un pliego de papel! Y si al salir le dais la mano y las gracias, en nombre de la humanidad, por su inteligencia y su celo en favor de aquellos infelices, cómo os agradece esta justicia que le haceis en vuestro corazon y sin mas testigo que Dios.

En la escuela, ó en los talleres, ó presidiendo las obras que ha emprendido, y donde quiera que haga falta, encontrareis infaliblemente al Director. No importa que no le conozcais, que no lleveis ninguna recomendacion, en cuanto comprenda, y lo comprenderá muy pronto, que os interesais en la suerte de los acogidos, y apreciais los esfuerzos que hace por mejorar su condicion, lo dejará todo para manifestaros lo mucho que ha hecho, y esplicaros lo muchísimo que piensa hacer. Vereis con que paternal complacencia os enseña la bellísima escuela de párvulos que acaba de concluir, los ventilados dormitorios donde no hay un insecto, el gimnasio y el lavatorio que esta construyendo, el local donde piensa establecer una imprenta, etc., etc.—Aquí, dice, quiero hacer una sala de convalecencia, los convalecientes me los traen del hospital en un estado lastimoso, y no se que hacer de ellos: no pueden volver al hospital porque dicen que estan curados, ni á las brigadas porque no estan buenos. Me hace tanta falta esta sala! — Estan haciéndose camas de hierro, y con la tabla de las que habia voy á entarimar la escuela porque este polvillo de las baldosas sobre ser sucio perjudica á la vista de los niños.—Aquí van á colocarse las camas de los ancianos para que tengan que subir pocas escaleras.—Por poca práctica que tengais de estas cosas, comprendereis que el hombre que así habla no es *un empleado* y al despediros le dareis bien cordialmente la mano deseándole en vuestro corazon una larga vida para bien de los acogidos en el Hospicio. No hay para que decir que no se los trata con dureza, que nadie pone la mano sobre ningun niño, que han desaparecido los antiguos castigos. Esto no es menester que os lo digan, lo adivinais al instante. La crueldad hace á los niños duros, suspicaces, hostiles para con sus

caridad no clame muy alto en todas partes y siempre; mientras no se descorra el velo que cubre tantas impiedades y tantos dolores; mientras el ojo de la opinion pública no penetre en los asilos piadosos; mientras los sufrimientos no se arrojen al rostro del que puede evitarlos, y dejen en él una marca indeleble de infamia.

Os dirán tal vez que el Estado es pobre, que la Beneficencia no puede tener lujo, que da *lo necesario*. ¡Lo necesario! Es bien elástica esta palabra; parapetados con ella podemos recorrer una escala casi infinita de injusticias y de penalidades. ¿Y quién fija su verdadera significacion? Los poseedores de lo supérfluo piden á los indiferentes la medida de lo *necesario* para los desdichados. La indiferencia mide, la felicidad toma nota, y la desgracia sucumbe. Son ya *necesarios* los termómetros en las caballerizas, y en establecimientos de Beneficencia donde habia *lo necesario* se han muerto de frio los enfermos, literalmente de frio. ¿Qué diriais si se

superiores, y esta hostilidad es estensiva á las personas que los visitan con ellos. Recorred hoy el Hospicio de Madrid con su Director, y no recibireis esos saludos forzados, esas miradas oblícuas, ese odio reflejado que hace tanto mal. Si entrais por ejemplo en el comedor cuando los niños van á comer, vereis cuantas manos se alzan con su media libreta, y cuantas voces argentinas dicen.—¿Quiere usted pan?—Los pobres no tienen otra cosa con que agasajaros. ¡Y cómo les agradecereis el obsequio! ¡Y que de lo íntimo de vuestra alma les deseareis buena suerte! ¡Y con qué dificultad contendreis una lágrima! ¡Y cómo os ocurrirá la idea de comer de aquel pan, imaginando que como el bendito por la iglesia, tiene el poder de perdonar los pecados!

Con la suciedad y el abandono, han desaparecido las enfermedades, es tan difícil hallar unos ojos malos, como antes lo era ver algunos que no lo estuviesen. A todo esto contribuye mucho la abundancia de agua. Tiene actualmente el Hospicio de Madrid toda el agua que necesita, se ha construido un hermoso lavadero con todo lo necesario para hacer las coladas, donde se lava toda la ropa de la casa: y solo desde que existe puede decirse que los acogidos al Hospicio se ponen ropa limpia. Se han hecho obras en algunos dormitorios, escuelas para las niñas con la debida separacion de edades, las hermanas de la caridad ya no están acampadas, tienen su dormitorio bien acondicionado, su cocina, su comedor, su sala de labor, su oratorio, etc., etc. Hay una pieza que llama la atencion por su lujo, y es el lavatorio de las niñas, cuyo suelo es de mármol, las paredes estucadas, etc., etc. ¿Quién ha proporcionado los cuantiosos fondos que en todas estas obras se han invertido? ¿Quién ha buscado personas á propósito para que todas estas reformas se realicen? ¿Quién tiene todos estos cuidados paternales? El Sr. Marqués de la Vega de Armijo.

Sabemos que no hace el bien para que se diga, que oculta sus virtudes tan cuidadosamente como otros sus vicios, pero esperamos que nos perdonará el haberle denunciado con nuestra débil voz, al respeto y á la gratitud de las personas caritativas. ¡Suena tan dulce un nombre que se escucha entre las bendiciones de los desvalidos, que es imposible no repetirle! Desdichada la época en que la bondad que escede ciertos límites puede pa-

encargase el presupuesto de una máquina al que no fuese mecánico, el de un camino al que no fuese ingeniero? Clamariais ¡*absurdo*! ¿Hasta cuándo los absurdos del mundo moral han de parecer menos repugnantes que los del mundo físico.? ¿No es tiempo ya de comprender que la ciencia moral tiene verdades tan evidentes como las otras ciencias, siendo una de ellas que el egoismo es mal apreciador de los sufrimientos agenos? Solo la caridad puede formar el presupuesto de un asilo piadoso, porque solo ella *siente* las necesidades de los que allí sufren. Los indiferentes son en el mundo moral una especie de miserables, á quienes parece lujo todo lo que no es miseria, y ellos son no obstante los jueces de las necesidades del desvalido, y los encargados de remediarlas: apresuremos el dia que ponga fin á tan absurda impiedad.

Mientras la caridad no penetre en los asilos de Beneficencia, no se obtendrá lo necesario, no se comprenderá siquiera, y habla-

sar desapercibida! Desdichado el pueblo que al ver escritos ciertos nombres no lee. *Aprende y consuélate.*

Es bien decir á los avaros que el actual gobernador de Madrid deja su sueldo en favor de los establecimientos de Beneficencia; á los ociosos, que halla tiempo para visitarlos frecuentemente; á los hipócritas que no consiente ninguna señal ostensible que patentice su bondad y sus beneficios. Las hermanas de la caridad quisieron darle una prueba de gratitud, escribiendo sobre la puerta de su habitacion, que habia sido hecha con el sueldo del Sr. Marqués. Llega este, vé la piedra en que el agradecimiento ha grabado su nombre, y manda quitarla inmediatamente: en vano se le ruega, es inexorable, la piedra se quita, y las hermanas la guardan. De vez en cuando sale del lugar á donde fué relegada, las virtuosas mugeres la sostienen en sus brazos contando su historia, y la inscripcion se lee con mucho mas interés y con mucho mas respeto que si estuviera sobre la puerta. La vista de aquel mármol blanco nos conmovió profundamente. Nuestra imaginacion lúgubre vió en él la lápida de un sepulcro con que tiene mucha semejanza. Nuestros ojos dejaron de leer las letras allí grabadas que sustituimos con este epitafio REHUSO LOS ELOGIOS QUE MERECIA.

El Marqués de la Vega de Armijo vá con frecuencia á los establecimientos benéficos, pero no tanto como desearia y ha comisionado á la Sra. Marquesa de Viluma para que visite el Hospicio. ¿Sabeis quién es la Marquesa de Viluma? Preguntádselo á aquella muger que sumida en la miseria prefiere su visita *sin nada* á la de otra que le lleve socorros materiales; á la inocente encarcelada que le debe su libertad y su honra; á la que ha sacado del abismo del vicio, y al borde de él y próxima á volver á caer, se detiene mas que por el temor de Dios, por el temor de afligirla; á la que le debe su honor, el de su familia y probablemente la vida; á la que padeciendo una tristeza congénita que ningun remedio alivia, se consuela al escucharla, y siente pasar sobre su corazon como un perfume de esperanza. Preguntad á todas estas criaturas, quién es la Marquesa de Viluma y ellas os lo dirán. Pero no, no lo podrán decir, vos lo adivinareis, porque al pronunciar el nombre querido, sus ojos llenos de lágrimas se volverán hácia el Cielo.

mos de lo necesario en el orden material ¿Cómo se proveerá pues á las necesidades del alma?

¿Quién sino la caridad sufrirá paciente las debilidades de la infancia y de la decrepitud? ¿Quién servirá de guia al niño en el camino de la vida, quién de apoyo al anciano en el que le conduce á la muerte? ¿Quién dará esas lecciones que solo el ejemplo hace provechosas, quién inspirará esos sentimientos que solo el amor inocula? ¿Quién hará mirar como sagrada la debilidad de la infancia, y de la vegez que hoy son un objeto de burla, y restablecerá la armonía que hay en los dos estremos de la existencia, hoy rota por culpa de todos en los asilos piadosos? ¿Quién espiará la oportunidad de dar una reprension, una leccion, un consejo? ¿Quién adivinará cuando entra una ráfaga de luz en las tinieblas de una conciencia estraviada? ¿Quién opondrá á los sofismas del mal las inspiraciones del corazon? ¿Quién sabrá cuando se puede leer con fruto la página de un libro devoto, ni cuando se puede recitar una oracion al que ha muchos años que no se acuerda de Dios: ¿Quién tendrá esperanza de rehabilitar á la pobre muger estraviada, cuya vida parece como un naufragio que se ha tragado cuanto bueno habia recibido de Dios su alma, y como el mar, solo arroja el cuerpo en putrefaccion? La caridad, solo la caridad. Aislándose de ella la Beneficencia, ni educa al niño, ni consuela al anciano, ni moraliza al enfermo; es como un cuerpo sin alma.

IV.

Existen en la sociedad los elementos necesarios para consolar todos los dolores, no hay mas que armonizarlos.

No se concibe sin dolor el mundo moral: las lágrimas son un elemento de su armonía, como las erupciones volcánicas forman parte de la del mundo físico: parece que ni la atmósfera ni el corazon del hombre pueden purificarse sin tempestades.

Imaginad si podeis un mundo sin dolores, y le vereis poblado de criaturas degradadas: ese bien que sin mezcla alguna de mal no envilece y deprava, no es el bien de la tierra, es la felicidad del cielo.

Buscad el orígen de todas las virtudes; de todas las sublimes

acciones que ennoblecen la naturaleza humana, y le hallareis en el dolor.

¿Qué es el amor maternal sin sus penalidades y sus sacrificios? Un instinto grosero.

¿Qué es el amor sin sus inquietudes, sus recelos, sus melancolías y sus tormentos? Un deleite que envilece.

¿Qué es la amistad sin dias de prueba? Una ilusion.

¿Qué es la virtud sin combate, la abnegacion sin sacrificio, la compasion sin penas, el perdon sin ofensas, el arrepentimiento sin amarguras? Otros tantos imposibles.

Y cuando no esté divinizada la maternidad, ni purificado el amor, ni la amistad sea posible; cuando el hombre no sepa vencerse, ni sea capaz de sacrificarse, ni compadezca, ni perdone, ni se arrepienta, ¿dónde está el hombre moral? No existe, queda aniquilado.

El dolor entra como elemento tan esencial de nuestra naturaleza, que es no solo el origen de todo lo bueno, sino de todo lo bello. ¿Qué representan los cuadros sublimes? ¿Que os repiten los cantos inmortales? Qué os inspiran las divinas melodías? Dolores, siempre dolores.

Pero si el dolor enseña, prueba, enaltece, purifica y diviniza, tambien aniquila y deprava cuando ninguno le comprende, ni tiene de él compasion: el dolor que eleva la naturaleza humana es la obra de Dios, el dolor que la deprava es la obra del hombre, el primero es eterno, el segundo debe tener fin, y le tendrá.

Cuanto mas reflexionamos, nos convencemos mas de que la naturaleza no produce ni en el órden moral, ni en el físico, mal que no lleve consigo una suma mayor ó menor de bien. Aceptemos por que los hay, males *sin remedio*; pero rechacemos en nombre de Dios y de la razon los males *sin consuelo*.

¿Qué hay que hacer para consolar todos dolores? Querer, querer, y querer.

¿Cuándo estará reducida al silencio la degradada falange de los *imposibilistas*, que proclaman irremediables todos los males, por no tomarse el trabajo de remediarlos? La humanidad responde con lágrimas á los argumentos del egoismo. Sus apóstoles hacen un cuadro lúgubre de la indiferencia de los dichosos, para concluir afirmando la imposibilidad de consolar á los desdichados.

Los hemos visto estos cuadros: mas, los hemos bosquejado; y no para negar la posibilidad del remedio, sino para medir la estension del mal, nos hemos dicho con amargura.

«Aquel hombre tiene un gran número de carruages de diferentes formas y dimensiones, que usa segun la estacion, el dia, la hora ó su capricho: aquel otro pisa descalzo la nieve, y arrostra con la cabeza descubierta el sol de julio.»

«Aquel hombre viste sus habitaciones de seda, de brocado, de plata, de oro; aquel otro sufre desnudo el frio de Enero.»

«Aquel hombre tiene una multitud de criados para servir á sus caballos, criados que los peinan, los lavan, les bruñen los cascos y los perfuman: aquel otro postrado por la fiebre, no tiene quien le alargue un vaso de agua.»

«Aquel hombre gasta en localidades de teatros mil, dos mil, seis mil duros: aquel otro busca y no halla tal vez quien le de techo para guarecerse una noche borrascosa.

«Aquel hombre tiene en sus caballerizas termómetro, y calorífero, y alumbrado de gas: aquel otro se muere de frio en medio de la oscuridad mas completa.»

«Aquella muger vestida de batista, de raso, de terciopelo, de pieles, cubierta de perlas y diamantes, da bizcochos á una perrita que ya no quiere comerlos: aquella otra da lágrimas al hijo que le pide pan, lágrimas al que solloza buscando alimento en su pecho que ha secado el hambre.»

Estas cosas y otras muchas nos hemos dicho, porque este horrible paralelo puede prolongarse mucho, y nos hemos afligido por la humanidad; pero sin desesperar nunca de ella, ni calumniarla.

Cuanto mas meditamos, nos parece mas imposible estinguir las diferencias sociales, y mas fácil evitar los contrastes horribles. ¿Por qué medios? Por los que la naturaleza pone á nuestra disposicion, la naturaleza donde no se encuentra bien alguno sin mezcla de mal, ni mal sin mezcla de bien. Asi como en el alma mas pura hay siempre un punto negro, una sombra, vestigio indeleble del pecado original; en el corazon mas depravado queda tambien algo de noble, sagrado resto de su celestial orígen. ¿Queréis ensalzar al hombre? Sus culpas le rebajan. ¿Queréis rebajarle? Le ensalzan sus virtudes. ¡Sublime y desdichada criatura con la mano en el abismo, y la frente en el Cielo!

Dejando á un lado algunos miserables que son como los contrahechos del mundo moral, cuyo número es muy corto, no hay hombre alguno por mas cruel, por mas depravado, por mas pueril que parezca, que allá en el fondo de su alma no tenga algun lugar recóndito, donde hallan eco las ideas generosas.

Todavia tiene lágrimas ese asesino, que ha hecho correr tantas; ese magnate que no ha enjugado ninguna. No os desaliente el gesto amenazador del uno, ni la insultante sonrisa del otro: espiad un momento oportuno, espiadle uno y otro dia y siempre, y vereis que entrambos son hombres aunque no lo parecen. Tomémonos el trabajo de observar, de meditar, y de sacar consecuencias. ¿Quién no ha visto, ó no puede ver escenas como las siguientes?

Un hombre está en capilla, ha sido condenado á muerte por crímenes inauditos, es un mónstruo: se le han ofrecido los auxilios espirituales, no ha querido escuchar á ningun sacerdote. Pocas horas antes de morir llama al Juez que habia firmado su sentencia capital con una profunda amargura, porque sin poder esplicársela esperimentaba simpatía por aquel malvado. El juez llega, el reo le dice:—He estado pensando á quien podria pedir un favor, y me he acordado de usted. Dejo un hijo natural, su madre es mala, le abandonará, queda solo en el mundo, sin mas compañía que la infamia de mi muerte. ¿Querrá Vsted. ampararle?

—Se lo prometo á usted solemnemente—dice el juez conmovido, y una lágrima corre por el rostro contraido del criminal. Lágrima de amor y de reconocimiento, lágrima santa de un moribundo, que arrojada enfrente de la sangre vertida, debió pesar mucho en la balanza de la divina justicia.

En un dia terrible de Diciembre, y á través de mucha nieve, caminaba con dificultad una diligencia. Dentro iban un anciano, al parecer gran señor lleno de pieles y de fastidio, por no sabemos que vicisitudes que le obligaban á viajar de un modo tan plebeyo, una nieta suya como de cuatro años; una muger modestamente vestida como de cuarenta; y un hijo de esta muger como de nueve. La diligencia caminaba á paso de buey, detrás iba un carro, el carretero llevaba un niño pequeño cubierto de andrajos y muerto de frio. Entre el niño de la diligencia, y el del carro, se entabló por un pequeño hueco del cristal abierto furtivamente, el siguiente diálogo.

—¿Tienes mucho frio?

—Mucho, ya no lo puedo aguantar.

—¿Por qué no te pones en el carro, y te tapas con aquella manta?

—Está toda mojada, mi padre me dice que ande y ya no puedo.

—Súbete aquí en el estribo, de este lado no viene nieve ni viento, el coche lo impide.

—¿Y á qué me agarro?

Yo te daré la mano... Se me enfria mucho, ya no puedo resistir mas, toma esta correa que sirve para bajar y subir el cristal, es ancha, y puedes agarrarte. Vas bien?

—Tengo cada vez mas frio.

—¿Lloras?

—Parece que me cortan los pies y las manos.—El niño de la diligencia dirigió á su madre una mirada que queria decir.—¿Por qué no dejamos entrar al niño del carro?—

La madre abrió la portezuela, y el niño entró acurrucándose en el suelo debajo de un cobertor.

Este era el claro del cuadro: el oscuro era el gran señor enojado porque se abrian los cristales, por donde realmente entraba mucho frio, furioso cuando se abrió la puerta al pobre que á decir verdad, olia mal. Su cólera tomó grandes proporciones, hubo amenazas de recurrir á la fuerza para hacer valer el derecho que habia comprado de no viajar con mendigos; pero en el terreno de la fuerza no era muy seguro el triunfo. Dentro, estaban contra él todas las probabilidades, fuera el carretero tomaria parte por su hijo, y el mayoral no se sabia como entenderia el cumplimiento de su deber. Estas consideraciones y otras hechas por su compañera de viaje, con mas energía y lenguaje mas correcto del que podia esperarse de una muger *vestida de percal*, hicieron ceder al hombre de las pieles. Se limitó á fumar mucho para neutralizar el mal olor del pobre, á maldecir la fatalidad que le habia reunido con aquellas gentes, y á apartar su nieta y sus pieles de todo contacto con el cobertor y el vestido de percal: este hombre tenia un grande horror al algodon.

El dia habia sido malo de todos modos, el camino intransitable, el frio intenso, la comida un poco de pan y queso. Con un resto guardado por la prevision maternal para la merienda, el niño

del coche agasajó al niño del carro. El gran señor continuaba murmurando, el carretero bendecia á los señores de la diligencia, la muger á Dios que le habia dado un hijo bueno, y un corazon que no era malo.

Asi pasaron dos horas. La noche venia de prisa, la diligencia iba despacio, la nieve aumentaba, y en la misma proporcion disminuia la fuerza del tiro, que al fin no pudo romper y el coche se paró: el delantero desenganchó el caballo que montaba y fué á buscar auxilio, el mayoral esperó en su puesto, el carretero esperó tambien, no podia hacer otra cosa ¿Y los viageros? Era razonable esperar un auxilio que podria no venir ó venir tarde, cuando la noche se acercaba, la nieve seguia cayendo, no era posible encender lumbre, el coche ofrecia muy poco abrigo, y el hambre se hacia sentir? ¿No valia mas ir á pie al primer pueblo que distaba poco mas de un cuarto de legua? Sin duda, y todos trataron de ponerse en camino. La muger fuerte de espíritu, no débil de cuerpo, y al parecer familiarizada con toda clase de penalidades, se puso en marcha, su hijo de una constitucion atlética la siguió alegremente haciendo pelotas de nieve unas para tirar, y otras para comer, porque el queso estaba salado y le habia dado sed. El niño del carro reparado por el abrigo, por la comida aunque frugal, bien calzado con unos zapatos de su protector, y animado por la buena compañía, no se quedaba atrás. ¿Y el hombre de las pieles, débil por la edad y por el género de vida? ¿Y su pobre nieta con sus botitas de raso, sus piernas descubiertas, sus pantalones de batista guarnecidos de encaje, sus cuatro años, y su debilidad aristocrática? El anciano dirigió alrededor de si una mirada llena de angustia, era materialmente imposible que su nieta fuese á pie hasta el pueblo, ni que él la llevase, y él queria mucho á su nieta. Mientras reflexionaba tristemente sobre lo que habia de hacer, la muger envolvió á la niña en un cobertor, y se la dió al carretero, que despues de haber recomendado sus bueyes y su carro al mayoral, la cogió como una pluma, y se puso en camino.

Todos le siguieron, el anciano con mucha dificultad, á pesar de las lecciones que para andar por la nieve le daba su compañera, que le habia desembarazado de una parte de las pieles que le estorbaban mucho. Llegados al pueblo, el anciano dió una moneda al carretero, que rehusándola dijo.— Yo no hé hecho nada de mas. ¡Po-

dia dejar la niña entre la nieve, cuando ustedes habian recogido á mi hijo con tanta caridad!— Esta sencilla espresion de la gratitud envolvia una terrible reconvencion. El anciano se conmovió visiblemente, sus ojos se humedecieron, y añadiendo una moneda de oro á la de plata que habia sacado dijo.—Amigo mio, usted no me debe nada. Deme usted el gusto de admitir este dinero, compre usted un vestido á su hijo, y beba á la salud de sus protectores entre los cuáles *siento no estar yo*.— El carretero no comprendió estas palabras, pero sintió que aquellas monedas se le ofrecian de buena voluntad, no como un vil salario, y las tomó.

Sentados en el parador alrededor de un gran brasero los viageros de la diligencia, el señor de las pieles, dijo á la muger del vestido de percal.

—Usted debe despreciarme señora.

—Ya no.

—¡Ya no! ¿Es decir que usted me ha despreciado? Ha hecho usted bien, comprendo que tiene usted razon.

—Nos hemos despreciado mútuamente, caballero, y los dos hemos hecho mal. Usted estaba prevenido contra los tejidos de algodon, yo contra los forros de piel; es un error en que espero que no volverémos á incurrir. Bajo cualquier trage puede haber un corazon elevado y compasivo.

Cuando al dia siguiente se separaron los cuatro viageros, los niños se dieron un abrazo, los viejos se apretaron la mano, todos eran amigos.

Hemos referido estos hechos porque nos consta que son ciertos, y porque no tienen nada de estraordinario: cualquier observador puede hallar otros análogos que le convencerán de esta verdad tan evidente para nosotros. Que no hay hombre tan malo que no sea capaz de algo bueno.

La cuestion pues se reduce á organizar la Beneficiencia de modo que vaya á buscar *ese algo bueno* que tienen hasta los mas malos.

Llamad á todas las puertas. Hallareis criaturas privilegiadas, tres veces santas, que consagrarán al alivio de los desdichados su vida entera: otras que les darán un dia á la semana, al mes, una hora, un minuto. Otra habrá que no de la mas mínima parte de su tiempo, y acuda con un socorro pecuniario; alguno que apronte su contingente en forma de idea, de consejo, de proyecto. Re-

coged la ofrenda de cada uno, grande ó pequeña, dejad á Dios el cuidado de pesar su mérito, á vosotros no os incumbe sino aprovechar su utilidad.

Veis aquella gran señora, hermosa, perfumada, brillante, adorada, orgullosa? El tocador, el salon, el coche, el teatro, esta es su vida. ¡Cuán lejos está de pensar que hay desdichados que se mueren de hambre y de frio, cuánto mas lejos aun de compadecerlos y consolarlos! La indiferencia abre un abismo entre aquella muger, y los infelices que á pocas varas sufren todos los horrores de la miseria. Asi discurre el que la ve, y se equivoca: aquella muger dedica muchos ratos, dias enteros á cuidar de los niños que no tienen madre, y gracias á sus cuidados y los de sus amigas, la mortandad de los niños de la inclusa ha disminuido de una manera increible. ¡Va en coche á auxiliar á los miserables! Cierto. Pero al cabo, para los hombres, y probablemente para Dios, vale mas hacer bien en coche, que no hacer nada á pie, y la compasion en las altas clases es tanto mas meritoria, cuanto estan mas lejos de los males que compadecen. ¿Veis aquel mozalvete? Contempla complacido sus ajustadas botas de charol, echa una mirada de satisfaccion al gracioso nudo de su corbata, la combinacion de los colores de su chaleco le parece de gran efecto, su vigote está como pintado, consulta con el espejo la inclinacion de su sombrero, se declara irresistible, se pone los guantes, toma el baston y sale. Debe ser bien insustancial, bien fátuo.

¿Adónde irá? Deja las calles principales, luego las de segunda y tercera categoría, llega á un callejon, entra en una miserable casa. Sube á tientas una tortuosa y estrecha escalera. Allí se ofrece á su vista una escena desgarradora: se informa, adquiere pormenores, se compadece, consuela: pertenece á una asociacion piadosa. Cuando baja de aquella triste mansion, lleva sus mismas botas de charol, sus mismos guantes, su corbata, su chaleco, su vigote estan como estaban, y no obstante su aspecto es diferente, algo de grave ha sustituido á la fatuidad anterior: desde que se ha movido á compasion, ya no mueve á desprecio.

En la organizacion de la Beneficencia como en la construccion de una gigantesca máquina pueden utilizarse elementos muy diversos, piezas de una delicadeza suma, piezas toscas y groseras, grandes aparatos, y partes apenas perceptibles. Colocada cada cosa en

lugar adecuado, las diversas partes de mérito y valor diferente, contribuyen á la armonía del todo.

Se hace el bien por noble instinto, por la necesidad de buscar consuelo al dolor que causa ver sufrir á un desdichado: por amor de Dios; por un sentimiento de justicia; por espíritu de órden; por hábito; por vanidad, porque se sepa que se ha hecho; por debilidad, porque no se sepa que ha dejado de hacerse; por imitacion. Pero el bien cualquiera que le haga es siempre bueno, utilizadle. No mandeis al egoista que arrostre la muerte en una epidemia, ni las penalidades en un hospital; pero tomad su escudo de cinco duros, seguramente con él podeís comprar por valor de cien reales.

Cambiar la miserable naturaleza del hombre no es posible, utilicemos hasta donde nos sea dado sus debilidades dirigiéndolas hácia el bien.

Hemos oido censurar una escena que se representa en los templos el Jueves y Viernes Santo. Las damas cubiertas de brillantes y de encajes piden para los huérfanos de la inclusa. Sus amigos por vanidad, por compromiso, arrojan en la bandeja una moneda de oro, un billete de banco. Se establece una especie de competencia en que toma parte el amor propio, sobre cuál recogerá mas limosna. En muchos casos la cuestion se hará personal, la que pide recibe la limosna como un homenage hecho á ella, el que da, la da en el mismo concepto: no siempre sucederá así, pero aunque sucediese. Cuando hace algunos años las señoras no pedian por Semana Santa, cuando no tenia la inclusa los miles de duros que esta cuestacion le lleva ¿eran menos vanas las mugeres, menos frívolos los hombres? ¿Empleaban mejor estos dias solemnes, consagrados por tan divinos recuerdos?

Dios nos libre de considerar la vanidad como uno de los principales motores en la organizacion de la Beneficencia; pero en muchos casos podemos mirarla como una rueda útil. No todos tenemos abnegacion y virtud, pero vanidad tenemos todos: es un dato que puede utilizarse.

El dolor es un indispensable elemento de la moralidad del hombre, pero á condicion de que se le compadezca, y se le consuele. ¿Cómo podrian faltarle los medios de llenar esta condicion sin la cuál se aniquila la vida del alma? El que puso al lado de cada necesidad un medio de satisfacerla, privaría á la humanidad de los

medios de utilizar el dolor que es una necesidad tambien? La lógica de la Providencia no se desmiente nunca, ni tienen escepciones sus reglas. Si es una de ellas como podemos comprobarlo por los hechos que no hay mal sin mezcla de bien, afirmemos sin vacilar que el autor de los dolores lo es tambien de los consuelos. El hambre halla sustanciosos manjares, la sed purísimas fuentes ¿y las penas no hallarian compasion? El que ha dado á la humanidad medios de hacer á la naturaleza su tributaria, su esclava ¿le negaría el poder de enjugar su propio llanto?

Si no se concibe el hombre sin moralidad.

Si no hay moralidad sin dolor.

Si el dolor no moraliza sino en tanto que se compadece y se consuela. ¿Cómo suponer que han de faltar en la sociedad humana los elementos del consuelo y de la compasion? La razon niega *á priori* semejante absurdo, y la observacion de los hechos le niega tambien.

La humanidad es un compuesto de abnegacion y de egoismo; decirle prescinde de tu miseria y estingue tus dolores, ó de tu grandeza y no los consueles, es desconocerla igualmente.

Estudiando una serie cualquiera de penalidades se ve otra paralela de las simpatías que escitan; pero estas simpatías se pierden las mas veces como un sonido sin eco, ó como los rayos de luz que ningun aparato reune en un foco. El hombre es un ser eminentemente pasivo, necesita casi siempre un impulso esterior que venga á poner en actividad sus facultades internas. Si esperais á que él os busque, esperaréis mucho tiempo en vano, pero buscadle y le hallaréis siempre.

La Beneficencia debe comprenderlo asi, y tomando una generosa iniciativa, llegar á la puerta del bueno como un auxiliar, á la del mediano como un impulso, á la del malo como una reconvencion. De todos puede sacar algun fruto, nada hay absolutamente inútil sobre la tierra. No desalentándose por ningun egoismo, no desdeñando ningun don por pequeño, no rechazando de la comunion de los compasivos á ningun hombre por malo que parezca, la Beneficencia puede alzarse poderosa. La flor que nos encanta con sus colores, nos deleita con sus perfumes, nos alimenta con su fruto, no vive solo de las aguas del Cielo, del aire y de la luz, repugnantes materias en putrefaccion contribuyen á su sin igual belleza.

CAPITULO II.

HASTA DONDE DEBEN ESTENDER SU ACCION, EL ESTADO, LAS ASOCIACIONES CARITATIVAS, Y LOS PARTICULARES.

La accion respectiva del individuo, de la asociacion y del Estado, creemos que se deriva de los principios siguientes:

1.° En el cuerpo social como en el humano, el bien resulta de la armonía en el ejercicio de las diferentes facultades.

2.° Las facultades del alma como las del cuerpo se desarrollan con el ejercicio.

3.° La pobreza no es un crimen. El pobre no esta fuera de la ley.

I.

EN EL CUERPO SOCIAL COMO EN EL HUMANO, EL BIEN RESULTA DE LA ARMONIA EN EL EGERCICIO DE LAS DIFERENTES FACULTADES.

¿Qué siente una criatura privilegiada por la inteligencia, y por el corazon, al ver la desgracia de un semejante suyo?

Siente un impulso instantáneo, ciego, que le hace acercarse á él para consolarle. *El instinto.*

Siente un impulso menos fuerte, menos ciego, mas constante, mas profundo, que le hace recordar al desdichado cuando ya no le vé. *El sentimiento.*

Medita, calcula, combina los medios de remediar aquella desgracia, desecha unos, admite otros, forma un plan. *La razon.*

Razon, sentimiento instinto, hé aqui los elementos del bien. Pero es muy raro hallarlos en un solo individuo, en las proporciones convenientes, y aun cuando se hallasen, la influencia de un individuo, personal y limitada, no puede transmitir la perfeccion de sus movimientos armónicos á la máquina social. Este cuerpo colectivo tiene tambien grandes elementos, que puestos en accion de un modo conveniente, dan por resultado la armonía.

El bien no varia de naturaleza porque sea mas ó menos estensa la escala en que se aplica. Para dar alivio al desdichado, la socie-

dad como el individuo, necesita simpatizar con el que sufre, dolerse de sus penas, meditar en los medios de aliviarlas; *instinto, sentimiento, razon.*

Al dar á la Beneficencia la organizacion conveniente, la razon debe estar representada por el Estado, el sentimiento por las asociaciones filantrópicas, el instinto por la caridad individual: he aqui los tres elementos que combinados deben producir la armonía.

Partiendo de esta base, á poco que se reflexione, se comprende lo que debe hacer el gobierno, la asociacion y el particular.

El cálculo, la direccion corresponde al Estado: él *debe* hacer todo lo que no *pueden* hacer los particulares ni las corporaciones, asi como estas *deben* todo lo que no *puede* aquel.

Al Estado corresponde decir cuántos establecimientos de Beneficencia ha de haber en cada capital, en cada partido: señalar locales, decir si son ó no buenas las condiciones higiénicas, formar ó aprobar los reglamentos porque hayan de regirse, fomentar las asociaciones caritativas, ir á buscar la caridad individual, estimularla por todos los medios, y utilizar sus buenas disposiciones.

Al Estado corresponde señalar los casos en que el individuo tiene derecho al auxilio de la sociedad, y asegurar garantías á la caridad privada, para que al dar limosna tenga seguridad de aliviar desgracias, y no tema fomentar vicios.

Si por ejemplo se tratase de plantear un hospital, veamos en que proporcion deben contribuir á esta buena obra los tres elementos de la caridad.

El Estado debe decir si el pueblo está convenientemente situado en la comarca, si el local lo está en el pueblo, y reune las condiciones higiénicas indispensables. Debe proveerle de facultativos, y de todo el material necesario, siquiera no sea mas que ese *necesario oficial* tan mezquino y tan insuficiente, y dotarle con fondos para que no falte. Debe marcar á las autoridades la parte que han de tener ya en la vigilancia, ya en el auxilio que el establecimiento necesita. Debe crear asociaciones caritativas organizadas por secciones para que ya cuiden materialmente al enfermo, ya procuren moralizarle, ya inspeccionen la inversion de los fondos, ya vigilen la conducta de los empleados y facultativos, y que sirviendo de intermedio entre el individuo y el Estado, estimulen los esfuerzos individuales, reciban las ofrendas de la caridad privada, sirvan de

eco á sus quejas, de apoyo á sus esfuerzos, de auxiliar á sus meditaciones, de protector á sus proyectos. El Estado finalmente debe dar publicidad á lo que en el hospital pasa, de modo que se premie el bien, y se castigue el mal que allí se hace.

De cualquiera otro establecimiento benéfico puede decirse lo mismo, sin mas que las variaciones de forma que su objeto exija. La parte de estudio y meditacion, el Estado, la que necesita sentimiento, impulsos generosos, las asociaciones, el individuo. La Beneficencia con su ilustracion y su autoridad forma una especie de trama sobre la cual trabajan la filantropía y la caridad. Suprimid la caridad y la filantropía ó aisladlas, y la obra del Estado es como un esqueleto descarnado, suprimid este esqueleto, y la obra de las corporaciones y de los individuos no tiene consistencia.

Creemos que llegará un dia ¡ y plegue al Cielo que no esté lejos! en que se juzgue tan indispensable una asociacion caritativa para auxiliar y vigilar un establecimiento de Beneficencia, como hoy se juzga preciso un local para plantearle. Entonces aparecerán muy claras, y se palparán prácticamente las atribuciones de la Beneficencia, de la Filantropía y de la Caridad.

El Estado plantea un establecimiento benéfico, él solo dispone de todos los medios para que su organizacion sea perfecta, da reglas, establece reglamentos, impone deberes; esto *debe* hacerlo, pero no *puede* pasar de aquí. Si en el capítulo anterior acertamos á espresar nuestro pensamiento, poco nos resta que decir. La Beneficencia da al enfermo un local, una cama; un enfermero. La filantropía le da un amigo que vigila porque se cumplan los reglamentos del hospital, y las prescripciones del médico. La caridad le da un ángel de consuelo que espía sus necesidades y adivina sus dolores. Ese lecho incómodo, esas sábanas gruesas, esos cobertores delgados, constituyen á los ojos de la Beneficencia el *necesario* de la cama de un enfermo. Llega la filantropía y organiza su vigilancia, su protectorado; para egercerle los individuos de la asociacion filantrópica alternan. Llega uno que se limita á esta vigilancia, otro que se duele de la poca comodidad que aquella cama ofrece al paciente, un tercero que sufre viendo que en ella son doblemente dolorosos los padecimientos de la enfermedad. Quién nota el daño que la vista de un moribundo hace á su vecino enfermo, quién echa de ver el mucho frio, ó el mucho calor que hace en la sala;

este observa que está mal ventilada, ó que corre mucho viento; aquel se aflige al encontrar en la escalera del hospital, que á penas puede bajar, á un enfermo que acaba de recibir el *alta*, y que carece de abrigo, de pan y de fuerza; todos desean remediar el mal que ven y sienten. Estos impulsos individuales que aislados se perderian, comunicándose parece como que se multiplican por sus semejantes. Al entrar en el hospital, al salir, allí en los ratos en que no hay que hacer, se habla de estos males, se trata de su remedio. Uno propone una idea, otro la completa ó la modifica, por fin se hace presente á la asociacion. La asociacion es fuerte, su voz no se puede sofocar como la del individuo, hace oir su voz. Se arbitran medios: hoy se mejoran las camas, mañana se aislan con un poco lienzo y unos bastidores. Se ponen unos cristales aquí, se abre una ventana allá, se da un socorro al pobre convaleciente que no tiene pan ni fuerza para trabajar.

Si de los hospitales se pasa á los hospicios, se verá aun mas en relieve la línea divisoria entre las atribuciones de la Beneficencia, la filantropía y la caridad. ¡La educacion tan delicada, la infancia tan débil en manos groseras y mercenarias!

La Beneficencia elige maestros, señala horas, reglamenta, establece la ley, que dado que sea buena es inflexible. ¿Quién responde del cumplimiento de esta ley? ¿quién le reclama? ¿Los pobres huérfanos? Desdichados si la asociacion caritativa no los ampara, para que la ley se cumpla, para que la ley se modifique, para que la ley se supla, porque no es posible preveer ni la mínima parte de los casos que ocurren en la educacion de un gran número de niños. Tratase por ejemplo de castigos, dice el reglamento se impondrán tales, quedan prohibidos tales otros. Pero si la filantropía no está de guardia se cumplirá ó no el reglamento, y aun ateniéndose á su letra ¿quién hara notar que es una crueldad en un dia muy frio un prolongado encierro para castigar á una criatura de constitucion débil? Si la caridad no estiende su mano ¿quién amparará al pobre niño que por alguna imperfeccion física, por su escasa inteligencia, por su carácter turbulento, se atrae el odio ó la burla? ¿Quién notará una causa atenuante en una falta que parece grave? ¿Quién hará valer la poca capacidad de uno, quién descubrirá en otro los gérmenes del talento, ó del génio, perdidos en aquella muchedumbre desamparada?

Las leyes, los planes, los reglamentos, son buenos, son precisos; mas no bastan por sí solos. El que con ellos crea haber hecho bastante para aliviar á la humanidad doliente y desvalida, algo se parecería al ingeniero que hecho el trazado de un camino mandase marchar por él. Sin trazado no puede haber camino, cierto; pero con trazado solo no se puede caminar.

Las atribuciones de la Beneficencia, de la filantropía y de la caridad estan en la naturaleza de las cosas, corresponden á tres facultades que en el cuerpo social como en el individuo se completan, y de cuyo egercicio armónico resulta el bien.

II.

Las facultades del alma como las del cuerpo se desarrollan con el ejercicio.

La sociedad, el legislador que obra en su nombre no puede hacer nada indiferente, la ley que no hace mal hace bien, la que no hace bien hace mal, su papel no es nunca pasivo, no puede serlo, por manera que hay que sumar á los males que hace, los bienes que deja de hacer. Meditemos bien, y nos convencerémos de que tarde ó temprano resulta un mal grave, del bien que dejó de hacerse.

Aplicando estos principios al asunto que nos ocupa, verémos que la Beneficencia desconociendo los límites que no le es dado pasar, y juzgando que puede existir sin la filantropía y la caridad, no solo se priva de un bien positivo, sino que arroja en la sociedad la semilla de grandes males, semilla que fructifica de una manera cruel.

La Beneficencia recoge al enfermo, encierra al mendigo. El bello ideal de la caridad es que no haya dolores, el de la Beneficencia que no se vean. Quita pues al pobre de la vista del público.

Este público no vé pobres por las calles, si los vé representan *un abuso*, hay asilos donde deben estar, son vagos, viciosos, holgazanes, pícaros que fingen dolores y enfermedades y desdichas: el público es razonable, no da limosna. ¿Cómo estan esos asilos piadosos? El público no lo sabe, nadie se lo dice, supone que estarán bien, ó no supone nada.

Estábamos sentados una mañana en un paseo público: vino á colocarse á nuestro lado un hombre que por su trage y modales pa-

recia pertenecer á la clase media. De carácter espansivo al parecer, no podia estar mucho tiempo al lado de otra persona sin dirigirle la palabra, y á propósito del polvo que levantó un carruage, entramos en conversacion que fué todo lo insignificante que podia ser durante cinco minutos, al cabo de los cuales se puso á pedir cerca de nosotros un mendigo mutilado, le faltaban los dos brazos. A poco pasó y le dió limosna una muger, cuyo esterior no revelaba una posicion muy desahogada: esta accion hizo esclamar á nuestro compañero de banco.

—¿Por qué habia de consentirse esto? ¿Por qué tunos, como el que tenemos enfrente, han de esplotar la compasion crédula y ciega de pobres mugeres como aquella, mas necesitada de seguro que este vigardo, á quien socorre?

—Pero está impedido, le replicamos.

—¡Impedido! Como Vd. y como yo.

—Vea Vd. que le faltan los dos brazos.

—Le conozco bien, los tiene tan enteros, y tan sanos como los mios. Repare Vd., el nacimiento del brazo está perfectamente redondo. ¿Cómo se hizo la amputacion que no quedó muñon, ni resto alguno del miembro? Y aunque quiera suponerse que se separó por la articulacion uno de ellos, ¿cómo habia de hacerse con los dos la misma idéntica operacion? ¿Qué bala ó proyectil lleva los dos brazos sin destruir el cuerpo que los sostiene? Me consta por una casualidad que ese tuno se hace fajar los brazos á lo largo del cuerpo, rellenar con algodon los huecos que dejan, y poner esa chaqueta de bayeta que Vd. vé. El resultado es parecer un poco mas grueso, y como es alto, tampoco se nota.—En efecto, ahora que Vd. me lo hace reparar, veo que esa mutilacion debe ser simulada. Pero si á Vd. le constaba ¿cómo no dió cuenta de este abuso?

—¡Cuenta! ¿A quien? Hablé un dia de este engaño con el Comisario de policía, que es mi vecino, y me dijo que nada tenia que ver con él. Por otra parte, si supiera este truhan que yo trataba de descubrir su impostura, puede que le ocurriese sacar los brazos que tiene escondidos, y emplearlos contra mi. Esplote en paz la compasion irreflexiva, que ni á mi me pagan por desenmascarar bribones, ni por uno mas ó menos han de ir las cosas mejor.

—Tiene Vd. razon. ¡Pero cuanto daño hacen estos impostores á los verdaderos necesitados!

—¡Incalculable! Yo he tenido unos cuantos desengaños, y ya no doy nunca limosna.

—Será razonable, y con todo parece duro. Sabemos que hay muchos, muchísimos seres cerca de nosotros que carecen de lo necesario, y no darles siquiera una pequeña parte de lo que nos sobra... —Cierto. Yo he estado dando muchos años al establecimiento de Beneficencia D.''' un dia me dió gana de acercarme á él. ¡Qué comida! ¡qué camas! ¡Qué modo de tratar á los acogidos! Al mes siguiente, cuando fueron á llevar el recibo de la limosna que solia dar, le devolví, y no he vuelto á dar nada á ningun establecimiento de Beneficencia.—

Este hombre representaba al público con una triste exactitud. No se da en la calle por temor de dar á vagos é impostores, y por que hay establecimientos de Beneficencia para los verdaderos necesitados; no se dá á los establecimientos benéficos, porque ó no se recuerda si existen, ó se sabe que estan mal montados, que hay dilapidacion etc., etc.

Queda el recurso de buscar al verdadero pobre. ¿Pero cómo exigir esto siempre de la caridad privada? ¿El individuo tiene tiempo, tiene medios, tiene voluntad de dedicarse á esta investigacion? El hombre no es tan malo que se niegue á hacer bien cuando le cuesta poco trabajo, ni tan bueno que le haga, si para ello necesita un esfuerzo penoso. Estraña filosofía la de una Beneficencia que desespera de él, ó le pide imposibles.

Hay criaturas privilegiadas para la virtud que sintiendo la sublime necesidad de hacer bien, buscan y hallan los medios de hacerle; su número por desgracia es muy corto: hay otras que se duelen de que una organizacion mejor no les permita hacer el bien que desean: el mayor número se olvida de sus hermanos que sufren; las hipócritas seguridades de la caridad oficial, dejan al egoismo la ventaja de mantenerse indiferente sin parecer cruel.

La anarquía en las ideas y en los sentimientos produce un estado de interinidad bien fatal en todos los ramos, y sobre todo en el de Beneficencia. La antigua caridad que daba en las calles, y á la puerta de los conventos desapareció, ó se halla profundamente conmovida, la caridad bajo su nueva forma no se halla organizada. Entre tanto el desdichado no recibe socorro, y lo que es mas grave todavia *el dichoso se acostumbra á no compadecer*.

Todas las facultades del hombre, morales y físicas se desarrollan con el ejercicio, se enervan, hasta desaparecen con la inaccion. Todo el mundo sabe que la memoria se aumenta estudiando, que el entendimiento se *cultiva*. ¿Por ventura *no se cultiva tambien la voluntad*.? ¿Esta facultad del alma obedece á distintas leyes que las otras.?

¿Qué diferencia hay entre aquel gimnasta que nos asombra con sus fuerzas, y aquel hombre físicamente débil que le contempla? La educacion: el uno ha aumentado su fuerza ejercitándola, el otro la ha dejado debilitar en el reposo.

¿Qué diferencia existe entre aquel mecánico, que acaba de montar una máquina de vapor, y aquel hombre que lleno de grasa y tiznado atiza la caldera? El uno ha ejercitado las facultades del entendimiento, que el otro dejó en inaccion.

¿Qué diferencia hay entre aquel niño afectuoso que se compadece de los pobres, que quiere darles cuanto posee, que está lleno de sentimientos generosos, que necesita dar y recibir caricias, que vive de amor; y ese otro que ningun dolor conmueve, que se complace en el mal, que forma proyectos de venganza? El uno tiene madre que le adora, le enseña que los pobres son sus hermanos, hijos como él de Dios, que podia haberle puesto en el estado que ellos tienen, y le pedirá cuenta de no haberle mejorado pudiendo: tiene madre que se complace en poner en su pequeña mano la limosna que él da lleno de alegria: el otro es huérfano, nadie le ha enseñado á querer queriéndole. Las facultades amantes del uno estan ejercitadas, las del otro duermen en la inaccion, nunca se despertarán: no hay mas diferencia, y basta para que parezcan criaturas de naturaleza distinta, y para que sus acciones difieran en todo.

El hombre que desde niño ha visto á sus padres ocuparse en consolar á los desvalidos, que los ha acompañado á su miserable albergue, que ha sido inscrito por ellos en una asociacion piadosa, que ha recibido el encargo de distribuir las limosnas, que ha tomado parte en las conversaciones, cuyo tema eran las desdichas del pobre, que ha escuchado la censura del egoismo, y los elogios de la caridad; el que se ha oido bendecir, una, dos, mil veces, este hombre sino es muy malo, hará mas ó menos bien, pero hará bien toda su vida. *Tiene el hábito,* las tradiciones de familia;

el no ser menos que su padre, el recuerdo de su madre que le queria tanto.

Cuando nada de esto sucede, cuando el hombre no vé desde niño ejemplos de compasion, se acostumbra á no compadecer, adquiere el hábito de la indiferencia.

Si tal es la naturaleza humana; si el hombre ni muy bueno ni muy malo, es llevado al mal ó al bien segun que está mas cerca el uno ó el otro: si el hábito influye tanto en él, que una accion mala es el gérmen de un crímen, y una buena accion hace esperar otras muchas, tal vez una vida entera de virtudes ¡Qué fatal semilla de egoismo no debe arrojar la Beneficencia, cuando se organiza de modo, que en vez de buscar las ocasiones de que el dichoso compadezca y consuele al desdichado, las evita, si no por mala voluntad, por ignorancia ó descuido!

El bien que deja de hacer la Beneficencia por haber trazado á su accion límites absurdos, con ser grande, parece muy pequeño, comparado con el mal que prepara. Si se deja vivir en paz al egoismo; si se le dan las apariencias de la razon y de la filosofía; si apenas queda medio entre la abnegacion y la indiferencia; si no se edifica nada sobre las ruinas de lo que se derribó; si se rompe con mano impía el lazo santo, que une al que sufre y al que compadece; si se acostumbra á los niños á que no vean, ni se acuerden de los pobres, entonces ¡ay de estos! porque lo repetimos, las facultades del alma necesitan ejercitarse como las del cuerpo, para no debilitarse, ó desaparecer del todo.

III

LA POBREZA NO ES UN CRÍMEN: EL POBRE NO ESTA FUERA DE LA LEY.

¿A qué probar lo que nadie niega? ¿A qué afirmar lo que nadie duda? ¿A qué sostener enfáticamente lo que nadie contradice? Cierto, las proposiciones que sirven de epígrafe á estas líneas en *principio* todos las aceptan. ¿Pero se aceptan igualmente sus *consecuencias*? Teóricamente podrá ser, si hay teoría de estas cosas, de hecho no, y lo probarémos. Probaremos que la pobreza, si no lo es, se trata como un crímen, y que el pobre en muchos casos está fuera de la ley.

Esta parte de nuestro trabajo confesamos que nos es muy desagradable. Despues de haber sentado verdades que nadie niega, lo cual parece ocioso, vamos á sostener otras que la opinion rechaza, lo cual parece absurdo.

La sociedad obedece á la inevitable ley de las reacciones; en el ramo de Beneficencia como en todos los otros se camina en un sentido opuesto del que se marchaba, con la mas completa seguridad, de que no yendo por donde iban los que se equivocaron, se va en derechura al acierto. ¡Cómo si no fuera posible estraviarse más que por un solo camino! Asi marchamos tranquilamente por las vias del error, que no es en la mayor parte de los casos mas que una verdad exagerada.

A nuestros abuelos les parecia una cosa muy razonable, que familias enteras de vagos robustos acudiesen á los conventos para vivir de la sopa; nosotros creemos muy puesto en razon que se *encierre contra su voluntad* al verdadero necesitado que implora la caridad pública; ¡quiera Dios que nuestros nietos tengan las dos cosas por tan absurdas como lo son realmente!

Amigos del pueblo, ó de las clases privilegiadas, absolutistas y demócratas, todos convienen en que es un escándalo que los pobres anden por las calles, que este espectáculo es indigno de una nacion civilizada, y los gacetilleros, *nemine discrepante*, estimulan á las autoridades para que pongan fin á tamaño desafuero; el mal no parece que está en que haya pobres, sino en que se vean.

Para honra de la humanidad y de nuestro pais debemos hacer notar que esta opinion de la gente ilustrada, no parece que pasa mucho de la superficie social, en el fondo está el buen sentido, y los buenos sentimientos del mayor número. Este mayor número guarda silencio, á primera vista parece como que no existe, pero observando mejor, se nota su grande influencia aun como fuerza pasiva. El aristócrata *pur sang*, la gran señora, el hombre de ideas filantrópicas, la muger compasiva, dan limosna al salir de casa, al entrar en el templo, en el paseo público. En el pueblo esta reclusion de los mendigos, este bien que se hace *por fuerza* al que se niega á recibirle, da lugar á escenas dolorosas, crueles, sangrientas. ¡Sangrientas! Exageraciones de escritores sistemáticos y paradóxidos. ¡Plugiera al cielo que fuese un estravío de la imaginacion, y no la realidad triste!

Mirad que escena pasa en Madrid, en la capital de la Monarquía. Un grupo de salvaguardias hace oir á otro de mendigos la lúgubre y temida voz de ¡*A San Bernardino*! Los mendigos protestan, los soldados insisten, toman un ademan hostil. Los mendigos protestan de nuevo, apoyados por hombres y mugeres del pueblo que acuden á las voces; los soldados hacen uso de las armas, reducen á prision á los mendigos que se quejan y piden justicia y auxilio: llevada la cuestion al terreno de la fuerza, á los sables de los soldados responden las navajas de los paisanos, hay heridos, un salvaguardia cae muerto. Los pobres son conducidos á San Bernardino, el salvaguardia al Campo Santo, su matador al patíbulo: la ley se ha cumplido en todas sus partes. ¡Que ley!

¿La humanidad es por ventura algun furioso, á quien hay que favorecer á pesar suyo, á quien hay que atar para hacer bien? No ciertamente, la humanidad tiene mas filosofía en sus instintos que en sus artículos los reglamentos de policía urbana. ¿El pueblo de Madrid tiene algo de escepcional, de intratable? Tampoco, sus pobres son como todos los del mundo. ¿Cómo pues se niega á recibir el bien? ¿Por qué ningun criminal opone tanta resistencia para ir á la cárcel, como oponen los mendigos para ir á San Bernardino? Porque este bien es hipócrita, es mentido, no existe.

El pobre rehusa ir al asilo de Beneficencia:

Porque en él se le trata mal, material y moralmente:

Porque se convierte en prision para él:

Porque es natural el amor á la libertad:

Porque la ley que le priva de ella, no se aplica á todos igualmente.

En efecto, para hacer mas repugnante y odioso el cuadro que ofrecen los delegados de la autoridad empleando la fuerza, para obligar á recibir al pobre un bien que rechaza, esta fuerza se aplica sin mas regla que la casualidad ó el capricho. Decimos mal, y es bien triste hacer esta rectificacion, esta fuerza obedece á veces al interés, al cálculo de los que la emplean. Sabemos de un establecimiento de Beneficencia donde esta nueva especie de cautivos hechos en nombre de la ley, se ponen en libertad mediante *un rescate*: no será el solo, las mismas causas deben producir iguales ó parecidos efectos.

La mendicidad se tolera en esta calle, se autoriza en la puerta

de aquel templo, se persigue en ese paseo. En las grandes poblaciones es un desórden, un abuso; en las pequeñas, en los campos, nadie se mete con ella, parece buena, ó aceptable por lo menos. ¡Qué desórden! ¡Qué anarquia! Qué contradiccion!

¿Qué hacer? Aqui hay dos cuestiones: una de hecho, de derecho la otra.

La de hecho consiste en poner los establecimientos de Beneficencia en estado de que su nombre no parezca un horrible sarcasmo. En que cese la vergüenza, y el absurdo de que un asilo piadoso sea temido como una prision, y se prefieran á sus *bienes* los males de la miseria y el abandono.

La de derecho consiste en averiguar si la sociedad puede con justicia privar á un hombre de su libertad, porque este hombre no tiene que comer: no vacilamos en resolverla negativamente.

Pongámonos en lugar del pobre.—Yo he trabajado mientras he tenido fuerza. El tiempo, una enfermedad, un accidente me dejan inválido, ó lo soy de nacimiento. El consuelo de esta desgracia mia Dios le ha puesto en el corazon de mis semejantes. Salgo á la calle, inspiro compasion, me socorren, no me muero de hambre. Me voy siempre á un mismo sitio, tengo mis conocidos, mis parroquianos; uno añade á la limosna una pregunta acerca de mi estado, otro un consejo, aquel algunas palabras de consuelo. De cuando en cuando recibo alguna prenda de ropa usada, pero todavia útil, en los dias clásicos una limosna mayor. Tengo mis consuelos, y hasta mis goces: Dios sea mil veces bendito. Pero he aquí un agente de policía que porque soy cojo, ó manco, ó decrépito, me lleva á una prision con este ó con el otro nombre. Allí estaré sujeto á la voluntad del último mercenario sin caridad: allí me levantaré, me acostaré, comeré y rezaré cuando me lo manden; mi voluntad para nada se tendrá en cuenta, sería hasta ridiculo que yo diera á entender que tenia voluntad. Si tengo frio lo soportaré como pueda, aunque enfrente esté viendo un sol brillante; si calor, no podré tampoco ir en busca de una atmósfera menos sofocante. Si llego á tomar asco al nauseabundo rancho que se me ofrece siempre el mismo, no me será dado variar de alimentacion y me iré estenuando, sucumbiré tal vez. (1) Ya no tengo familia ni amigos, ya no tengo libertad

(1) Esto no es una hipotesis, hay casos en que los acogidos á ciertos asilos de Beneficencia perecen de inanicion porque los alimentos llegan á causarles una invencible repugnancia.

¡Cómo echo de menos aquellos dias en que era dueño de mis acciones! Cuanto me acuerdo de aquel buen caballero que me daba limosna y me llamaba amigo! ¡Cuánto de aquella bendita señora que al socorrerme se informaba de mi salud, y me daba buenos consejos! ¿Qué habrán pensado al ver que pasa uno y otro dia sin que yo aparezca en mi sitio de costumbre? Creerán que he muerto. ¡Mas me valiera!

Esto deben decirse los desvalidos que la Beneficencia socorre por fuerza, mucho mas que esto dicen sus fisonomías, donde se lee el el dolor acre y concentrado, ese dolor que escribe en la frente de los que agovia: *no me compadece ninguno.*

Pongámonos hasta donde es posible en lugar de los desvalidos, y digamos si en conciencia, si en razon, la sociedad tiene derecho á privarlos de su libertad, de hacerles aceptar por fuerza un bien que rehusan, bien mentido, pero que aunque fuese real, no aprovecharia al que le recibe con repugnancia. ¿Hemos pensado bien en lo que es la libertad? No, no sabemos lo que vale porque no la hemos perdido. ¿Hemos pensado bien en el absurdo de erigirnos en jueces, cuando se trata de la eleccion de males que no conocemos siquiera?

Es una injusticia bien cruel privar al hombre de su libertad; pero esta dureza se agrava segun el estado social del pueblo á que se aplica. La civilizacion tiende á disminuir el amor á la independencia, y aumenta el que inspiran los goces materiales. Si para proveer á sus necesidades, encerrais un parisien y un salvage, el primero podrá resignarse con su suerte, tal vez mirarla como tolerable, al segundo le matará vuestra misericordia. En España, el pueblo bajo conserva todavia ese poderoso instinto de independencia que caracteriza á los pueblos poco adelantados, por manera que entre nosotros es todavia mucho mas dura la reclusion forzada que la Beneficenia impone.

¿Pero que es lo que queremos? Se dejará que la medicidad sin freno alguno se estienda como una asquerosa lepra? ¿No se pondrá coto al vicio, á la vagancia, que abusan de la compasion? No es tal nuestro deseo seguramente. Queremos un cambio completo en el estado actual de las cosas. Ahora *de hecho*, la mendicidad existe sin condicion alguna: el vago, el vicioso, el criminal esplotan la piedad, y la escarmientan. De hecho, separándose de algunas ciudades populosas, el vago, robusto, vive en paz de la caridad pú-

blica sin que nadie le diga nada. Finge desdichas, dolores, enfermedades, y ostenta su miseria, á veces su desnudez impúdica, sin que la autoridad, ó sus delegados piensen ni remotamente en atajar tan grave mal. De hecho, y esto es peor, centenares, miles de niños, apenas saben hablar piden limosna.

Sus padres los maltratan si no llevan cierta cantidad, y les dan lecciones para adquirirla.—Que no me he desayunado hoy.—Que somos seis hermanos.—Que tengo mi padre en el hospital.—Que no tengo padre ni madre etc., etc. El niño aprende á mentir obedeciendo á su padre, y ve que la mentira es útil. Aprende á despreciar al padre que le enseña á mentir, le oculta una parte de lo que saca, y nota que el robo es útil tambien. Aprende á vivir sin trabajar, y lo aprende de tal modo, que no lo olvida nunca. El que desde niño se habitúa á vivir de la caridad pública engañando, está perdido para la sociedad y para la virtud: la vagancia es un cáncer que le operareis una, dos, cien veces, y no le estirpareis nunca. El ver pedir limosna á un niño, nos produce un efecto parecido á verle arrebatado por las aguas de un rio caudaloso, y no obstante, nadie se lanza para sacarle de la corriente del vicio y del crímen, que le arrastra sin remedio. De hecho tambien el pobre está fuera de la ley, se le priva de su libertad, de todos sus goces por la sola razon de que es pobre. Nosotros queremos que al pobre *inválido* se le deje en libertad de implorar la caridad pública, y que al vago se le persiga de modo que no abuse de ella ¿Cómo distinguirlos? No nos parece difícil.

Establezcanse por Ayuntamientos, por distritos como mejor parezca, y cuidando de evitar la aglomeracion, establezcanse una especie de Tribunales, de jurados, que con la intervencion de la caridad, de la autoridad, y de la ciencia, y despues de un maduro exámen, decidan si un pobre es ó no inválido. Al que lo sea désele una chapa, medalla ó distintivo cualquiera. El pobre podrá elegir entre el establecimiento de Beneficencia y la caridad pública que entonces no temerá verse burlada.—El que da limosna tendrá la seguridad de socorrer á un verdadero necesitado, aumentará sus dones, adquirirá el hábito de dar, dará mas cada vez, y la vagancia se verá en la alternativa de trabajar ó morirse de hambre. Entonces la crueldad y el egoismo no podrán tomar la apariencia de la filosofía y de la razon, cuando niegan una limosna. Entonces se verificará un cam-

bio en las ideas, y la muger vestida de terciopelo, y el hombre envuelto en pieles, al pasar por delante de un mendigo sin alargarle una limosna, harán una cosa censurable, censurada, y que tarde ó temprano acabará por causarles vergüenza. Entonces los sentimientos de humanidad se *ejercitarán* aumentando en proporcion su energía, se establecerán relaciones benévolas entre el que da y el que recibe, haciéndolos mejores á entrambos. ¡Cuantas veces el pobre se resignará con su estado, le bendicirá, viendo ó sospechando las amarguras del que al apearse de su coche le alarga una limosna. ¡Cuantas veces hallará un consueldo, ó una leccion, viendo las desgracias reales, el que sufre por las imaginarias! La limosna que se da á fin de mes ó de año en cambio de un recibo, no nos habitúa al bien, no moraliza ni consuela como esa otra que se da por la propia mano, ó por la de un hijo, que aprende desde niño á no pasar indiferente por delante de un desdichado.

Pero se nos dirá. «El aspecto de la miseria en una gran po»blacion, con aceras, y polícia, y alumbrado de gas, es una cosa »repugnante.»

A nosotros nos parece repugnante este argumento, si argumento puede llamarse, la hipocresía cruel, que hace tan poco para que no haya pobres, y tanto para que no se vean.

Habrá siempre pobres entre vosotros, ha dicho el que no se equivoca. Y meditando, se comprende que debe haberlos, que es preciso que los haya: representan en la sociedad el dolor, ese elemento indispensable de la moralidad y de la perfeccion humana. Este elemento quiere apartarse donde nadie le vea, ni sospeche que existe, por los nuevos alquimistas sociales, que ya no buscan, sino que han hallado la piedra filosofal.

Ignoran ú olvidan que el dolor contribuye á la armonía, pero á condicion de ser compadecido; que aislándole sufre una especie de perversion, y se hace orígen de grandes males. He aquí varios escrúpulos que asaltan á los partidarios de la reclusion de los pobres.

El mendigo tendrá mas de lo necesario.

El mendigo pondrá en contribucion aun al muy pobre.

El mendigo será vicioso.

Si el primero de estos escrúpulos no tiene fundamento no hay para que combatirle, si le tiene, gloria á Dios, y honor á la huma-

nidad, que acude generosamente á los desvalidos, indemnizándolos hasta donde puede, de sus inevitables desgracias! «Que los mendigos se enriquecen.» Tanto mejor, seria prueba de que eran pocos, y muchas las almas caritativas, pero tranquilizáos los que temeis este desórden, *habrá siempre pobres entre vosotros*. La otra objecion nos parece singular: debe tener un nombre estraño que no hemos hallado, ó no queremos escribir, la idea de privar á la humanidad de su mas sublime cuadro, el del pobre partiendo su bocado de pan con otro mas pobre que él.

«Que el mendigo será vicioso.» Vigílesele para que no lo sea. Pero supongamos que hay muchos mendigos incorregibles y viciosos. Si no tenemos derecho para preguntar al banquero, al militar, al cómico, ni al legista como emplea lo que gana, puede haberle para dirijir esta pregunta al mendigo? Se nos dirá que sí, porque el mendigo no *gana* lo que *gasta*. Respondemos que el que no puede trabajar, es legítimo dueño de lo que la caridad le proporciona, sus títulos de propiedad estan en el corazon de todo hombre honrado. Lejos de nosotros el pensamiento de querer para el vicio una especie de salvo-conducto que le permita pasar impunemente los límites que la religion y la conveniencia le imponen, ni de pedir para los pobres el derecho al mal ejemplo, y al escándalo; pero lejos tambien la idea de sujetarlos á leyes especiales, ó mas bien á personales caprichos. ¿Si nadie se atreve á sostener en teoría que la pobreza sea un crímen, porque en la práctica se trata muchas veces al pobre como criminal, peor todavia, porque el criminal puede defenderse, la ley le da medios, y el pobre no los tiene para sustraerse á la brutal arbitrariedad de sus opresores?

Hay tres clases de mendigos.

Los inválidos.

Los válidos que no hallan trabajo.

Los vagos.

A los primeros la eleccion entre el establecimiento de Beneficencia y la caridad pública.

A los segundos socorros á domicilio que no podrán ser eficaces sino se organizan debidamente las asociaciones caritativas.

A los terceros persecucion y castigo; tiene algo de impío defraudar los sentimientos de piedad, y entiviarlos por medio del escarmiento.

¿No merece castigo el estafador de la pública compasion? ¿No merece auxilio el que quiere trabajar y no halla dónde? ¿No podrá escoger el pobre inválido, entre el asilo de Beneficencia y la caridad pública? ¿Es tan exhorbitante el derecho de elegir entre males? Estas tres clases hoy miserablemente confundidas ¿no deben separarse para que el vago no esplote la compasion; para que el desvalido no la halle recelosa; para que el artesano sin ocupacion sea socorrido en su casa respetando el pudor, la dignidad que le detiene para pedir limosna, y que perdería en mal hora? ¿El desórden puede ser en ningun caso elemento de bien? ¿La clasificacion tan indispensable en todas las ciencias no será precisa en la ciencia social?

La anarquía reina en la region de las ideas, y en la de los hechos. La Beneficencia se queda unas veces mas acá, otras vá mas allá de donde debiera, y hace daños gravísimos, ya cuando traspasa los límites que la razon le impone, ya cuando no los toca. ¿Cuál es el resultado?

Autorizar la vagancia;

Perseguir la pobreza;

Escarmentar la compasion.

Dar al egoismo plausibles pretestos para no hacer bien.

Habituar al público á la indiferencia, estinguiendo la compasion en su orígen por falta de ejercicio.

Que la Beneficencia se penetre bien de sus derechos, y de sus deberes; que no exija de nadie lo imposible, ni á ninguno niegue lo justo; que se persuada bien que detrás de cada injusticia hay un error, y una falta trás de cada dolor sin consuelo; que busque la verdad, que la aplique, y obrando dentro del círculo que la razon le impone, hará todo el bien que por su naturaleza puede y debe hacer.

CAPITULO III.

—

MEDIOS DE PONER EN ARMONIA LA ACCION RESPECTIVA DEL ESTADO, LAS ASOCIACIONES CARITATIVAS, Y LOS PARTICULARES, FUNDANDOLA EN LA ECONOMIA SOCIAL Y EN EL SENTIMIENTO RELIGIOSO.

Si conforme á las ideas anteriormente emitidas, el Estado en el ramo de Beneficencia debe representar el cálculo, la meditacion,

la ciencia; si esto es preciso para todo pueblo civilizado, aparece todavia mas en relieve la necesidad de tal iniciativa en una nacion que como la nuestra, en todo vacila, prueba, duda, cambia, destruye, y restablece. Es grande la anarquía intelectual que entre nosotros reina. Ya nos estasiamos delante de cualquier bagatela científica, y le tributamos nuestro respeto; ya pasamos indiferentes al lado de un gran pensamiento, de una obra de verdadero mérito, como pasa un ciego al lado de un cuadro de Rafael. Hoy nos escandalizamos de una idea que no hemos comprendidò bien, mañana damos nuestro apoyo á otra que hemos entendido mal. En las ciencias, en las artes, se traduce, se imita, se intenta con mano vacilante crear alguna cosa que tenga vida propia. En moral aunque tenemos el instinto del bien que nos pone á cubierto de muchos estravíos, tambien hay perplexidades y dudas, y remedos y aberraciones. En tal situacion pocas cosas son fáciles, pocas tambien imposibles, y la iniciativa ilustrada del Estado aparece como una necesidad imperiosa.

¿Hay opinion pública en materia de Beneficencia? ¿Qué dice? En los periódicos, que se recojan los mendigos, en las calles que se les dé limosna, en las plazas, que se combata al que quiere recogerlos. Si la consultamos sobre cualquier otro punto, no nos responderá mas acorde, y sus oráculos se resentirán del lugar donde se han dado.

No tenemos sobre Beneficencia opinion pública verdaderamente dicha, tenemos instinto público, deseo del bien, propension á hacerle, costumbres mas suaves cada vez, sin notable apego á los abusos, ni gran repugnancia á las reformas útiles: parece que en tal estado, la accion de la ley es necesaria, y debe ser eficaz.

Los principios de que esta ley debe partir en nuestro concepto, quedan consignados en los capítulos anteriores, los medios de que debe valerse para que sus disposiciones no sean ilusorias, son á nuestro entender los siguientes:

1.° Organizacion de asociaciones filantrópicas. Comunicacion, *comunion* de los compasivos, unidad, y mútuo apoyo en sus esfuerzos.

2.° Obligacion impuesta á toda asociacion religiosa de ejercitarse en alguna obra de caridad.

3.° Publicidad en todo lo concerniente al ramo de Beneficencia.

4.° Evitar hasta donde sea posible la aglomeracion de los desvalidos.

5.° Llamamiento al sacerdote, y á la muger como indispensables auxiliares.

6.° Dar á la Beneficencia el auxilio de las ciencias.

I.

ORGANIZACION DE ASOCIACIONES FILANTROPICAS.—COMUNICACION, *comunion* DE LOS COMPASIVOS.—UNIDAD Y MUTUO APOYO EN SUS ESFUERZOS.

Si hemos acertado á esplicarnos con alguna claridad en los capítulos anteriores con respecto al valor de las asociaciones caritativas, no tenemos para que encarecer de nuevo su importancia; cada cual la comprende, la siente.

La Beneficencia debe hacer el triste é indispensable estudio de las miserias humanas, físicas y morales, y colocar al lado de cada una, el dulce consolador de una asociacion caritativa.

La enfermedad.
La pobreza.
La decrepitud sin apoyo.
La infancia abandonada.
La intemperancia.
La prostitucion.
El vicio.
El crímen.

Deben y pueden hallar en la filantropía lecciones, consejos, consuelos y correctivos; á cada grupo de seres afligidos ó estraviados, otro de criaturas compasivas é ilustradas que lleve consuelo á su corazon y luz á su entendimiento.

La Beneficencia debe clasificar y subdividir hasta donde sea posible los dolores humanos, de otro modo no hallará para ellos consuelos eficaces. Esa confusion de penas y de medios de aliviarlas, ese monstruoso agrupamiento de desventuras diferentes, esa aglomeracion de desdichas, prueban un empirísmo fatal. El estado actual de las cosas manifiesta que se desconoce enteramente su naturaleza. ¿Por ventura la clasificacion y el órden no son un elemento indispensable de acierto en la ciencia social como en las otras?

Asimilemos una vez mas el cuerpo social al humano, donde todos los miembros sin romper la unidad, desempeñan funciones diferentes. Organice la Beneficencia asociaciones caritativas, forme cuadros que la caridad privada llenará bien pronto, y fórmelos de modo que á cada série de dolores, corresponda una série de consuelos. Para esto tenga presente una vérdad muy trivial y muy olvidada. *Que nadie sirve para todo, que nadie deja de servir para alguna cosa.* Aquí es ocasion de ofrecer á cada cual el noble empleo de sus facultades dominantes. Quien se siente impulsado á prestar apoyo á la decrepitud, quien se inclina á la infancia candorosa. Uno activo, busca y halla medios pecuniarios, otro reflexivo y melancólico, escucha los dolores y los consuela. Aquel cuida cariñoso al enfermo, ese otro no desespera de arrancar el vicioso á sus vicios, y el criminal á sus crímenes. Forme la Beneficencia cuadros como hemos dicho, y cada cual se irá á agrupar en el que le corresponda, y llenará cumplidamente su tarea, porque obedece á sus facultades dominantes, porque obra conforme á su naturaleza.

Para investigar y distinguir el verdadero necesitado se necesita cierta natural perspicacia, cierta inocente malicia, si se nos permite esta frase. Para pedir y allegar recursos, un carácter insinuante, simpático, comunicativo, y hasta jovial. Para cada dolor en fin, debe y puede haber una especialidad que le consuele.

¿Cuál es el principio de la division del trabajo? *Se hace mejor lo que se hace siempre.* En el ramo de Beneficencia hay que añadir, *y lo que se hace naturalmente.* En efecto: por desgracia, pocas veces eligen los hombres, el oficio ó la profesion á que se dedican, teniendo en cuenta sus facultades. Estando bien organizada la caridad oficial, clasificando los dolores, y formando diferentes grupos para los diferentes consuelos que necesitan, cada uno puede ir á ocupar el lugar que le corresponde obedeciendo á su natural, y nada mas que á su natural, toda vez que las obras de caridad son absolutamente voluntarias. De la importancia de esta clasificacion podremos convencernos, si observamos que no se hace con perfeccion sino lo que se hace naturalmente: los prodigios del mundo moral, no son las mas veces, sino hombres que se han hallado en circunstancias de emplear todas sus facultades.

La Beneficencia debe multiplicar las asociaciones caritativas

todo lo necesario para que ningun dolor quede sin consuelo, ni sin ocupacion ninguna facultad acompañada del deseo de hacer bien. Esta variedad en el modo de ejercerse los instintos caritativos, lejos de alterar la armonia debe contribuir á ella, si el Estado reglamenta debidamente las asociaciones filantrópicas, dándoles un centro comun, puesto que en el fondo es uno mismo el objeto. Cuando haya organizado cual conviene estos auxiliares poderosos, verá que está concluida mas de la mitad de su tarea.

Las asociaciones caritativas sin perder nada de su especialidad, y libertad de accion, deberian tener un lazo comun, que les permitiese prestarse mútuo apoyo, de modo que cuando se tratase de corregir un abuso, de plantear una reforma, cada cual se presentara en la lucha, poderosa con la fuerza de todas. Y decimos lucha, porque no nos hacemos la ilusion de que el *bien* se establece, ni se sostiene sin combate. Y no solo deberian comunicar entre si las asociaciones de un pueblo, sino las de la provincia, las de la nacion entera. En la capital de provincia deberia estar el centro de las de los partidos, en la de la nacion el de todas las provincias. Cualquier idea útil emitida en el último rincon hallaria así eco en la Corte, cualquier abuso hallaria en todas partes quien le persiguiese, cualquier derecho hollado tendria numerosos y fuertes sostenedores.

Un niño que su culpable y desgraciada madre abandona al nacer ¿en qué estado llega á la inclusa, cuando se le espone en una noche de invierno, y á diez, doce ó veinte leguas del establecimiento donde debe recogerse? Muchas veces no llega, y asombra que llegue alguna, despues de lo que sufre. Espuesto á las altas horas de la noche, y con escaso abrigo, su llanto revela al amanecer una gran desgracia y un gran crímen. Pasa un hombre que tal vez va de prisa, y sigue su camino, pasa otro desalmado, y hace lo mismo. Un tercero acaso por no escitar sospechas de tener alguna parte en la culpable accion, no se para tampoco. Por fin llega un hombre compasivo, ó llega una muger, y se da parte al Alcalde. El Alcalde tal vez dista de allí una ó dos leguas, tal vez no está en casa, ó esta ocupado, y se pasa un dia sin que el inocente abandonado reciba auxilio eficaz. Al siguiente se busca un hombre que se encargue de conducirle á la capital de provincia, que dista una, dos ó tres jornadas, y no se repara si llueve ó si

nieva. El hombre á quien se confia este encargo es el primero que se presenta, por lo comun el que le desempeña mediante una retribucion menor. Este hombre anda ó se para donde le parece mas cómodo, busca ó no busca, halla ó no halla, quien dé de mamar á la infeliz criatura confiada á su cuidado. Si sucumbe, cumple con presentarse á la autoridad local.

Si hubiera una asociacion protectora de la infancia en la capital de provincia, otra en la de partido, é individuos que perteneciesen á ellas y las secundasen en todos los pueblos ¿pasarian las cosas de este modo? ¿No se acudiria inmediatamente á dar socorro al débil ser abandonado, á procurarle sustento y abrigo? No se elegiria cuidadosamente la persona que habia de conducirle; no se la obligaria á que se presentase en todos los pueblos al individuo representante de la asociacion, para que viera si iba el niño bien, ó si su estado reclamaba algun nuevo auxilio, una detencion por lo riguroso del calor ó del frio, etc., etc. ¿No se tendrian en fin esos mil cuidados que no se dan nunca de oficio, que son obra de la caridad, y no de la Beneficencia?

Se nos dirá tal vez que no es posible establecer una asociacion tan vasta que tenga representantes en todas las poblaciones. Respondemos que nos parece como una calumnia á la humanidad, suponer que por cada cien, por cada cincuenta, por cada veinte y cinco vecinos, no ha de haber una persona caritativa que haga bien de vez en cuando, si no se le exige para ello grande esfuerzo ni sacrificio. Responderemos para los amigos de hechos con uno análogo.

Las comunidades religiosas mendicantes tenian en cada pueblo un *hermano*, en cuya casa se hospedaba muy obsequiado y gratis el fraile que iba á pedir, á predicar, ó con cualquiera otro objeto, y ademas el lego que en las cuestaciones le acompañaba. Como las de mas utilidad se hacian en invierno para recoger parte de las matanzas, sucedia muchas veces, sobre todo en ciertos paises, que el temporal combinado con el mal estado de los caminos, no permitian al religioso volver á su convento por algunas semanas, durante las cuales permanecia en casa del *hermano*. Y habia de estos hermanos en miserables aldeas de veinte vecinos y aun de menos. En los últimos tiempos, los hombres murmuraban en voz baja contra esta mala costumbre, pero buena ó mala la costumbre seguia sostenida

principalmente por las mugeres, y los frailes no dejaron de ser hospedados y obsequiados, hasta la supresion de las comunidades religiosas.

Se comprende cuanto mas facil debe ser hallar un asociado donde se halló uno de estos *hermanos*. El servicio que se exige es mucho menor, el desenvolso insignificante, tal vez nulo: sobre lo santo del objeto no puede haber opiniones, ni está sujeta á cambios con el tiempo la utilidad de una asociacion, que se propone socorrer á una criatura débil, y abandonada. Para combatirla, no basta ya ser espíritu fuerte, ni despreocupado, ni filósofo, es preciso prescindir de todo sentimiento de humanidad, hacer una especie de profesion de fé, que tenga por base el cinismo y la dureza, profesion de fé mas perjudicial al que la hiciese que á la asociacion que intentaba combatir, porque las costumbres se suavizan mas cada dia, y la crueldad no debe esperar gran número de próselitos.

Otro grande objeto que podrian proponerse las asociaciones filantrópicas, y que no es dado alcanzar aislándose unas de otras, era proporcionar trabajo á los pobres que carecen de él. Hay pocas desgracias mas respetables y dignas de compasion, que la del hombre que con voluntad y fuerza para trabajar, carece de pan. Esta calamidad grande siempre, lo es mucho mayor en épocas como la actual, en que la invencion de una máquina, la construccion de una via ferrea, el establecimiento de un buque remolcador, dejan sin pan á centenares de familias. La sociedad nada hace por ellas, sus individuos con ese apego á la costumbre propio de toda persona de limitadas ideas, persisten en vivir en los sitios en que nacieron, y dedicados á una industria que no los puede sostener ya. La miseria los oprime sin hacerlos cambiar de resolucion, y las enfermedades, el vicio y el crímen, encuentran vasto campo donde egercer su accion desoladora.

Si una asociacion filantrópica se dedicase á amparar á esta clase de desvalidos, ¡cuánto bien podria hacer sin grandes sacrificios de su parte! Entre sus numerosos individuos habria muchos influyentes que hiciesen valer el derecho tan claro como desatendido, que tiene el pobre que una obra pública priva de su modo de vivir, á ser colocado con preferencia en esa misma obra. Entre los individuos de la asociacion habria muchos ilustrados que pudiesen sugerir al desvalido ideas que él por si no puede tener, para un cambio

de profesion, ó de modo de ganar la vida, facil en muchos casos habiendo acertada direccion, y algun socorro pecuniario. A riesgo de ser molestos insistimos en que lo mas terrible para el pobre, y la causa mas poderosa de su miseria material, es la *indigencia del espíritu*, y esta indigencia podia remediarla en parte la asociacion filantrópica, á quien seria dado sin esfuerzo, encender una luz en las tinieblas de la ignorancia del pobre, principal causa de su apatía y de su pobreza.

Es tambien muy frecuente el que en unas comarcas falten brazos y trabajo en otras. ¿Qué cosa mas fácil para una asociacion debidamente organizada y estendida, que establecer el equilibrio, proporcionando al trabajador noticias, algun socorro pecuniario y proteccion y consejo en todas partes y ocasiones?

Sería fácil multiplicar los ejemplos para probar hasta la evidencia, con que poco esfuerzo se podrian hacer grandes bienes, estendiendo organizando, y haciendo que comunicasen entre sí, las asociaciones filantrópicas. El aislamiento es una especie de vacío en que se sofocan, por falta de elementos de vida, las ideas mas generosas, los mas sublimes esfuerzos.

II.

Obligacion impuesta á toda asociacion religiosa de egercitarse en alguna obra de caridad.

« Si yo hablara lenguas de hombres y de angeles, dice San Pablo, y no tuviera caridad, soy como metal que suena, ó campana que retiñe. » Otros muchos pasages que pudieramos citar del gran Apóstol, y de los padres de la Iglesia; la práctica de los primeros siglos del Cristianismo, y en fin el espíritu del Evangelio, estan de acuerdo para proclamar muy alto que no puede separarse el amor de Dios y del prójimo, y que uno de los medios mas eficaces que pueden emplearse para merecer el Cielo, es hacer bien en la tierra.

Lejos de nosotros la impía idea de negar las divinas excelencias de la oracion; pero lejos tambien la creencia de que puede haber plegaria mas grata á Dios que la que entonamos al consolar á los hombres. ¡Bienaventurado aquel que llega á ofrecer al Señor en holocausto, los errores que ha estirpado, las lágrimas que enju-

gára, los crímenes que pudo evitar! ¡Bienaventurado el que en la balanza del supremo juez, puede arrojar enfrente de sus pecados, las bendiciones de los míseros que consoló! ¿Qué oracion mas sublime?

¿Qué es el hombre en la tierra sin la idea del Cielo? La mas desdichada de todas las criaturas, una aberracion del que no puede tenerlas, un imposible moral. Degémosle pues que eleve al Cielo sus manos suplicantes. ¿Dónde sino podrá hallar alivio á los dolores sin remedio, dónde eficaz apoyo para resistir á la tentacion? La oracion, la verdadera oracion, que eleva, que consuela, es hermana de la caridad. Por la mas santa y sublime de las armonias, no se concibe el amor de Dios sin el del prójimo.

Si hubo un tiempo en que las exageraciones del ascetismo fuéron una necesidad, porque la mísera naturaleza del hombre necesita combatir con verdades exageradas, las exageraciones del error; si enfrente de las saturnales de Roma fué preciso poner las maceraciones y abstinencias de los padres del yermo, hoy el mundo cristiano menos grosero, mas espiritualizado, no tiene ya de aquellos delirios que solo pueden combatirse con otros.

Lejos de debilitarse el sentimiento religioso con el ejercicio de la caridad, se fortifica; lejos de alterar la pureza de su orígen, es fiel al espíritu del Evangelio. La caridad es un poderoso auxiliar. Con ella puede penetrarse igualmente en la cabaña del pastor y en el palacio del magnate: no la rechaza ni aun el descreido que está en su lecho de dolor, ó mira desde la capilla el último dia que ha de lucir para él. Los hombres son tan poco razonables, que muchas veces reciben la verdad, segun quien, cuando, y como se les dice. ¿Qué mas eficaz medio de hacer popular y querida la religion que obrar de modo que los que la predican hagan bien? ¡Es tan dificil pensar que nos engaña el que nos consuela! ¡Tan natural creer al que se bendice!

Parece pues que la justicia divina y humana dicen—Vosotros que os reunis en nombre de Dios, haced bien á los hombres.—

El Estado tiene el derecho, y el deber de dar cumplimiento á este mandato, y no creemos que para ello hallase ningun obstáculo grave. Ni las corporaciones religiosas, ni los prelados, ni el padre de los fieles, se negarian á secundar tan santa idea, ni á introducir alli donde fuese necesario, alguna pequeña modificacion, que hiciese

compatible el cumplimiento de la regla, y el egercicio de la Caridad.

¿Y de qué manera se ha de egercer? La caridad es un deber, la eleccion de la forma un derecho. Cada cual puede elegir aquella que esté mas en armonía con sus inclinaciones y facultades. Las corporaciones religiosas, y las asociaciones con el nombre de cofradías, ó con cualquier otro, pueden elegir un medio cualquiera de hacer bien á sus semejantes, pero deben elegir uno.

Una cofradía puede sacar de sus fondos una limosna; otra vestir á un niño pobre que se haya hecho acreedor á este premio por su aplicacion, y buena conducta; otra adoptar un húerfano, otra añadir á su reglamento un artículo en que se obliguen sus indivíduos á asistir á los enfermos de alguna gravedad. etc., etc. ¡Es tan fácil hacer bien cuando son muchos los que quieren hacerle!

¿El Ministro de Dios estará en alguna parte mejor que procurando curar las enfermedades del cuerpo, y las del alma, en el Hospital, y en la Cárcel? ¿La esposa del Señor no se hallará dignamente ocupada cuidando al niño, cuya madre le abandona por la necesidad de ganar el sustento, ó enseñando á la niña, cuyos padres no pueden pagar otra maestra? ¿Cuál será mas acepto á los ojos de Dios? Hacer hilas para los hospitales, camisas para los pobres, una obra cualquiera que vendida tenga un valor que pueda convertirse en limosna, ú ocuparse en esas caprichosas fruslerias que para nada valen, exigen tan trabajosa prolijidad, y revelan á la vez, la sobra de tiempo, y la falta de direccion en el modo de emplearlo? No nos parece dudosa la respuesta, ni alcanzamos que objecion séria puede hacerse á una innovacion que lejos de ser una novedad, es el restablecimiento de las prácticas de la primitiva Iglesia, y la realizacion del espíritu del Evangelio.

Las corporaciones y asociaciones religiosas podian ser un poderoso auxiliar para la Beneficencia. No hay estímulo mas fuerte para hacer bien á los hombres que el amor de Dios. Además, aun cuando el que vive en el mundo tenga la voluntad de dedicarse á socorrer á los desvalidos, no tiene la posibilidad. Como padre, como esposo, como ciudadano, tiene deberes que le roban la mayor parte de su tiempo. La caridad es un sublime episodio en el hombre de mundo, pero un episodio nada mas, mientras que para el que há renunciado al siglo puede ser la vida entera.

III.

Publicidad en todo lo concerniente al ramo de Beneficencia.

Sin publicidad en el ramo de Beneficencia, falta el poderoso eco de la opinion pública para el bien, y de reprobacion para el mal que se intenta ó se consuma. La abnegacion de la virtud, y la perversidad del crímen, mueren ignorados en el vacío del silencio, como un sonido que carece de aire para propagarse. Los pensamientos mal formulados no se completan, los útiles no se generalizan, ningun apoyo á los esfuerzos del buen deseo, ninguna recompensa á los servicios de la bondad. La prensa nos refiere minuciosamente los detalles de todos los crímenes, por repugnante que sea el cuadro, se presenta á la vista del público, sin que á nadie le ocurra echar sobre él un púdico velo; las buenas acciones quedan ignoradas, y tanto mas, cuanto las personas caritativas siguen el precepto del Salvador. *No sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha.* El crímen tiene sus historiografos, sus pintores, y hasta sus poetas; la virtud no halla mas eco que el corazon del mísero que consuela en la tierra, y Dios que la vé desde el Cielo. Basta para ella, mas no para la sociedad que no puede contemplar el saludable espectáculo de sus santos ejemplos; no para la sociedad que se habitúa á la injusticia, negando el tributo de su respecto á los seres que á él tienen mas derecho; no para la sociedad que adquiere el hábito de la indiferencia del bien, mil veces mas terrible que la práctica del mal; no para la sociedad que se priva de los saludables esfuerzos del mayor número de personas compasivas, porque no á todos es dada la alta perfeccion de hacer el bien por el bien mismo, y sin mas recompensa que la que se halla en el propio corazon.

La publicidad es el único medio de que se forme opinion pública en materia de Beneficencia; el único de que se generalicen ciertas ideas elementales, ciertas nociones útiles; el único de que se estienda el conocimiento de lo que pasa en los asilos piadosos, cuál es y cual deberia ser su estado, cuales los abusos que en ellos se cometen, los auxiliares que tienen, los que necesitan; y el único en fin de destruir en la masa del público esa fatal indiferencia, que abre un abismo entre el necesitado y el que puede socorrerle, entre el mal-

vado y el que debe castigarle. Con las asociaciones filantrópicas convenientemente organizadas, y la publicidad, serían imposibles los abusos que hemos señalado. Las asociaciones formarian una especie de trama que cubriría la nacion entera, la publicidad sería á la vez un eco y un faro. Tomad la lista de los periódicos que se publican; en la prensa, bien ó mal, todo está representando, todo menos la caridad y el dolor. Tomad un periódico y recorred sus diferentes secciones. No falta espacio para discutir gravemente el mérito de las bailarinas, y de las cantantes, de los prestidigitadores, y de los toreros. La impertinente chismografia, las puerilidades de la moda, los escándalos del vicio, los horrores del crímen, hallan su lugar correspondiente. ¿Y la Beneficencia? ¿Y la Caridad? En vano buscareis alguna prueba de que existen. De cuando en cuando el número de los que han entrado ó salido en el hospital, el anuncio de una rifa, cuyo producto debe aplicarse á los asilos piadosos, y nada mas. ¿A quién dirigir un cargo por este silencio? Cuando la culpa es de todos, la culpa no es de nadie. La cuestion nos parece menos de averiguar de donde viene el mal, que de comprender toda su estension, y ponerle remedio.

El mal es grave: este silencio, este desvío, esta indiferencia que escuda al perverso y desalienta al bueno; esta falta de noticias y de conocimientos; este aislamiento en que se halla el hombre de buena voluntad, desaparecerian con todas sus tristes consecuencias, sin más que la Beneficencia, la caridad y la filantropía estuviesen dignamente representadas en la prensa. Donde quiera que volvemos la vista, hallamos hechos que comprueban esta verdad. Durante la última invasion del cólera el ayuntamiento D... recibió una cantidad en metálico, limosna de S. M. la Reina, con destino á los enfermos pobres, y con la cual se cubrieron ciertos desfalcos de procedencia poco honrada. El hospital más cercano estaba á *tres* jornadas, y los desdichados enfermos sucumbian sin auxilio, en medio de una miseria de que solo puede tener idea el que sepa como vive nuestra poblacion rural. Entre tanto, los fondos que hubieran bastado para acudir á las necesidades mas apremiantes, se destinaban, como hemos dicho, á cubrir ciertas *atenciones* que no podian figurar en el presupuesto. ¿Cómo no reclamó usted, le deciamos al sacerdote que indignado nos referia el hecho inhumano—escandaloso? ¿No era usted individuo de la junta de Beneficencia?

Reclamé, nos contestó, pero no se atendieron mis razones. Me ocurrió quejarme á la autoridad, ¿pero cómo iba á luchar *yo solo* con una corporacion? En la prensa no conocía á nadie, y los periódicos no se ocupan de estas cosas. En la capital tampoco tenia relaciones, y el diputado provincial, y el diputado á Cortes hubieran sostenido al Ayuntamiento que habia contribuido mucho á su eleccion, etc., etc.

Este digno sacerdote sin nombrarlas, señalaba la asociacion y la publicidad como necesarias para luchar contra la perversidad y el fraude, de que el desdichado es víctima tantas veces. En efecto ¿cómo un hombre solo, aislado, y cuya voz no resuena en ninguna parte, ha de hacer frente á la maldad, á la ignorancia, á la apatía, al hábito del desórden y de los abusos?

Con toda la importancia que hemos dado á las asociaciones filantrópicas, no creemos que sin publicidad produzcan la mitad de los beneficios que de ellas podian esperarse, ni que los resultados correspondan á sus generosos esfuerzos: se comprende. Luchan en la oscuridad, porque el silencio son las tinieblas de la inteligencia. La autoridad, el gefe del establecimiento *temeria el periódico*, temeria que se hiciera pública su apatía, su criminal tolerancia ó su complicidad en los abusos, y procuraria reformarlos; á la asociacion desarmada no la teme, le dice la esperiencia que por regla general no es bastante fuerte para obligarle á ser justo.

En comprobacion de lo que vamos diciendo, citaremos algunos hechos, y los iremos á buscar allí donde por circunstancias particulares pongan la verdad más en relieve.

En Galicia hay asociaciones filantrópicas de señoras; más, hay una vice-protectora de todos los establecimientos benéficos con carácter oficial, y que puede decirse hace las veces de S. M. que es la protectora de todos los de la nacion: más, la vice-protectora es la condesa de Espoz y Mina, es decir, una muger que parece unir en alto grado la piedad de su sexo, á la inteligencia y energía del otro. Una muger que vive en los establecimientos benéficos, que observa todos los abusos é intenta su remedio, sin que el número la desaliente, ni la retraiga el mal éxito de una tentativa para formar un nuevo plan; que une al prestigio de una alta posicion y de un nombre ilustre, el de la virtud, el talento y el carácter; que segun dicen los que la conocen, es alternativamente y conforme las

circunstancias lo exigen, dulce, insinuante, firme, severa, y que todas estas ventajas, y todos estos medios los consagra al consuelo de los desdichados, y á mejorar la situacion de los asilos benéficos. A pesar de circunstancias tan escepcionales, el observador menos detenido nota abusos como los siguientes.

El grande y magnífico Hospital Real de Santiago no se halla á cargo de las hermanas de la caridad, cuando están probadas de un modo evidente las ventajas que de su asistencia resultan tanto para el cuidado de los enfermos, como bajo el punto de vista económico. En el mismo establecimiento está la Inclusa contra lo que la ley dispone, y siendo su gasto total 556,399 rs., importan los sueldos de los empleados 128,585.

En el Hospital de San Roque de la misma ciudad ascendiendo sus rentas á 52,000 rs., consumen los empleados 19,149.

Estas cifras se sirven á sí propias de comentario y no le necesitan.

En este mismo Hospital de San Roque, destinado esclusivamente á la curacion de enfermedades sifilíticas, no se admiten enfermos más que tres meses al año, y apenas ingresarán en él las dos terceras partes de los que se presentan. El resto son cruelmente despedidos, y van á propagar su horrible enfermedad sucumbiendo antes de ser admitidos el año próximo, ó por lo menos agravándose de modo que la ciencia no puede evitar que queden valetudinarios para toda la vida. Por no haber sala de convalescencia, los enfermos salen tan débiles que con frecuencia recaen y vuelven al hospital. El método curativo que allí se usa es el propio que se usaba cuando se fundó el establecimiento (1577). Al que hace notar su estrañeza de que no se aprovechen los adelantos de la ciencia en todos los ramos, y muy particularmente en la enfermedad que allí se cura, se le contesta que las constituciones de la fundacion prohiben introducir novedades, etc., etc.

Estas y otras cosas suceden donde hay asociaciones filantrópicas presididas por una persona con carácter oficial y de una energía, una inteligencia y una perseverancia enteramente escepcionales. ¿Sucederia lo mismo si la prensa hiciese públicos estos abusos clamando contra ellos uno y otro dia? Seguramente que nó. Debe notarse que en el ramo que nos ocupa la influencia de la publicidad seria más eficaz y poderosa que en ningun otro. Ni el lector está

cegado por el espíritu de partido que le impide comprender y apreciar la verdad, ni el escritor se ofusca por la misma causa, ni el abogar por el enfermo, el niño, el menesteroso, puede allanarle el camino del poder ó de la gloria. La ambicion busca para la lucha otro terreno más fecundo, éste es estéril para quien desea hallar el fruto fuera de su propio corazon. El hombre que escribe en una materia que no le proporciona triunfos literarios ni políticos; el que escribe en *pro* de los que no le leerán siquiera, ni sabrán como se llama, ni comprenderán que les puede hacer bien con algunas palabras trazadas en un papel, este hombre no es llevado por ningun sentimiento interesado ni vil. Al tomar la pluma obedece á un impulso generoso, no desempeña un oficio ó una profesion, ejerce una especie de sacerdocio: ungido del Señor con el óleo santo de la inteligencia, la pone al servicio de la virtud; es enérgico por necesidad, es incorruptible por naturaleza. Tales serán los representantes de la caridad en la prensa cuando llegue á tenerlos. ¿Será ilusion vana, ó cálculo razonable esperar mucho de ellos?

Si se tratase de hacer mal pediriamos millones, y los pediriamos muy alto, seguros no solo de no causar escándalo, sino de que nuestra voz hallaria eco: como se trata de hacer bien, seremos más parcos, y pediremos humildemente una limosna, como conviene á los defensores del necesitado.

Nos parece que no seria una pretension exorbitante exigir que en los *Boletines oficiales* se destinase una seccion para la Beneficencia. Esta seccion en que se publicarian los datos oficiales dignos de ver la luz pública como gastos, ingresos, donaciones, etc., etc. Deberia estar en parte á disposicion de las asociaciones filantrópicas, cuya junta central de provincia insertaria en ella lo que tuviera por conveniente. Discusion de principios y sistemas, noticias de su aplicacion, escitaciones al celo y á la caridad, publicidad y elogio de las acciones que de él son dignas, biografías de los bienhechores de la humanidad doliente y necesitada, resultados obtenidos y mejoras llevadas á cabo, abusos cometidos ó que pudieron corregirse, y todo en fin, lo que mereciese fijar la atencion pública, ó pudiera ilustrar la opinion.

Esto en las provincias. En Madrid si no pareciese exorbitante nos atreveriamos á pedir un periódico oficial de Beneficencia costeado por el Estado, redactado gratis por personas competentes,

y que desenvolviese en mayor escala la seccion de Beneficencia de los *Boletines oficiales*. Si esto parece escesivo, nos atreveriamos á pedir que si no habia gran inconveniente en suprimir el *Folletin de la Gaceta*, la *Seccion de Variedades*, y los *artículos de Teatro*, se dejase á disposicion de la caridad el espacio que ocupan. Tambien podria imponerse á todos los periódicos la obligacion de dejar una columna, media, lo que pareciese conveniente á disposicion de la caridad. Esto que podria parecer oneroso, no lo es realmente. Lo primero porque los sentimientos de humanidad son naturales en el hombre, y habria pocos directores de periódico que no se prestasen de buen grado, y ninguno que se atreviese á decirlo; lo segundo porque digan lo que quieran los periodistas de la *falta de espacio* la verdad es que por lo comun *sobra*, y no pareceria muy duro que hubiera quien ayudase á llenarle de un modo cualquiera.

Dado el impulso, no faltarian pensadores, artistas, poetas, que llevasen á los órganos de la caridad el tributo de sus meditaciones y de su genio. No faltarian ingenios que hiciesen sentir las dulces emociones de la virtud en vez de las desgarradoras del crímen. No faltarian pinceles y plumas sombrías que sin cambiar de naturalezas diesen un giro útil á sus facultades, ofreciéndonos tantos tristes dramas como pasan desapercibidos en vez de escitar la compasion, tantas espiaciones no sospechadas, del crímen que se cree impune y dichoso. No faltaria, en fin, quien embelleciese la bondad, oponiendo la epopeya de la virtud, á la epopeya del crímen. Los periódicos órganos de la caridad serian bien pronto no solo un medio de ilustrarla y propagarla, sino un recurso pecuniario. Si se nos pregunta si tendrian suscritores, responderemos resueltamente que sí, preguntando á nuestra vez con Rioja:

¿Es por ventura menos poderosa
Que el vicio la virtud? ¿Es menos fuerte?
No la acuses de flaca y temerosa.

IV.

Evitar hasta donde sea posible la aglomeracion de los desvalidos.

El hombre, criatura eminentemente sociable, necesita del hombre como complemento de sus grandes facultades y nobles instintos. Pero si la sociedad desarrolla todos los bellos gérmenes de su alma, la aglomeracion los deprava, dá pábulo á los malos, y viene á ser una causa permanente y poderosa de crímen y de desórden. La atmósfera moral como la física, se vicia cuando la respiran muchos en un espacio limitado.

Es una ley moral que los perversos instintos se desarrollen mas á proporcion que hallan mayor número de espectadores, que su fuerza esté en razon directa de la estension del teatro en que se presenta. Es otra ley moral que los afectos benévolos se debilitan en razon directa del espacio en que se ejercen, que los lazos se aflojan á medida que se estienden, que los dolores se compadecen menos cuando se ven en gran número y con frecuencia.

Partiendo de estos principios, se comprende cuan fatal debe ser á la moralidad de los acogidos en las casas de Beneficencia la aglomeracion que en ellas se nota. Entre muchos individuos, el vicio está siempre ámpliamente representado, y su voz siniestra halla numerosos ecos. Los afectos se resfrian necesariamente, porque el corazon del hombre es pequeño, y la facultad de amar y de compadecer no pasa de ciertos límites aun en las almas privilegiadas. Cuando se aglomeran en un mismo asilo centenares de desdichados, no es posible que se amen entre sí, ni que amen á los que los auxilian, ni que sean amados de ellos. En una turba reunida, entre hombres, cuyas relaciones son frecuentes é íntimas, la indiferencia dura poco, si no se aman se aborrecerán, y el ódio es una fuente abundantísima de desórdenes, ya por los males que crea, ya por los bienes que hace imposibles: no concebimos moralidad sín amor.

Si del órden moral pasamos al físico, no habremos de esforzarnos mucho para probar los inconvenientes de la aglomeracion.

A poco que escuchemos lo que nos dice la química sobre la composicion del aire, á poco que interroguemos la fisiológia sobre

las condiciones que debe tener para que sea respirado sin detrimento de nuestro organismo, veremos todos los inconvenientes materiales de reunir un gran número de individuos. ¿Por qué en toda campaña que se prolonga un poco, las bajas ocasionadas por las enfermedades esceden á las que produce el plomo y el acero? Las fatigas, la intemperie, la alimentacion, podrán tener parte en el fenómeno, pero una muy principal debe atribuirse á la imposibilidad de establecer en los campamentos una policía tan perfecta que dé por resultado un aire salubre. ¿Por qué hay en los hospitales enfermedades peculiares de aquellos establecimientos? Porque el aire se vicia. Es fatal y muy frecuente, el olvido que durante la enfermedad se hace de la higiene, como si no influyera tanto, como si no influyera más en la curacion que la terapéutica. ¿De qué sirve que deis á un enfermo el alimento y la medicina que su estado reclama, si se está envenenando con el aire que respira? Analizad el aire de vuestro ventilado dormitorio cuando os recogeis por la noche, analizadle al levantaros por la mañana, notad la diferencia, y decid qué serán esos locales donde respiran tantos vivientes en tan limitado espacio, y donde hay además una porcion de emanaciones más ó ménos mefíticas que contribuyen á viciar la atmósfera, como sucede donde quiera que hay enfermos. Pero no necesitamos ser químicos; las ropas, los colchones, todo cuanto hay en la mayor parte de los hospitales, exhala un olor repugnante que se comunica á nuestros vestidos si permanecemos allí algun tiempo; esta repugnancia que sentimos al respirar aquellas emanaciones, es la advertencia que la naturaleza nos hace de un riesgo inmediato, advertencia que por lo comun ó no se escucha ó no se atiende.

De la dificultad de dar aire puro á un gran número de enfermos acumulados en un mismo local, pasamos á la de proporcionarles asistencia conveniente. ¿Es posible que el facultativo mas entendido lleve condiciones de acierto á un hospital donde visita gran número de enfermos? Se dice que por estar reunidos los puede asistir mejor; más fácilmente, convenido; mejor que si se hallasen diseminados, ni tan bien, nó.

En una casa de la poblacion, la diferente forma del portal, de la escalera, la estension y mueblaje de la estancia, el color del papel de que está forrada, el nombre del enfermo, la espresion de dolor de aquella muger que le asiste, aquel niño que con dichosa

imprevision ignora la horrible desgracia que le amenaza, todo contribuye á fijar en la mente del médico la individualidad del paciente, para que no le confunda con el que ha visto antes, con el que verá despues: tiene tambien media hora, un cuarto de hora siquiera para reflexionar.

En el hospital el enfermo no tiene nombre, es un número par ó impar que está antes del que le sigue, y despues del que le precede. Ninguna diferencia ni en su lecho, ni en el lugar que ocupa; ninguna persona que atendiéndole, llame sobre él la atencion; ningun signo moral ni físico, que marque su individualidad en la mente del médico, que á paso de carga pasa de cama á cama, de número á número, sin que le sea dado observar los mil detalles precisos para un diagnóstico razonable, y para el acierto muy difícil aun en las mejores condiciones. Esto es tan exacto que da lugar á *quid pro quos* terribles, y como el hombre se aprovecha de todo para reir ó para llorar, segun su disposicion, estas visitas facultativas de hospital, forman ya una parte del vasto dominio de la caricatura. Recordamos entre otras una que representaba al médico recetando sanguijuelas en los pies, á un mutilado que tenia amputadas entrambras piernas por el muslo: este cuadro que hace reir al mayor número, debe hacernos pensar.

A los *quid pro quos* de los facultativos deben sumarse los de los asistentes; la dificultad, la imposibilidad de dar á tantos enfermos lo que cada uno necesita, y de tomar alguna especie de afecto por criaturas cuyo nombre no se aprende, cuya fisonomía no se recuerda porque no hay tiempo.

A los inconvenientes indicados hay que agregar otro no menos grave. Al hospital de la capital, *donde le hay*, deben acudir los enfermos de toda la provincia. ¿Se concibe que un enfermo acometido de una enfermedad aguda puede ser conducido sin riesgo de la vida diez, quince, veinte leguas sobre una caballería, en el rigor del invierno ó del verano? Ver á un hombre montado sobre un pollino, con la cabeza sobre el cuello del animal, con los brazos sirviéndole de almohada, con las piernas colgando y siguiendo los movimientos que la marcha de la bestia les imprime, como si pendiesen de alambres; un hombre cuya respiracion es un quejido, y que pide con voz débil agua á su conductor que le da la que halla mas á mano preocupado como está, no del sufrimiento del triste, sino de

llegar pronto al fin de la jornada, hacer á la autoridad la entrega del enfermo, y volverse á su casa despues de un viage *que nada le vale*. Ver un hombre así es mas triste que verle conducir en el feretro á la última morada. Entonces al menos no sufre; la muerte del que sucumbe se supone inevitable, pero las torturas del enfermo tratado con tal dureza, podian evitarse.

Quisieramos que desapareciera hasta el nombre de hospital que despierta tan tristes ideas, que reasume tantos dolores y tantos abusos, y que inspira una repulsion harto justificada á los que en él deberian hallar consuelo.

Creemos que á un hospital de provincia sería preferible una enfermería en cada cabeza de Partido. Los enfermos podrian ser allí conducidos sin riesgo de agravarse, y por sus mismas familias. Con un pequeño aumento de retribucion, el médico del partido los asistiria bien, porque son pocos, él no está muy ocupado, y en una poblacion pequeña el tiempo no escasea como en las grandes ciudades. Allí el aire es mas puro, la vigilancia mas fácil, los abusos mas difíciles, porque no es probable que pasen desapercibidos donde todo se repara. No hay fondos, se dirá tal vez. ¿Pues qué el partido no contribuye para sostener el hospital de la provincia, que tal vez le es inútil? ¿No sucede que muchos partidos por su distancia, su topografía, y la falta de comunicaciones, ven perecer sus enfermos pobres en el abandono y miseria mas lamentables, sin utilizar para nada los establecimientos benéficos de la capital? Las enfermerías de partido con asociaciones filantrópicas que las auxiliasen, con una buena organizacion, con fondos que no deberian faltarles sacando la parte que representaban en el presupuesto de Beneficencia de la provincia, y con la caridad que no faltaria tampoco, máxime cuando los necesitados no serían desconocidos, ni estraños á los que hábian de socorrerlos; estas enfermerías, decimos, podrian evitar en los hospitales esa fatal aglomeracion que lamentamos, y hacer positiva la Beneficencia para muchas comarcas, donde hoy no se conoce sino por los sacrificios que impone.

Recorred los caseríos, las aldeas, y vereis á qué escenas da lugar la falta de un asilo benéfico que reciba los enfermos pobres en la cabeza de partido. La miseria es dura, por desgracia, no por culpa suya: los dolores que no son compadecidos ni consolados, encallecen el corazon, como encallece las manos un trabajo rudo.

Hay en una aldea un enfermo sumido en la miseria; su familia, sus vecinos, todos se marchan á trabajar al campo ó á mendigar por la comarca; no quedan mas que algunos niños de corta edad, incapaces de prestarle el menor auxilio, y que por lo comun con sus gritos y juegos, aumentan las molestias del paciente que pasa el dia sin recibir ningun género de socorro, y tal vez la noche, porque una casualidad cualquiera, ó su poca diligencia, retuvo á la única persona de su familia que podia auxiliarle. Estos casos no son imaginarios, ni escepciones rebuscadas, los hemos presenciado muchas veces, y forman un cuadro desgarrador muy impropio de un pais cristiano y civilizado.

La aglomeracion de niños en los hospicios é inclusas no es menos fatal. Hay provincias, en que la mayor parte, casi la totalidad de los espósitos van á lactarse al campo; pero esto depende mucho de circunstancias locales y de la actividad é inteligencia de las personas que dirigen los establecimientos benéficos, toda vez que por falta de publicidad no se nota en ningun ramo de Beneficencia, unidad y armonía. Aqui la práctica va con la razon, allá se acerca un poco, en otro lugar se aleja totalmente: todo segun influencias individuales.

De acinar los espósitos en la capital de provincia, se siguen gravísimos males de mas de un género. En el órden físico la lactancia se hace en malas condiciones, ya por que la atmósfera que respira el niño no es bastante pura, ya porque el alimento que recibe es insuficiente y de mala calidad. La naturaleza ha dado una madre á cada hijo, la Beneficencia da muchas veces dos ó tres niños á cada muger mercenaria que va á criar á la inclusa cuando no encuentra una casa donde criar. La Beneficencia retribuye á las nodrizas con un salario que suele ser la mitad del que ganan en las casas particulares; el resultado no es dificil de preveer. Salvas algunas escepciones, las nodrizas de la inclusa ó son de constitucion poco robusta, ó padecen algun achaque que puede trasmitirse con la leche, ó debiendo al vicio ser madres, y al crímen no tener hijos, envenenan á la vez el cuerpo y el alma de la mísera criatura que amamantan.

¿No sería mejor que en las cabezas de partido se entregase el espósito á la muger que quisiese encargarse de él reuniendo las condiciones de robustez y buena conducta? Hay muchas que allí le

recibirian de buena gana, pero que no pueden ir á buscarle á la capital de provincia distante muchas leguas. El espósito criado en el campo deberia estar bajo la tutela y proteccion del alcalde, del párroco, y de algun individuo de una asociacion filantrópica, sobre todo de alguna señora. Así no solo recibiría el alimento suficiente, no solo viviria en condiciones higiénicas favorables á su desarrollo físico, sino que en muchos casos se preservaria su alma del contagio de esos vicios compañeros inseparables de la aglomeracion de los jóvenes. Sucede muchas veces que la nodriza adopta al espósito, que le quiere como á su propio hijo, y pasa á ser un individuo de la familia.

Estas adopciones serian mucho mas frecuentes, si como decimos, en vez de aglomerar, se diseminasen los espósitos poniéndolos bajo la vigilancia y proteccion de personas caritativas é ilustradas, con cuyo auxilio hallarian siempre consuelo, y muchas veces una familia. Nunca la Beneficencia hará demasiado, nunca hará bastante, en favor de una criatura que nace sin madre.

Que los incurables, inválidos y crónicos, se lleven á la capital de provincia, es razonable, que se lleven los enfermos y espósitos, nos parece absurdo, salvo en los casos, raros, en que sea absolutamente indispensable, como cuando el niño no halla persona que quiera lactarle fuera de la inclusa, ó cuando el enfermo necesita una operacion imposible de hacer en una cabeza de partido. Este último caso se dará muy pocas veces, y en cuanto á nosotros, por un poco de higiene, de caridad y de órden, dariamos de buena gana todos los prodigios que hace la cirujía en los grandes hospitales.

V.

LLAMAMIENTO AL SACERDOTE Y A LA MUGER COMO INDISPENSABLES AUXILIARES.

Los párrocos tienen ciertas atribuciones marcadas por la ley, sin duda llenarán con exactitud los deberes que les imponen, pero no es menos cierto que la masa del clero no presta á la Beneficencia el auxilio eficaz que podia darle y ella necesita. Los sacerdotes caritativos van á formar parte de las asociaciones de San Vicente de Paul, donde se hallan establecidas, ó sin ingresar en ellas hacen grandes

limosnas ya en las ciudades, ya en las aldeas, pero todo esto lleva un carácter puramente individual, y mas bien que el sacerdote, se ve allí el hombre bueno. El clero como tal no está unido con un estrecho lazo para amparar al desvalido donde quiera que se halle, su protectorado no se hace sentir, su organizacion fuerte de suyo no presta su fuerza á los desdichados que la necesitan.

Hay muchas cosas que no puede hacer la ley, pero hay otras que le es dado alcanzar. Relativamente al corto número de sacerdotes que conocemos, son muchos los que hemos visto llenos de amor de Dios y del prójimo, y cuya vida podria ser una no interrumpida cadena de obras de piedad. Sin duda que estos varones, cuyo nombre pronunciamos con respeto, hacen bien, pero muy poco comparado con el que podrian hacer si la caridad se organizase, si su virtud sirviera de ejemplo, si sus esfuerzos se auxiliasen mútuamente en vez de perderse en el aislamiento, si se utilizára su abnegacion, y el desprecio de las grandezas humanas, para ir á buscar al vicioso á la orgía, al criminal á la cárcel, al potentado á su palacio donde se olvida del pobre, al miserable á su boardilla donde maldice al rico, á todos donde ofenden á Dios desconociendo sus santas leyes.

La ley con el prestigio que da, con la fuerza que en pos de sí lleva, deberia organizar asociaciones filantrópicas esclusivas para el clero. El criminal en su prision, el niño sin padres, el enfermo en su lecho de dolor, han menester un sacerdote que lleno del espíritu de Dios, ampare y fortalezca aquellas tres debilidades, la de la infancia, la de la enfermedad, y la del crímen. ¿El capellan pagado de la cárcel, del hospital y del hospicio llenarán esta difícil y sagrada mision? No es nuestro ánimo ofender á ninguna clase, solo queremos decir que la abnegacion no se puede exigir como deber, y que solo la caridad que *todo lo soporta, y todo lo espera, que no piensa mal, ni se mueve á ira,* puede oponer una constancia sin límites á obstáculos siempre renacientes, y no llamar nunca grande al sacrificio hecho, ni pequeño al bien obtenido. ¡Seria tan fecunda en buenos resultados una asociacion filantrópica del clero, dividida en diferentes secciones, y donde entrando voluntariamente pudiese cada cuál elegir la ocupacion mas en armonía con sus facultades! Con el espíritu de proselitismo propio de la religion cristiana, buscaria y hallaría asociados en todas partes, y en todas los habria menester,

porque ¿dónde no hay niños, enfermos, y culpables? ¡Qué bella seccion en el Boletin del clero de cada Diócesis, la que diese cuenta de las ventajas obtenidas, la que enseñara el modo de alcanzarlas, la que tributase un justo homenage á los varones evangélicos, cuya vida fuese un no interrumpido sacrificio hecho en aras de la humanidad!

El hombre en general es apático, es un ser eminentemente pasivo, solo asi se esplica que con una inteligencia tan elevada, haga tan pocos progresos en el camino del bien. El sacerdote como el seglár necesita que un impulso esterno venga á utilizar sus facultades interiores, que otra voluntad no mejor, pero mas enérgica que la suya, combinándose con ella le revele su poder. A veces vegeta en el aislamiento, dando limosna al acaso, consumiendo en la inaccion sus facultades mas nobles, agoviado tal vez por ellas, porque es frecuente verlas abrumar al que no las emplea.

Si estas consideraciones son exactas con respecto al sacerdote, tienen todavia mayor fuerza aplicadas á la muger, en quien median ademas otras circunstancias. No hay para que encarecer la utilidad de que acuda á los asilos piadosos, el sexo que el instinto público apellida *piadoso*. ¡Pobre del niño que no tiene una muger que le adivine cuando no habla todavia, que le enseñe á orar asi que artícula algunas palabras! ¡Desdichado del enfermo, cuya triste mirada no se refleja en los ojos de una muger, en cuya frente no se posa su delicada mano, cuya alma no recibe consuelo de aquella voz suavísima divinizada por la compasion!

Los *enfermeros* nos han inspirado siempre una invencible repulsion, y una profunda lástima el doliente condenado á recibir su auxilio. Nos parece que debe agravarse cualquier enfermo que solo ve á su alrededor un hombre grosero, sucio, sin afeitar, oliendo á tabaco y aguardiente, de mirada aviesa ó insignificante, de voz áspera, con las manos callosas, y el corazon tambien.

Mientras la asistencia de los desvalidos no se desempeñe por el sexo piadoso, habrán de agregar á los dolores inevitables, otros tal vez no ménos graves que podian y debian evitarse. Mientras el ramo de Beneficencia no esté en su mayor parte á cargo de las mugeres, dejará mucho que desear para todo el que la contemple como cristiano, como filántropo, y hasta como hombre de órden.

Fenómenos sociales hay á que no se habitúan los ojos del alma,

por mas que los contemplen todos los dias. Uno de ellos es el olvido de la ley moral que señala á la muger como el consolador nato del enfermo y del anciano, y como maestro, guia, y amparo, de la infancia.

Dejando á un lado las naturalezas privilegiadas, apenas hallaremos en el hombre vulgar una edad propia para confiarle el cuidado de la infancia ó de la enfermedad. De niño tiene sus juegos; de mozalvete sus travesuras; de jóven sus estudios, sus calaveradas y sus amores; de adulto su familia y su ambicion; de anciano su indiferencia.

La muger por el contrario: desde niña es ménos turbulenta en sus juegos, mas dócil, y naturalmente dispuesta á la abnegacion: parece que Dios le ha dicho, *vivirás sobre la tierra para sufrir y consolar*. Es raro que aun en el tumulto de las pasiones, sea sorda á la voz de la caridad; que en medio de las frivolidades de una educacion estraviada no la haga volver en sí un grito de dolor; y que rodeada de cuidados, y llena de los afectos de esposa y de madre, no halle eco en su corazon la voz doliente del desdichado. Llega un dia en que ya no es hermosa, en que sus hijos no la han menester, y se apartan de ella para formar otra familia, ó para buscar fortuna; en que queda viuda, ó en que su marido le ofrece cuando mas una amistad fria. ¿Qué le resta? La ambicion és un mal recurso, pero es un recurso al fin, no le tiene. Su inteligencia no está cultivada, tampoco puede vivir con su inteligencia. Su belleza se estinguió, ya no puede vivir con las satisfacciones del amor propio halagado. Su corazon le queda nada mas, ese corazon que necesita amar, cuando ella no puede ya inspirar amor. ¡Pobre muger! Está bien sola, es bien desgraciada! ¿Qué hara? La caridad puede ofrecerle un asilo; su amor puede divinizarse convirtiéndose en compasion; poco á poco dejará de verter lágrimas consolada con enjugarlas, y cuando ya no puede ser adorada, será bendecida.

La ley deberia comprender y sancionar toda la importancia que tiene la muger para aliviar á la humanidad doliente. Tal vez se nos diga ¿qué puede hacer la ley? Mucho, responderémos. Vivimos precisamente en un tiempo en que ni las verdades ni los errores tienen muy firme asiento en la opinion. Las señoras se reunen en todas partes con objeto de aliviar á los desdichados de una manera ó de otra; allegan fondos, es necesario que haya quien se haga cargo de ellos;

hay cuentas y formalidades que llenar, y cosas que es indispensable escribir, se necesita quien escriba. Un poco choca oir que en tal asociacion hay *Secretaria y Tesorera*, algunos acompañan estas palabras con una sonrisa burlona; pero lo santo del objeto impone silencio, y los hombres sensatos aprecian en todo lo que vale el servicio prestado por las caritativas señoras.

Dado el estado de la opinion de que no puede prescindirse ni aun para hacer bien, nos parece que no tendria nada de violento que la ley diese á las señoras una intervencion oficial en el ramo de Beneficencia.

Hubo un criminal escándalo, mas notable que notado, y que pone bien en relieve lo que hemos dicho del amparo que necesitan los desvalidos, de los fraudes de que son víctimas, de la indiferencia ó complicidad de los empleados, y que por último prueba la importancia de que las señoras intervengan, é intervengan oficialmente en el ramo de Beneficencia.

En el Hospicio de la Coruña habia como hay en todas partes, el fatal sistema de contratar con especuladores el abastecimiento de los acogidos. El pan era de tan mala calidad que se hizo presente al Gobernador, el cuál insistió en mandar que se admitiese. En vista de esta obcecacion de la autoridad, la Condesa de Mina, hizo analizar el pan por el profesor de química de la Universidad de Santiago, y con el análisis en la mano, pidió de oficio una audiencia al Gobernador, al cuál se presentó con una comision de la asociacion de señoras. En presencia del análisis, aquella autoridad dijo: *que veia que el pan era bueno.* Las señoras se retiraron sin contestar. En el terreno de la razon no habia en efecto contestacion posible, para una autoridad tan ignorante, ó tan olvidada de su deber, que cuando la ciencia dice que un alimento es malo, replica que *vé* que es bueno. Pasaron dias y el mal continuaba. La Condesa de Mina en presencia de dos vocales de la Junta de Beneficencia, tomó un pan, lo dividió, y la mitad sellada la remitió á la Real Academia de Medicina de Madrid, pidiendo el análisis como vice-protectora del Hospicio: el resultado fué el mismo que en Santiago. Estos análisis se remitieron por la misma señora al Ministro de la Gobernacion, acompañándolos una muestra del pan que no solo era de harina de cebada averiada y salvados en proporcion inadmisible, sino que tenia *gusanos.* Despues de las dilaciones inseparables por

desgracia de todo expediente, el Ministro dirigió el siguiente telégrama. «El Ministro de la Gobernacion á la Condesa de Mina. En »este momento se da órden al Gobernador civil de esa provincia para »que á toda costa varíe el pan del Hospicio.» Se mandó tambien imponer una multa de 2,000 reales al contratista. A pesar de todo esto, el Gobernador no puso remedio alguno, pasaron *quince dias*, sin que el pan variase, y en 48 horas entraron en el Hospital *cincuenta y seis* niños del Hospicio. La vice-protectora ofició á los médicos del Hospital para que declararán si á su juicio la enfermedad podia ser consecuencia del pan; unos mas embozadamente, alguno con una franqueza que le honra, declararon que el pan era en efecto la principal causa del mal. La Condesa de Mina remitió copia de estos oficios al Gobernador, pidiéndole al mismo tiempo permiso para abastecer de pan el Hospicio *á su costa*, interin el Gobierno de S. M. resolvia lo conveniente. El Gobernador, *sin contestar*, mandó reunir una porcion de facultativos y otras personas para visitar el Hospicio, analizar el pan (que se habia analizado dos veces) y declarar si la enfermedad podia ser su consecuencia. Pasaron dos dias, el pan continuaba sin mejorarse, la Condesa de Mina dirigió una exposicion á S. M. y un Telégrama al Ministro de la Gobernacion diciéndole que el mal continuaba. El Gobernador fué separado, y desde entonces los acogidos al Hospicio comen buen pan, y barato, por que la asociacion de señoras á propuesta de la Condesa de Mina, se ha presentado como contratista para abastecer de pan á todos los establecimientos de Beneficencia. Dentro del Hospicio se estableció una panadería á cargo de las hermanas de la caridad, no hay idea de ganancia ni de fraude en que tan fácilmente degenera, y los pobres bendicen á las caritativas señoras que los han amparado, y les hacen tanto bien.

No comentamos este hecho sobre el cuál podria escribirse un libro, y que confirma tan tristemente algunas de nuestras proposiciones que tal vez habrán parecido exageradas. Solo dirémos, suprimid estas piadosas señoras, suprimid el carácter oficial de su presidenta ¿qué hubiera sido de los pobres niños? Que os responda la terrible cifra de *cincuenta y seis* conducidos al hospital en 48 horas.

Las altas clases, dicho sea en honor suyo, han dado un alto ejemplo. Donde quiera que veais algunas piadosas mugeres, reuni-

das para consolar á sus hermanos dolientes, preguntad quien las preside y os responderán. La Señora Condesa D... La Señora Marquesa D... La señora Duquesa D... Está bien, pero no basta. La caridad no puede ser una virtud aristocrática, es la virtud de la humanidad. La clase pobre no tiene tiempo, ni á veces sensibilidad para ocuparse de los dolores agenos, agoviada con los propios, pero la clase media, puede, y debe participar con la mas elevada del noble privilegio de hacer bien á sus semejantes. Empieza es cierto á prestar su auxilio, pero no en todas partes, ni en la proporcion que debiera. Aun prescindiendo de que por ser la mas numerosa su accion sería muy eficaz, aun prescindiendo de que sus hábitos la hacen mas propia para prestar ciertos servicios, que difícilmente pueden esperarse de la elevada, aun prescindiendo del bien de la humanidad doliente y menesterosa, en el solo interés de la moral, debe procurar el poder supremo, la comunicacion de todas las clases, cuando el objeto que las reune es útil: aqui se notan las sublimes armonías del bien. Reunid con un objeto vicioso un hombre del pueblo, y un gran señor, y veréis como se comunican sus malas cualidades y el primero se hace insolente, y grosero el segundo. Reunidlos con un objeto santo, y ocupados en conseguirle, veréis como el hombre tosco suaviza sus maneras, y tiene mas dignidad, cómo el prócer depone su altanería, y se hace mas afectuoso. De un mal resultan siempre mas daños que se habian previsto, y de un bien mas ventajas que se habian esperado: el poder supremo al fomentar las asociaciones filantrópicas, y procurar que ingresasen en ellas las diversas clases, creyendo solo socorrer á los necesitados, daría un gran paso para moralizarlas todas.

No concebimos establecimiento de Beneficencia bien montado sin señoras que le vigilen. ¿Ni aun los que están á cargo de las hijas de la caridad? Ni aun esos. Tributamos á estas piadosas mugeres todo el respeto que merece su abnegacion y evangélicas virtudes, pero si con su santa vida ennoblecen la naturaleza humana, si la edifican con su ejemplo, no les es dado cambiarla.

Criaturas hay cuyo celestial orígen se lee en su inmaculada frente, que no refleja nada terrenal; que santas por su inocencia, ó purificadas en la desgracia, ven el crímen con asombro, el vicio con lástima y el dolor con pena, renovada con igual intensidad siempre que se renueva la causa que la produce, pero estas subli-

mes escepciones no destruyen la regla *de que el hábito embota la sensibilidad.*

Queremos para el enfermo no solo una muger caritativa que le acuda incansable, sino otra á quien el espectáculo de su dolor, á que no está habituada, produzca esa triste impresion, le inspire ese ardiente interés que no puede causar al que le vé todos los dias. La señora á quien toca de guardia en el hospital un dia cada doce, cada quince ó cada mes, sufre, y ese sufrimiento es precisamente el orígen de los consuelos mas delicados que recibirá el enfermo; por él adivinará todo lo que le aflige ó puede aliviarle. ¡La indiferencia es tan mala observadora!

Además, las señoras tienen cierto prestigio con los dependientes subalternos de Beneficencia, muy ventajoso para los acogidos. Son esposas ó parientas ó amigas de los títulos, de las autoridades, de los capitalistas; sus quejas llegarán pronto al que puede castigar á quien faltó, y por el contrario, la buena conducta se hará acreedora á una recomendacion eficaz. La muger mercenaria que tal vez descuidaria el caldo que ha de reparar las fuerzas del pobre enfermo, si solo se tratase de él, vigila con esmero los alimentos que han de probar las señoras de guardia. Solo con gustarlos aseguran su buen condimento, y parece que echan sobre ellos como una bendicion.

Otra ventaja de gran precio tendria la asistencia generalizada de las señoras á los establecimientos de Beneficencia, la de contribuir á suavizar las costumbres, y amortiguar los ódios de clase que tantas causas tienden en nuestros dias á encender. El hombre del pueblo á quien se escita con la teoría de una igualdad imposible, con el paralelo de su miseria y de la opulencia de otros, si no halla razones en su cabeza con que combatir á los que pretenden estraviarle, conservará en su corazon un recuerdo de aquella bendita señora, que como un ángel estuvo en el hospital á la cabecera de su lecho, ó de la que le vino á traer un socorro cuando no tenia trabajo, ó cuida de sus hijos que su pobre madre abandona para ayudarle á ganar el sustento. ¿Cómo aborrecer al padre, al esposo, al hijo de estas dulces criaturas que le hacen tanto bien? ¿No habeis notado la impresion que produce la vista de una gran señora en los barrios que habita la gente pobre, si alguna casualidad la lleva allí? Es dolorosa para el observador filósofo y cristiano.

¡Miradas de ódio ó desvío, sonrisas de indefinible espresion, palabras ofensivas articuladas á media voz, una especie de anatema colectivo que seria tan útil y tan fácil cambiar en una bendicion!

VI.

Dar a la beneficencia el auxilio de las ciencias.

La Beneficencia en España marcha empíricamente en el más fatal aislamiento de las ciencias que pudieran auxiliarla.

No consulta la higiene para la conservacion de la salud, ni la química para analizar y buscar alimentos sanos, nutritivos y baratos; ni la moral y la economía política para utilizar sus luminosas verdades.

Educacion, *trabajo*, *asociacion*, hé aquí las tres poderosas palancas que debian emplearse para disminuir en lo sucesivo el número de pobres, y utilizar las fuerzas de los que en la actualidad existen.

No puede entrar en el plan de nuestro trabajo estendernos largamente sobre las ventajas de una buena educacion, que por otra parte nadie niega en principio; pero no podemos dejar de deplorar el abandono en que se deja al niño podre sepultado en la *mendicidad hereditaria*, para servirnos de la enérgica y exacta frase de los caritativos fundadores del asilo agrícola de Cernay. ¿De qué serviria multiplicar los asilos benéficos sino procuramos extinguir en su orígen las causas de la miseria? Tengamos presente el ejemplo de Inglaterra, donde el socorro que la ley señalaba á los pobres los multiplicó; donde la contribucion que tenia por objeto auxiliarlos, llegó á ser tan pesada é intolerable, que para pagarla se vendia el miserable ajuar del artesano ó del labrador, resultando un impío despojo del pobre trabajador que conservaba su dignidad, en favor del holgazan que no se avergonzaba de figurar en la lista de los mendigos.

La Beneficencia no puede destruir las causas del pauperismo, pero puede y debe arrancar al niño pobre de esa atmósfera letal que le rodea al nacer haciendo que en él parezca congénito el vicio: el que mendiga dos años es vago toda la vida. Y al hablar de educacion estamos lejos de entender por tal la que se dá en

nuestros hospicios donde se deprava el alma, y se enseña el cuerpo á ciertos movimientos mecánicos y aun esto imperfectamente. Por educacion entendemos la *gimnásia de todas las facultades útiles, de todos los buenos instintos, y la estincion de los malos por falta de ocasiones en que ejercitarse.* Lo primero que hay que procurar es hacer al niño bueno, evitar siquiera que sea malo, despues él será ebanista, tegedor ó zapatero.

¿Por qué no se estudian los asilos agrícolas que con tanta economía y buenos resultados se plantean en otros paises? En el nuestro tan ignorante en todo lo que se refiere á agricultura, y tan poco poblado, podian ser á la vez una escuela para la juventud desvalida, y un ejemplo para la poblacion entera. La agricultura es de todas las artes la más propia para mantener la salud del cuerpo y del alma. No hay niño que se sujete de buen grado á estar en un taller, y todos cavan, riegan y siembran con gusto. Es de notar la laudable emulacion que en los asilos agrícolas se establece entre los pequeños colonos, que tienen cada uno su huertecillo, y la satisfaccion con que ven nacer y crecer sus plantas.

Sin llegar los niños pobres al triste estremo de la mendicidad, se halla su educacion en el más lastimoso estado, y la Beneficencia debia organizar sociedades que combatiesen la inércia, la ignorancia de los padres, y los malos ejemplos que dan con su intemperancia, sus palabras obscenas é irreverentes á la divinidad, sus hábitos de holganza y su falta de economía.

Esta última circunstancia se le echa en cara al pobre y al parecer con razon, señalándola como la causa más principal de su miseria, y el egoismo cierra los oidos á la compasion, y su mano á la limosna, diciendo que son pobres porque son despilfarrados y no *piensan en mañana.*

Las ciencias sociales lo mismo que las físicas no pueden aislarse, ni puede caminar una sin el auxilio de las otras. Si la Beneficencia interroga tan solo la economía política y prescinde de la moral se equivocará, será cruel y no conseguirá su objeto, porque desconociendo el corazon del hombre le pedirá imposibles. Nada más comun que declamar contra la *imprevision del pobre,* esa providencial y jovialísima compañera, que le permite estar alegre sin ser dichoso, y cantar la víspera de su infortunio. El que no ha sentido nunca el hambre ni las privaciones materiales discurre

así. El pobre tiene, por ejemplo, 90 rs. para treinta dias, gaste 3 rs. diarios, y nunca se verá absolutamente privado de recursos, y no que gastando ciertos dias cinco ó seis, llega uno en que no tiene absolutamente que gastar: esto es concluyente. Pero no hay nada más inexacto que las ciencias exactas aplicadas ciegamente á la moral.

El pobre necesita un esfuerzo menor para soportar el hambre que para evitarla:

Porque en él la materia prevalece sobre el espíritu y no es fácil que la *idea* de un mal prevalezca sobre el *hecho* de un goce:

Porque privado de los placeres del espíritu se arroja con una especie de frenesí sobre los de la materia:

Y, en fin, porque el hombre, pobre ó rico, resiste mejor al dolor que á la tentacion, soporta mas bien como ser pasivo, que evita como ser activo, porque tiene mas fuerza en su cuerpo que energía en su voluntad.

Partiendo de este principio, la Beneficencia debe admitir como un mal inevitable la imprevision del pobre, poniendo todo su cuidado en combatir sus consecuencias, para lo cual puede aprovechar hasta la misma tendencia á no guardar nada que se nota en el que tiene poco. Las asociaciones de socorros mútuos llenan perfectamente este objeto, y nada seria más fácil que organizarlas de modo que no tuvieran los inconvenientes que pueden hacerlas peligrosas. La índole de nuestro trabajo no nos permite indicar por qué medios, no podemos hacer otra cosa que sentar principios, y uno de los más importantes nos parece, el de que las ciencias sociales como las otras se auxilian, se completan, y que la Beneficencia aislada de ellas no puede saber lo que hace, ni hacer lo que debe.

CONCLUSION.

Si partiendo de los principios que hemos sentado, estudiamos la legislacion vigente sobre Beneficencia, nos convenceremos de que tiene grandes errores y grandes vacíos.

No dispone lo necesario.

No garantiza el cumplimiento de lo que dispone.

No señala recursos para proveer á los gastos que han de originarse en el caso de que se cumpla lo que manda.

En lugar de mandar resueltamente, es tímida; en lugar de decir *habrá* tal ó tal cosa, dice á veces, *se procurará que haya.* ¿Es este el lenguaje de la ley?

¿Y si no se procura, á quién se exige la responsabilidad? A nadie, que es el caso actual. No se ha *procurado* que haya hospitales en todas las capitales de provincia á no ser que se dé este nombre á una mala enfermería con algunas camas, donde no se admite mas que á los vecinos de la ciudad, como sucede en muchas. No se ha *procurado* tampoco la creacion de los hospitales llamados de *distrito*, ni menos que donde quiera que existe junta municipal de Beneficencia *haya por lo menos* un establecimiento dispuesto para recibir á los enfermos, ni se tienen preparados medios de trasladarlos al hospital del distrito ó provincial, etc., etc.

Seria menester escribir una memoria solamente para señalar los defectos de la legislacion sobre Beneficencia, como hemos di-

cho ya, su más severa crítica se halla en el estado de los establecimientos benéficos.

Si la ley de Beneficencia como las otras, se presenta por el gobierno, pasa á una comision, se discute y se sanciona, será siempre incompleta y defectuosa. No puede formularse con acierto por hombres que aunque ilustrados en otras materias, carecen en esta de conocimientos especiales. Es preciso haber vivido mucho con los desvalidos, haber sentido sus males, haber estudiado los medios de aliviarlos, haber oido á los que una larga esperiencia, pone en estado de dar consejo, haber presenciado hasta que punto la maldad humana puede agravar la suerte de los infelices, y todo lo que es capaz de hacer la virtud para consolarlos: esto no se aprende en las cátedras, ni en los libros, se aprende en los hospitales: á *priori* nadie puede preveer todo el bien, y todo el mal de que es capaz el hombre. Y este bien y este mal es preciso qué la ley le aprecie con exactitud, para que sea segun conviene suspicaz ó confiada, para que sepa lo que tiene que temer de los unos, y lo que de los otros puede esperar.

En nuestro concepto no hay ninguna ley mas dificil de formular que la ley de Beneficencia, ni ramo en que sean mas necesarias y mas raras las especialidades. Como lo que importa es menos reformar pronto que reformar bien, convendria tomarse el tiempo necesario para estudiar la materia.

Es triste que se piense tanto en los medios de hacer mal, y tan poco en los de hacer bien; que se manden comisiones á estudiar los progresos de la estrategia, y no vaya un solo individuo á estudiar los de la caridad; que se estímule el talento con premios en las bellas artes, y no en las ciencias que pueden dar alivio á la humanidad doliente; y en fin que entrando el dolor por tanto en la sociedad, los medios de aliviarle entren por tan poco en el presupuesto.

Deberian comisionarse personas competentes para estudiar la legislacion y la práctica de otros paises mas adelantados.

Si en otras naciones cuando hay una obra dificil, y en la nuestra cuando hay una obra bella, se abre un certámen público, deberia abrirse con mas razon ofreciendo un premio al autor del mejor proyecto de ley sobre Beneficencia.

Deberia crearse un periódico especial donde se discutiesen las cuestiones que á Beneficencia se refieren.

Cuando se hubieran adquirido por estos medios conocimientos que hoy faltan, deberia abrirse una ámplia informacion parlamentaria en que la comision encargada llamase á su seno á todas las personas que pudieran ilustrarla, ó pidiese noticias por escrito á las que la ausencia ú otras circunstancias impidiesen concurrir personalmente: la ley que así se hiciese distaria mucho de la que hoy existe, y podria acercarse á la perfeccion.

Lo repetimos, una ley de Beneficencia que llene su objeto, no puede salir de las comisiones del congreso, ni de las secretarías del ministerio. Las personas especiales en este ramo viven muy lejos de la política y del poder. El legislador debe buscarlas por los muchos medios de que dispone. Habrá, sin duda, que vencer grandes dificultades ¡qué reforma se planteó sin ellas! pero puede contarse tambien con auxiliares poderosos; jamás una idea generosa proclamada desde arriba, deja de hallar abajo numerosos ecos.

Si la práctica del mal no debe nunca servir de escusa para formular la teoría del bien, menos todavia en nuestra época y en nuestra patria. Las ideas estan conmovidas; la duda tiene mas partidarios que la afirmacion; el volcan de las revoluciones ha dejado las inteligencias como el metal candente que recibe antes de enfriarse una marca cualquiera; todo se ha conmovido, el bien lo mismo que el mal: ni los errores, ni las verdades tienen raiz muy profunda: en tal estado, la accion de la ley es necesaria, y debe ser poderosa.